

14

3  
CIC

Jules  
DAUTIN

ROMAN

LA  
TOUR

DE  
MONTMARTRE

PAR  
JULES DAUTIN

PARIS

LIBRAIRIE

DE  
LA  
TOUR

DE  
MONTMARTRE

PARIS

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

1888

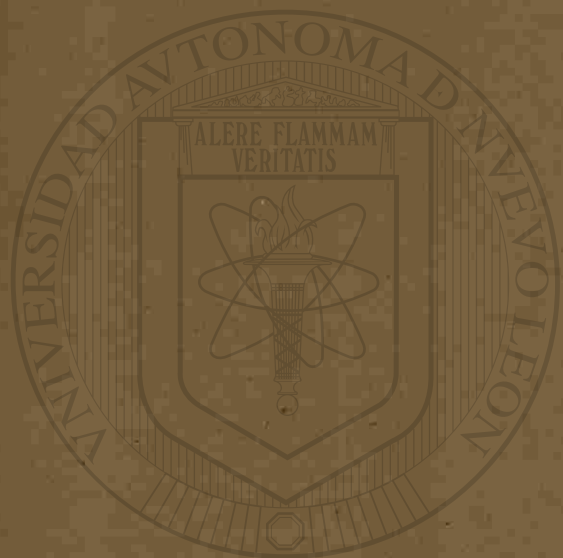
1888

1888

AT  
PQ2215  
.D38  
J64



1020026205



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA JOROBADA

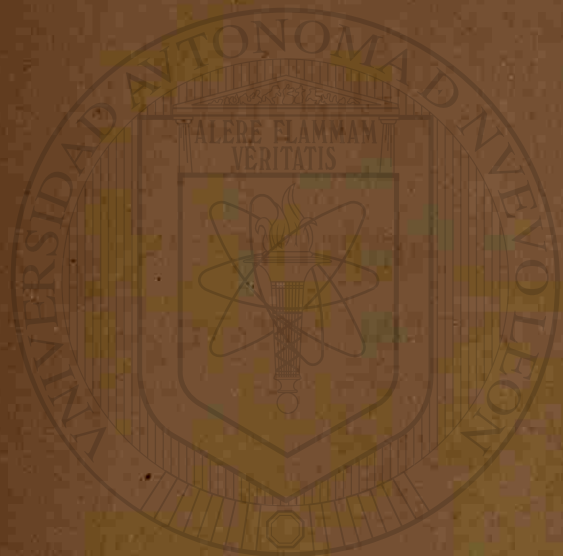
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N  
Núm. Autor D. J. J.  
Núm. Adg. 29765  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio CAS  
Fecha \_\_\_\_\_  
Asignó [Signature]  
Revisó \_\_\_\_\_





JULIO DAUTÍN

LA JOROBADA

CON UN PRÓLOGO DE RICARDO GONZÁLEZ

ADOLPHE BELOT

Version española.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIVERA"  
098519

MADRID  
IMPRENTA FRANCO-ESPAÑOLA  
15-ALMENDRO-15  
1889

29765

843  
B

PQ2215  
.D38  
J64



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

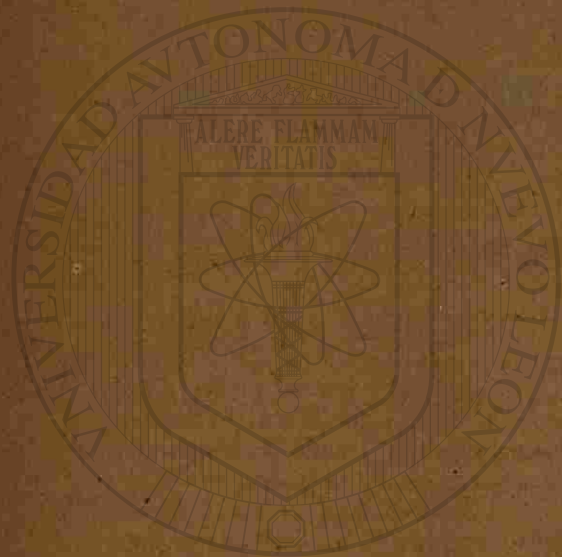
*A. M. Adolphe Belot*

Mi querido amigo:

Coloco vuestro nombre en la primera página de esta novela, y os la dedico, con el objeto de hacer constar nuestros derechos de Colaborador y de que si solo lleva mi nombre, es debido a nuestra amistad y porque así lo habéis exigido.

*Jules Dantin.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1575 MONTEPERREY, MEXICO



## PRÓLOGO

A M. Jules Dantin.

PAU, 6 DE NOVIEMBRE DE 1876.

**D**EL periódico LE GAULOIS, que fue el padrino de vuestra JOROBADA, mi querido amigo, pasa ésta á poder de Dentu. Los folletines se metamorfosean y se convierten en libro, esperando que se convierta, bajo mi pluma, en forma de comedia; tal es vuestra exigencia en este punto, y yo soy débil con un antiguo amigo cual vos.

¿No es una debilidad dejaros anunciar á la cabeza de este libro, un prefacio firmado por mí? ¡Un prefacio! ¡Gran Dios! ¿Cómo queréis que yo le haga? Pedidme una opereta, una comedia de magia, un libretto de una ópera ó de un baile, todo lo cual no me asustaría tanto como un prefacio. ¿No le habéis hecho alguna vez, vos que también escribís?—Sí, un PRÉFACICULE de veinte líneas. Hice uno muy pequeño, para que le leyesen. Nadie se fijó en él ó no



obedecieron á las prescripciones que contenía. Fue puesto á la cabeza de LA SEÑORITA GIRAUD, MI MUJER, y decía los motivos que me habían determinado á escribir aquel libro: me defendía con energía contra ciertos anatemas de que estaba amenazado, y por discreción decía á los lectores que examinaran las páginas del libro donde había desenvuelto mi pensamiento. Después he entrado en diez GABINETES DE LECTURA y he pedido LA SEÑORITA GIRAUD, MI MUJER, cuyas páginas, rotas y desencuadernadas, atestiguaban que habían pasado por muchas manos; pero las páginas señaladas á la atención del público, habían sido escrupulosamente respetadas: estaban intactas, incólumes. Evidentemente se habían dicho:—VA Á CANSARNOS CON SUS TEORÍAS Y SUS PRETENSIONES DE MORALISTA. Y pasaron de largo, sin fijarse en mis recomendaciones. LA SEÑORITA GIRAUD, MI MUJER, activa, había eclipsado á LA SEÑORITA GIRAUD, filosófica.

Ya lo veis, mi querido amigo, no me hallo con fuerzas para escribir el PREFACIO que reclamáis. En nuestra época, estad persuadido, el lector no tiene tiempo de detenerse en las bagatelas de la introducción. Si se trata de una novela de aventuras, corre á la aventura; si de costumbres, busca y recorre apresuradamente las páginas; si de una obra de las llamadas ligeras, se lanza de un salto en el pasaje más escabroso, y le halla al golpe de vista: para él el resto es lánguido.

No conozco más que Thophile Gautier y Alexandre Dumas, hijo, que hayan conseguido que se lean

sus prefacios: el primero, publicado á la cabeza de MADEMOISELLE DE MAUPIN; el segundo, todas las veces que ha querido. Pero para estos escritores, ¿se trata de prefacios? ¿No es más bien un libro dentro de otro libro?

Habéis tenido la prudencia de no pedirme un trabajo concienzudo, sino un prefacio que os permita poner mi nombre en la cubierta, al lado del vuestro y daros á conocer como mi amigo. ¡Imprudente! ¡Vuestra situación es excelente y la comprometéis!

Supongamos que rehuso satisfacer vuestro deseo. Os presentáis solo, y he aquí el diálogo de que sois objeto.

—¿Cómo es ese Jules Dautin que ha escrito LA JOROBADA?

—Alto, joven, delgado, distinguido, agradable.

—¿Le conocéis?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabéis todo eso?

—Lo ignoro, pero lo supongo. Le concedo todas las perfecciones físicas y morales que juzgo tiene el autor, cuya obra me interesa y conmueve.

Es, en efecto, mi querido amigo, una gran ventaja para los escritores ser personalmente desconocidos; el deseo y la imaginación ayudan y nos hacen un Apolo del Belvédere, ó una Venus de Milo, y nos dan todas las virtudes de Catón ó de Juana de Arco.

—¿Cómo es ese Jules Dautin que ha escrito LA JOROBADA?

—Es un hombre de cuarenta años, lo menos, bajo, calvo é inmoral.

—¿Le conocéis?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabéis todo eso?

—No lo sé, pero me lo figuro. El prefacio de LA JOROBADA, ¿no os ha demostrado que es amigo de Belot? Adolphe Belot ha pasado de los cuarenta y no puede tener por amigo á un joven. No le habrá escogido alto por miedo de hacer mala figura á su lado, y será calvo para no sentir los tormentos de la envidia.

—Justo; pero ¿por qué decís que Jules Dautin es inmoral?

—Porque es amigo de Belot, autor de LA MUJER DE FUEGO y de LA SEÑORITA GIRAUD.

—Pero Belot es también el autor de EL DRAMA DE LA CALLE DE LA PAZ, EL ARTÍCULO 47, DOS MUJERES, LOCURAS JUVENILES, MISTERIOS MUNDANOS, etc., todas estas novelas no tienen nada de inmorales; han sido publicadas en las revistas más timoratas y los periódicos más circunspectos; el ministro del Interior, al estampillarlas, les ha dado certificado de honestidad.

—Lo comprendo; pero yo no he leído más que LA SEÑORITA GIRAUD y LA MUJER DE FUEGO. Es muy divertido.

—Adolphe Betot ha escrito también, solo ó en colaboración, más de veinte dramas ó comedias, que nadie ha criticado bajo el punto de vista de la moralidad. EL ARTÍCULO 47, MISS MULTON, EL TES-

TAMENTO DE CÉSAR GIRODOT, son recomendadas á los colegiales y permitido á las jóvenes.

—No he visto ninguna de esas obras. No asisto más que á los teatros de operetas ó comedias de magia.

—Estáis en vuestro derecho; pero Belot tiene el derecho de protestar contra vuestra ligereza é injusticia, porque le juzgáis por dos obras que son una excepción en su vida de escritor público. Ha creído poder permitirse una fantasía, que se han permitido antes que él Diderot, Balzac y Gantier. Tal vez se ha equivocado, y si se ha equivocado, ha sido inconscientemente, porque todavía pregunta á personas sensatas, si en vez de ocultar ciertos vicios, que se aprovechan de la obscuridad, del silencio, difundiendo, ¿no sería mejor ponerlos en evidencia para combatirlos, anatematizarlos, y tal vez conseguir su extirpación? Si Belot fuese un autor como tratan de hacerlo creer algunos envidiosos, algunas nulidades y algunos críticos, éstos son los más severos, se hubiera apresurado á dar una numerosa progenitura á LA SEÑORITA GIRAUD; el campo de nuestros vicios es muy vasto, y un pintor de costumbres contemporáneas no tiene gran cosa que hacer para obtener un gran repertorio. Sobre todo hubiera sido muy reproductivo para Adolphe Belot, que cuenta sus lectores por cientos de miles; en un año, dos ó tres, ayudando al vicio, la fortuna hecha. Pero no ha querido caminar por esa senda, precisamente porque al extremo de ella estaba la fortuna.




He aquí lo que sois, mi querido Dautin, por el solo hecho de escribir yo un prólogo, viejo, bajo, calvo é inmoral. Es graciosa, pero intolerable. Desde luego vais á descontentar á todas las personas á quienes no he agradado ni agrado diariamente: ese colega, á quien he descuidado felicitarle por el triunfo que ha obtenido últimamente; ese periodista, á quien por haberme ausentado, no le he dado gracias por sus artículos; este deudor eterno, á quien humillo no hablándole de su deuda; este escritor, á quien he tenido el valor de decirle, por ser interrogado, mi opinión sobre sus manuscritos; este asíduo concurrente á todas las primeras representaciones, á quien he olvidado en mi lista; esta artista, á la que he rehusado un papel en mis obras; esta mujer, que he encontrado fea; esta otra, que me ha parecido bonita, por poco tiempo; este marido, este amante, el vecino, las personas á quien la miopía que sufro me impide devolver un saludo; en una palabra, á todos esos que á cada paso en la calle ó en la vida, se cruzan, sin ver y se tropiezan, sin querer.

Este lote de enemigos es respetable. ¿No es verdad? Esperad, que aún no está completo; olvidaba las personas que he tenido la desgracia de disgustar seriamente. En la carrera de autor dramático se molesta uno, se arruina y se sofoca, sin poderlo remediar y con las mejores intenciones del mundo. De ahí las rivalidades, las enemistades que se hallan también en las otras profesiones, no menos numerosas, y sobre todo, no menos significadas. En efecto, ¿qué disgusto no causa la ovación de un pin-

tor, de un escultor, á otro pintor ó á otro escultor? El salón no es bastante capaz para contener los cuadros y los pedruscos de mármol. Si se detiene uno con éxtasis delante de EL DESPERTAR, de Franceschi, ó de sus espléndidos bustos de mujer, ¿no podrá admirar algunos minutos después LA CARIDAD, de Paul Dubois? ¿Los cuadros de Detaille, que atraen á los curiosos; un poco más lejos los de Berne-Bellecour, y Jacquét con su SUEÑO? En el Palacio de Justicia, Carraby atrae la atención de la concurrencia, sin perjudicar á Lachaud, que mañana saldrá victorioso. Entre los Médicos, Hardy, no obstante su fama, la alta afección y estima que le rodea, no impide á sus colegas de adquirir un puesto de primera línea. En el periodismo, un artículo d'About, ¿no puede colocarse al lado de otro de Barther? En el periodismo, un artículo d'About, no ha podido jamás, al menos que yo sepa, comprometer la situación de Francis Magnard; Vitu y Saint-Gernest viven en perfecta inteligencia; Albert Wolff cruza todos los días la ciudad para saludar á Veullot; Montépin adora á Zaccome; Prével y Lafargue son los primeros en dar noticias del teatro á Oswald y á Mendel. De cualquier lado que me vuelva, dirigiéndome á la literatura, la ciencia, las artes y la política, sobre todo la política, no veo más que hermanos y amigos. Es la edad de oro.

Si se trata del teatro, la decoración cambia: X... tiene mucho talento; acaba de presentar al Gimnasio una obra que Montigny se ha apresurado á poner en estudio. Debe representarse al finalizar diciembre,

tan luego como la obra de Sardou, que es la que están representando, deje de llamar la atención; pero contra todas las predicciones, la obra de Sardou sigue llamando la atención. Pasan los meses de enero, febrero, marzo, y el producto de las entradas no permite al director cambiar de espectáculo. Al fin, en abril, la obra de X... puede representarse. ¡Con qué deseo la esperan! ¡Qué bien la reciben! ¡Es magnífica, exclaman en los círculos; TODO PARÍS DEBÍA IR A VER ESA OBRA; pero los primeros estu-  

vios de la primavera han hecho ausentarse la gente: por el día, corren de un lado para otro; por la noche, fatigados efecto del calor á que no se hallan acostumbrados, se acuestan, ó bien van á celebrar la apertura de los cafés cantantes que les sorrie, á través de un follaje naciente. La obra de X... decae bajo la influencia de las primeras lilas, agoniza bajo el sol de junio y muere en la Canícula. Su obra, representada en invierno, le hubieran producido cincuenta mil francos sus derechos de autor, le hubiera abierto todos los teatros y le habría preparado una carrera magnífica. ¡Ah! ha cobrado de derechos una suma insignificante, y al director que presente su próxima obra, si no desmaya y renuncia á escribir, le recibirá sin afección, diciéndose: "Es un autor de mérito, pero que sus obras no dan dinero., Caballero, ¿qué otra cosa hubiera sido si mi obra se hubiera representado en invierno, y la obra de Sardou no se hubiese eternizado?"

Veamos, francamente; entre nosotros, mi querido Dautin, ¿crees que X... tendrá muchas simpatías

por ese colega que, no contento de su ruina, le ha cortado su carrera? Y no obstante, Sardou no ha cometido con él más que una falta: la de no haber detenido el paso del sol en el mes de abril; no se puede ser á un tiempo Sardou y Josué.

Acabo de citaros un caso excepcional; un hombre de talento es eclipsado por otro de las mismas condiciones. La víctima detesta su verdugo, pero lo hace en secreto, y por respeto propio no trata jamás de perjudicarlo. Supongamos, por el contrario, que un aborto de la literatura, se cree ofendido por un nuevo autor, y éstos se creen siempre ofendidos: si sus dramas no han sido representados en el boulevard, es que d'Ennery les ha desprestigiado con los directores; si su obra no es admitida en el teatro Frances, es porque Augier les tiene envidia. "¡Abajo los jóvenes!," Tal es, según ellos, la última frase dicha por Barrière en el foyer del Vaudeville. Con frecuencia, no han escrito ni comedia, ni drama; no han hecho más que por encargo de un autor, llevar su último manuscrito á un teatro. Por el camino le leen; ocho días después se hallan persuadidos de haber colaborado en la obra, y en la primera representación, murmuran entre bastidores: "Es mi obra la que representan esta noche, no lleva mi nombre unido al de Z... porque me ha suplicado le dejase aparecer como único autor., Estas frases han hallado eco en los cafés de los boulevard y cerverías. El autor aún desconocido, que persigue, sin éxito, pero con insistencia, alguna quimera; este otro, que su pobreza impide llegar al colmo



de su deseo, todas esas honradas personas que es necesario no confundir con los inútiles de que hablo, se indignan y le rechazan, en lugar de apoyar sus mentiras; pero aquellos que la vanidad ofendida ha hecho envidiosos, repiten por todos los ámbitos: "¡Qué explotador es Z... Hace hacer sus obras á X... el miserable!",

Entonces una jauría de perrillos le persiguen, ladrando amenazadores, y concluyen por morder; sus mordiscos no producen heridas graves, pero se llevan al fin la tajada.

Pero recuerdo que aún no os he hablado de los periodistas, querido Dautin; sus simpatías pueden ser de gran provecho, pero desconfiad, porque no merezo su confianza. Ya sabéis que la política hoy domina la situación, razón por la cual un periódico radical hará con dificultad la apología de una novela escrita por un conservador (aunque para mí la política yo la resumo en una palabra: EL PROGRESO, venga de donde viniere); soy fiel á los recuerdos, y agradecido á los favores durante la emigración, por eso los periódicos avanzados me guardan rencor.

Fuera de la política, tengo la desgracia de tener dos enemigos folletinistas. ¿Cómo me los he creado? No lo sé, y poco me importa saberlo. Porque la prensa no está representada por dos personas solas. Si tengo el derecho de quejarme enérgicamente de esos dos colegas, quien por satisfacer rencores particulares, me insultan en lugar de juzgarme, tengo en cambio que congratularme de la amistad

con que me honran varios de sus colegas. Aunque hayan juzgado alguna vez con severidad algunas de mis obras dramáticas, algunas de mis novelas, lo han hecho con mesura y tacto, sus censuras parecían más bien consejos, que he aprovechado en más de una circunstancia.

Ellos me han hecho sentir no haberme dedicado al periodismo, para desde allí haber hablado lo bueno y criticado lo malo. Pues á veces, en una obra rechazada por la opinión pública, hay cosas muy buenas, que la crítica debe señalar, como el presidente de una Audiencia señala al Jurado hechos que son para el acusado circunstancias atenuantes. Nunca hubiera echado en olvido las consideraciones á que son acreedores los colegas. Hubiera temido siempre el condenar en un momento de mal humor, una obra que á veces cuesta seis meses, un año de desvelos continuos, y sobre la que tenían fundadas tantas esperanzas, y cuyo éxito ó desaprobación podía hacer la felicidad ó desgracia de un ser inteligente. Me hubiera complacido en animar á los débiles, sostener á los desfallecidos, atraer á la verdadera senda á los extraviados, y hubiera preferido colmar á un autor ó actor de lisonjas, exageradas, en lugar de criticarles con aspereza. En fin, mi conciencia no hubiera aprobado las siguientes palabras, atribuidas á un folletinista CHINO, sin duda alguna:

"Si hago elogios de un autor ó actor, decía, solo agrado á la persona á quien alabo, ó á personas de



su íntima confianza. Si las increpo duramente, como de alegría á sus colegas, camaradas, parientes y aun amigos. Mi artículo está buscado con afán, se lo arrancan de las manos. Ese pobre Z... ¡habéis visto cómo le pone X!... ¡El artículo merece ser leído! Todos lo compran para leerlo, sólo hablan de mí. Mis intereses y mi personalidad están en alza.

Comprendo que el caso es práctico, y el éxito de X... ha sido incontestable. Pero sus colegas del folletín lo desaprueban, prefiriendo la honradez á la fama.

Por lo tanto, amigo Dautin, no critiquemos el periodismo; mi nombre os atraerá dos antipatías por veinte simpatías; alegráos, pues.

—Me regocijo tanto más, querido Belot, porque debo añadir á las simpatías de que habláis, las de vuestros amigos personales y vuestras lectoras.

—¡Mis amigos, mis lectoras! No contáis con ellos. Si Belot, á pesar de las instancias de Dautin no ha querido firmar LA JOROBADA, dirán que era porque ponía en duda el éxito de esa novela.

Eso no es cierto. Y si rehuso el firmar esta vez, como lo he hecho en EL PARRICIDA, DACOLARD y LUBIN y en el SECRETO TERRIBLE, es por la sencillísima razón que, á pesar de vuestra declaración al frente de este tomo, no he, á mi parecer, trabajado bastante en la confección de LA JOROBADA.

De un pleito reciente, del cual se ha ocupado mucho la prensa, he deducido, de entre mil frases muy

atendibles, dichas por el ministerio fiscal, lo que sigue:

“Basta para ser colaborador, el indicar una idea que pueda contribuir al éxito de la obra.”

Convenido. En dicho caso hay colaboración material, es decir, que se tiene una participación más ó menos grande en los beneficios que puede producir la obra. Eso es un asunto comercial que no tiene relación con la buena y franca colaboración literaria, tal como la practicamos en la Sociedad de los autores dramáticos y escritores. Tengo el honor de pertenecer hace tiempo á sus Comités, y tocante á ese pormenor conozco á fondo la opinión de mis colegas.

Para que haya colaboración seria, completa, moral, es preciso que durante cierto tiempo se unan dos inteligencias, dos pensamientos, dos corazones, que se confundan y los abraze el mismo fuego. La idea primera la concibe uno sólo y la comunica en embrión; luego se estudia, se discute entre los dos, y á veces se abandona para ser reemplazada por otra nueva idea surgida de la primera; ésta es hija de dos padres y su procedencia es pro-indivisa. Adoptada esa nueva idea, se buscan las situaciones, entre ambos trazan los caracteres de los personajes que han de figurar en el drama; se conviene en los acontecimientos, los incidentes que han de provocar, la parte alegre, el terror, la compasión del espectador ó del lector; por fin, se divide la novela en capítulos, y la pieza en actos.

Muchas veces, sucede que el plan concebido por uno de los dos colegas, no está sometido á discusión, y sólo se corrige ó arregla cuando la imprenta la saca á luz. Entonces surgen dificultades entre los autores. ¡Pero durante tienen el arado en la mano para abrir el surco, jamás!

Luego, si la obra no es reproductiva, llegan las recriminaciones: ¡Ah! ¡si me hubiéseis hecho caso!

Si el éxito es ruidoso, deploran haber trabajado en colaboración. Y entonces dejan de ser amigos, y sólo se ven dos hombres frente á frente, llenos de defectos.

El plan de la obra está resuelto, sólo se trata de ponerlo en claro. Para algunos es una obra colosal, para otros es una pequeñez.—PHÈDRE está terminada, decía Racine; sólo me falta escribirla. Se hace el reparto del trabajo: A... se encargará del primero y segundo acto, B... del tercero y cuarto; y si no, Fulano lo escribirá solo, y Mengano lo reparará; también suele suceder que ambos colaboradores se HABLAN, la obra la representan y la escriben á un tiempo.

Ahí tenéis, amigo mío, la verdadera colaboración, tal como yo la comprendo.

En cuanto á LA JOROBADA, ¿qué ha sucedido? Me pedís un plan para una novela, á fin de ocupar vuestros ocios, y os lo envío á vuestro retiro. Transcurridos algunos meses, me remitís una novela concluida, y aunque mi plan sirvió de base, vos lo modificásteis. Me entretengo en leerla, corregirla, suprimiendo una frase, añadiendo otra á algún capi-

tulo, llegando al desenlace; después de esto la remití á LE GAULOIS, que la publicó en folletines, después á DENTU que lo publicó en tomo. Es, pues, según mi entender, querido amigo, una colaboración material, pero de ningún modo moral.

No debo, por lo tanto, de ningún modo firmar LA JOROBADA, y por todas las razones que llevo expuestas no quiero hacer el prefacio.

—Pero acabáis de hacerlo.

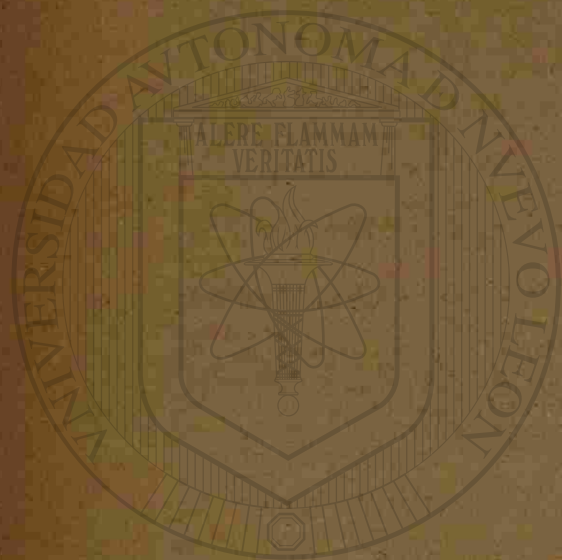
—¡Cómo! ¿os atreveríais á publicar nuestra conversación?

—¿Qué os importa, puesto que decís que nadie la ha de leer?

—Y me sostengo en lo dicho. Pero después de todo, haced lo que mejor os parezca y disponga DENTU, mi editor, mi consejero y amigo.

Vuestro de corazón,

Adolphe Belot.



## La Torobada.

---

### I

SEGURAMENTE pocos habrán olvidado la catástrofe de Ronchéas, que tuvo el triste privilegio, á fines de julio de 1876, de conmover la curiosidad pública.

¿Qué había en el fondo?... ¿Un accidente?... ¿Un crimen?

Cierto es que inmediatamente se instruyó causa criminal en averiguación de los hechos, y todos esperaban el resultado con impaciencia.

Pero el sumario, instruido al principio con gran actividad, no tardó en irse paralizando, hasta que quedó abandonado por completo, sin que el problema quedase resuelto.

Entonces nos ocurrió la idea de averiguar los hechos por nuestra cuenta, convencidos de que en todo aquello se ocultaba algún drama sombrío de la vida privada.

Si nuestro trabajo ha sido estéril, el lector



decidirá; tan solo damos aquí el resultado de nuestras averiguaciones.

El primer punto que hay que determinar es la naturaleza de las relaciones de Luis de Charens con la familia Maudhuy, y naturalmente se ocurre esta pregunta:

¿Desde qué época habían empezado estas relaciones?

A fines del año 1867 murió el anciano Quillat, fundador de la importante casa de comisión y exportación de la calle de Enghien.

Su hermana, baronesa de Charens, se había reconciliado con él cuando supo se hallaba gravemente enfermo; abandonó la provincia con su hijo para venir á instalarse á su cabecera; ambos lo cuidaron y asistieron durante su larga enfermedad, y nadie dudó que madre é hijo recogerían su rica sucesión, y ellos mismos también contaban con ella.

Pero, muerto el buen hombre, se encontró un testamento, que instituía por heredera universal á una tal Rigaude, su ama de llaves, especie de intrigante de baja estofa, amiga de confianza de un Procurador privado de su cargo, llamado Rastard.

Por un codicilo más reciente, el testador legaba á su sobrino la cantidad de treinta mil francos, pero con la condición de que entrase

como empleado en casa de Maudhuy, su sucesor en la casa comercial de la calle Enghien.

La baronesa de Charens oyó la lectura de ambos documentos sin emoción aparente; nada en su rostro ni en su actitud revelaba su cruel decepción; con fría y altanera sonrisa se despidió del Notario; luego salió lentamente haciendo señal á su hijo de que la siguiera.

Pero la emoción que sentía era superior á sus fuerzas. En el momento en que ponía el pie en la escalera, una nube de sangre pasó por sus ojos y cayó desplomada, víctima de una apoplejía fulminante.

Maudhuy, como antiguo socio y amigo del difunto, había asistido á aquella escena. Por la noche, al retirarse á su casa profundamente conmovido, se la refirió á su esposa.

Esta no pudo reprimir un movimiento de alegría.

—¡Cómo, Clementina!— dijo su marido en tono de reproche.

—¡Pues bien, sí!— replicó— eso es. No puedo compadecerme de los infortunios de la baronesa Charens. La conozco y á su hijo también... Allá, en Clamecy, éramos vecinos... Bastante nos han humillado con su desprecio...

En presencia de aquella animosidad, Maudhuy vacilaba en hablar del codicilo. En efec-

to, á sus primeras palabras sobre este documento, Clementina se puso furiosa, diciendo que saldría de la casa si Luis de Charens entraba en ella.

Maudhuy buscaba un sesgo para vencer aquella dificultad, cuando de pronto su esposa pareció cambiar de ideas. Convino en que, reflexionándolo bien, no tenía razón, y que en todo caso era una exageración.

Las oficinas estaban en otro departamento de la casa; no era una obligación tratarse con los dependientes; y además que la voluntad de un moribundo es cosa sagrada...

—¡Buena Clementina! —dijo Maudhuy besándola en la frente.

Algunos días después fue á buscar á Luis de Charens y se puso cortésmente á su disposición. El joven le dió las gracias, pero dijo que no se sentía con vocación ni aptitud para el comercio, y que iba á tratar de crearse una posición más en armonía con sus gustos é ideas.

En vano Maudhuy le hizo observar que obrando así perdía un legado de cierta importancia, y que la carrera que se le ofrecía era en suma tan honrosa como lucrativa: nada pudo convencerlo.

—Mi madre no me hubiera permitido aceptar, —dijo, —y rehusó terminantemente.

Esta respuesta, comunicada á Clementina, pareció causarla visible disgusto.

En cuanto á Luis, después de haber ordenado en parte sus asuntos, que estaban bastante embrollados, se ocupó, según había dicho, en crearse una posición. Se matriculó en la facultad de Medicina; pero la guerra de 1870 interrumpió sus estudios.

Afiliado en los cuerpos móviles del Nièvre, cumplió lealmente su deber en las acciones que se dieron cerca de Orleans, cayó herido en Arthenay, y después, en abril de 1871, volvió al departamento del Nièvre, cuando ya sus acreedores, poco tranquilos, empezaron á hostilizarle.

La situación era crítica. Todos los hombres de negocios á quienes consultó le aconsejaron que liquidase.

¡Vender la casa paterna! No podía consentir en semejante cosa; pero acosado con insistencia, tuvo que resignarse. Se fijaron edictos en las municipalidades y se insertaron los oportunos anuncios en los periódicos.

Uno de estos anuncios hirió por casualidad los ojos de la señora de Maudhuy.

Había olvidado por completo á Luis en aquellos cuatro años. Tenía ya un niño á quien adoraba; Susana, su cuñada y amiga, dos años



más joven que ella, recientemente salida del colegio, vivía á su lado; la sociedad de esta encantadora joven, las caricias de su hijo, las atenciones de su marido, habían adormecido el odio que profesaba al joven; pero aquel inoportuno anuncio lo despertó más vehemente.

Habló con su marido y le instó para que comprase aquella propiedad contigua á la de su padre. Maudhuy presentó algunas objeciones; pero su esposa tanto insistió, que al día siguiente partió para Clamecy, decidido á arreglarlo todo amigablemente antes de que se vendiese la finca.

Aquella nueva entrevista entre los dos antiguos conocidos, no fue menos cordial que la primera; se sentían atraídos por una mútua simpatía.

Luis no ocultó su precaria posición ni su aburrimiento. Maudhuy, sinceramente conmovido, le renovó su proposición de otro tiempo, y le ofreció satisfacer á sus acreedores, y más adelante como socio.

Luis esta vez no tuvo fuerza para resistir y aceptó con reconocimiento.

Maudhuy, á su regreso, temía los reproches de su mujer; pero, muy al contrario, pareció alegrarse de lo que había hecho y le felicitó por ello.

Fue á principios de junio de 1871, cuando Luis entró en la casa de la calle de Enghien.

Clementina deseó que le fuese presentado; no era ciertamente aquella la costumbre; pero Charens no era un empleado ordinario y convenia hacer una excepcion en su favor.

La presentación tuvo lugar; Clementina desplegó en ella una impertinente ironía.

«Se alegraba mucho de volver á ver al señor de Charens... Iban á ser vecinos como en otro tiempo... ¿Qué habia sido de él desde que no se habían visto?... ¡Había querido estudiar medicina! ¡Mala carrera! ¿Por qué no había aceptado desde luego los ofrecimientos de Maudhuy... Ciertamente que la nobleza pobre de provincia no puede rebajarse á oficios serviles... Sin duda la industria de Maudhuy no estaba aún bastante aristocratizada; pero, en fin, ganaba un año con otro unos cincuenta mil francos... y esto valía más que asistir enfermos... ó aspirar á herencias ambiguas...»

Tal fue, si no el texto, al menos el sentido de sus palabras. Maudhuy y Susana, verdaderamente incomodados, trataban de amortiguar los golpes; pero cada esfuerzo de su parte no hacía más que redoblar el encarnizamiento de Clementina.

En cuanto á Luis, herido, impaciente,

estuvo veinte veces para estallar; pero, sin embargo, se contuvo.

Cuando quedó instalado en la oficina, las vejaciones continuaron. Aunque no hubiese comunicación alguna entre la casa del banquero y las oficinas, Clementina siempre hallaba medio para tropezar con Charens y lanzarle á la cara algún sarcasmo.

Luis soportaba estóicamente aquellas picaduras; pero su corazón sangraba. Por otra parte hallaba una compensación en las inalterables bondades de Maudhuy y su hermana.

En muy poco tiempo se puso al corriente de las operaciones de la casa. A fin de 1872 hizo un largo viaje para asuntos comerciales por Inglaterra y Alemania, y cumplió su cometido de una manera admirable y satisfactoria.

A su vuelta, Maudhuy, que había dejado un poco enfermo, se hallaba peor. El Médico había ordenado un régimen higiénico; el aire del campo, en cuanto el tiempo lo permitiese, y un reposo casi absoluto; era de temer una afección orgánica del corazón.

Luis se impresionó mucho al saber el estado de Maudhuy.

—No hagáis caso—dijo Maudhuy;—esto pasará. Entretanto, querido amigo, ya veis que no sirvo para nada; todo el peso de la casa

va á descansar en vos. Llega, pues, el momento de cumplir mi promesa; desde hoy sois mi socio por mitad.

Luis quiso rehusar estas ventajas; Maudhuy insistió tan enérgicamente, que no tuvo otro remedio sino aceptar.

Clementina, cuando le participaron este arreglo, no lo desaprobó; pero sí dejó entender á Luis que era por pura munificencia por lo que se le había hecho la propuesta.

Por orden del banquero compraron una casa en Villanueva de San Jorge, á orillas del Yère, en un sitio magnífico. Desde los primeros días de Abril, Maudhuy se estableció allí con su mujer, su hijo y su hermana. Luis se quedaba en París encargado de la dirección de la casa.

Tres ó cuatro veces á la semana, iría á Villanueva á rendir cuentas á su socio y á conferenciar con él.

La salud de Maudhuy no se mejoró nada durante aquella permanencia en el campo; pero el carácter de Clementina pareció haberse modificado algún tanto.

Desde hacía un poco tiempo estaba triste, preocupada, nerviosa. Tan pronto parecía indiferente á la enfermedad de su marido, como disputaba con Susana quién lo cuidaría y velaría.



Con respecto á Luis el cambio no era menos notable; ya no había para él ironías ni vejasiones, sino una buena sonrisa y dulces palabras, como si hubiera querido hacerse perdonar sus antiguas faltas.

Luis parecía insensible á estas nuevas manifestaciones. Entónces ella puso más insistencia en su agradable comportamiento.

Cada vez que era esperado, no se descuidaba en hallarse á la puerta del parque y lo acompañaba hasta la casa. Le hacía encargos para París, compras de objetos de tocador y entraba familiarmente en recomendaciones de detalle.

Procuraba hallarse sola con él, para darle gracias por lo que hacía, para hablarle de Mandhuy, cuyo estado la inquietaba...

—¡Dios mio! ¡si llegase á morir!

Y al decir esto parecía interrogar con la mirada á Luis; pero éste respondía invariablemente, que el mal no era tan grave como ella suponía, y trataba de tranquilizarla.

Aquella frialdad la irritaba; era sin duda un partido tomado, un resentimiento antiguo.

Resolvió salir de la duda.

Una noche que le acompañaba, según costumbre, después de algunas venalidades sobre la esperanza de la cura de Maudhuy, se detuvo de repente, y mirándole cara á cara,

—Y si á pesar de todo llegase á morir... ¿qué? —le dijo con entereza.

El ataque era tan directo, que Luis se estremeció; pero en seguida volvió el rostro y respondió tristemente:

—Sería una desgracia, de la que jamás me consolaría. Adiós, señora.

Clementina le miró alejarse, temblando de cólera y de vergüenza.

Desde aquel momento le declaró un odio implacable.

Las persecuciones de otro tiempo recobraron una intensidad creciente... hasta el día en que se detuvieron ante una revelación inesperada.

## II

En el mes de junio, Clementina supo, por una carta de su padre, que la hermana de éste, llamada Luz, vieja solterona, fea y deforme, que había sido su segunda madre, y la había educado, estaba gravemente enferma, y que deseaba verla.

Esta noticia la afectó en extremo.

—¡Pobre querida Tatá! ¡ya lo creo que iré



y sin que pase un día! ¡Después de lo que ha hecho por mí!... ¡Con tal de que la halle viva!

Maudhuy, aunque enfermo, quiso acompañarla; su mujer se opuso; esto le fatigaría, y se iría sola.

Sus preparativos fueron hechos en pocos minutos, y tomó el primer tren ascendente.

A medida que se acercaba veía en su pensamiento aquella casa del barrio de Beuvron donde había transcurrido su infancia, y una vaga tristeza se apoderaba de ella.

¡Cuán lejos estaban aquellos recuerdos! ¿Dónde se habían ido sus sueños de niña?... Hasta la casa perdería pronto sus huéspedes... ¿Era esta la vida?

Su padre fue quien la abrió la puerta. Era el mismo hombre de siempre, indiferente, un poco más grueso y un poco más envejecido.

—¿Eres tú, hija mía?—dijo.

Clementina se arrojó en sus brazos.

—¡Cómo! ¿vienes sola? ¿Y tu marido? ¿y tu hijo?

La joven se apresuró á informarse de Luz.

—Va mejor,—dijo su padre.—¡Ah, nos ha dado un gran susto, te lo aseguro! Ha tenido una crisis horrible y he temido que era la última hora de su vida. Pero no, salió de ella felizmente, y el Médico dice que le ha sido pro-

vechosa; ahora responde de ella. No importa, muy poco queda de la vieja Tatá. Ven á verla.

Y la hizo pasar á la gran alcoba que daba al jardín, que ella misma había ocupado antes de casarse.

En efecto, muy poco quedaba de la pobre Luz.

En el fondo de la alcoba, al cuidado de una criada, se entreveía un escuálido rostro de vieja, flaco, apergaminado, casi hundido entre las almohadas y la colcha.

Clementina apenas la reconoció.

—¡Hermana! dijo Baumet;—aquí tienes una persona, una amiga que viene á verte.

La enferma, sacada de su entorpecimiento, entreabrió los ojos, miró vagamente, y luego, de repente, se dilataron sus pupilas, y un ligero colorido animó sus mejillas.

—¡Tú...! ¿Eres tú, mi Niní?—exclamó con voz trémula de emoción, tanto como de debilidad.

Hizo un esfuerzo para incorporarse, pero fue inútil.

Clementina la abrazó y besó con efusión, y de pronto exclamó asustada:

—¡Dios mío, mi tía se muere!

La enfermera la hizo aspirar un frasquito que contenía un fuerte reactivo, y la reanimó.

Trataban de llamar al Médico, pero la enferma se opuso.

—No es nada, —murmuró;—la alegría... y la alegría no mata.

No tardó en sentirse mejor y ordenó que la dejaran sola con su sobrina.

Clementina se sentó en la orilla del lecho, se inclinó hacia la enferma, y las dos se pusieron á hablar.

—Ya lo ves, —decía Luz, —en cuanto conocí que la cosa iba mal, me hice traer aquí, á tu alcoba, á tu misma cama. Así me parecía que te tenía á mi lado... ¡Y esto me ha hecho mucho bien!

—¡Querida Tatá!...

—Luego que no he permitido que se tocara á nada. Todo está en el mismo estado en que tú lo has dejado.

Clementina quiso saber algunos detalles sobre su enfermedad.

—No hablemos de eso, —repuso su tía;— ¡Ya ha pasado!... Hablemos de tí, ¿eres dichosa?

Clementina declaró que era completamente feliz; su marido estaba un poco delicado, pero no era cosa alarmante; la amaba colmándola de atenciones; su hijo era bellissimo y su cuñada su mejor amiga.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Luz sinceramente.

Luego con un tinte de tristeza, añadió:

—Sin embargo, hubiera querido ser testigo de tu felicidad, vivir en tu vida, á tu lado... ¡Pero es imposible! ¿qué sería de tu padre sin mí?

Luz no se cansaba de hablar. Ambas evocaron una serie de recuerdos queridos; se enternecieron mutuamente. Como en la conversación se pronunciase el nombre de la señora de Charens,

—A propósito, —dijo Clementina, —se me olvidaba decirte que su hijo, Luis de Charens, es desde hace algunos meses, socio de mi marido.

Luz se estremeció.

—¡Dios mío! ¿qué me cuentas? —exclamó.

—¡Pues es una cosa muy sencilla! —repuso Clementina, con aire indiferente. —Después de un desengaño... ya sabes... la sucesión Quillat que se le fue de las manos... ese pobre muchacho no sabía qué hacerse. Mi marido ha tenido lástima de él, y lo ha nombrado primero empleado y luego socio. Yo no me opuse; era una ocasión para humillar su orgullo, haciéndole sentir la sujeción de la dependencia.

Luz, alarmada, le hizo contar todo lo que



había pasado entre Luis y su sobrina, y suplicó á ésta que cesase de mortificarle.

—Así pienso hacerlo—dijo Clementina—tanto más que parece no sentir nada ni tener corazón.

Después de comer, y mientras la enferma descansaba, Clementina se entretuvo en recorrer la casa, con esa curiosidad que nos domina en los lugares que hemos habitado en otros tiempos, donde cada objeto encierra el recuerdo de algo que ya hemos olvidado.

Salió luego al jardín siguiendo lentamente por los paseos hasta la cerca de los espinos y zarzales que lo separaba del parque vecino. Allí se detuvo; sin duda un recuerdo más vivo hirió su mente, porque su pecho se agitó y sus hojas se humedecieron; pero pronto se sonrió amargamente, hizo un gesto de despecho y se alejó de allí suspirando.

Con su llegada á la casa parecía haber entrado en ella la salud. Luz se sentía mejor; tomaba algún alimento; recobraba sus fuerzas; no tardó en levantarse. Clementina se encargó de vestirla.

—Bastantes veces me has prestado ese servicio cuando era pequeña—dijo;—ahora me toca á mí.

Y continuaron sus diálogos confidenciales.

Un día versó la conversación sobre un trabajo de tapicería hecho por Clementina cuando era niña y que Luz había conservado como un tesoro; quisieron volverlo á ver.

—Debe estar en aquel armario,—dijo Luz.

Clementina abrió el armario y vió que sus cajones estaban llenos de plantas medicinales, frascos de esencias y remedios.

—¿Te dedicas aún á la farmacia?—preguntó riéndose.

—Sí,—dijo la anciana,—y mis drogas valen mucho más que las de los boticarios. ¿Ves ese frasquito que está á la izquierda? Es un jarabe de mi invención, que me salvó cuando estuve desahuciada por el Médico.

Clementina no halló la tapicería.

Al día siguiente, por una especie de capricho, se empeñó en buscarla. Visitó la antigua habitación de Luz, abrió todos los cajones, registrándolos minuciosamente.

Muchos objetos pasaron por su vista; unos paquetes de naipes le recordaron que su tía, tan devota como supersticiosa, no hacía nunca nada grave sin consultar antes la suerte... En fin, en un cajoncito particular, un paquete de cartas excitó su curiosidad.

—¡Calle!—se dijo;—¡la correspondencia amorosa de Tatá! ¡debe ser curiosa!

Y examinó el paquete entreabriéndolo por un extremo.

De pronto se estremeció; en el sobre de una de las cartas leyó: *A la señorita Clementina Baumet.*

—¿Qué es esto?... ¡mi nombre en estas cartas!—dijo.

Y deshaciendo el paquete, cogió una de las cartas, miró la firma y leyó: *Luis de Charens.*

¡Luis de Charens! ¡del que jamás había recibido carta alguna!

Su conmoción fue tal, que tuvo que sentarse en una silla para no caer al suelo.

Leyó febrilmente aquellas cartas. Eran cartas de amor, apasionadas, abrasadoras... y las últimas llenas de quejas y hasta reproches, porque no se recibía contestación á ninguna de ellas.

¿Y las fechas?... Septiembre de 1867... después de la partida de Luis para París... ¡dos meses antes de su matrimonio!...

De un salto se halló en la habitación inmediata al lado de Luz.

La anciana se hallaba sentada en un cómodo sillón, y siempre laboriosa se ocupaba en hacer crochet. La brusca llegada de su sobrina la hizo estremecer.

—¿Qué tienes?—preguntó alarmada.

—¿Que qué tengo?... ¡Mira!

Y le arrojó las cartas en la falda.

Luz las reconoció al momento y lanzó un grito de angustia.

—¿Conque es decir—exclamó Clementina—que interceptabas y me ocultabas esas cartas que yo con tanta impaciencia esperaba?

—¡Mi buena Niní, perdóname! Yo lo hacía por tu bien, por tu felicidad.

—¿Por mi felicidad?... ¡Pues debes estar satisfecha!... ¡Has hecho de mí la más desgraciada de las criaturas!

Y como luz quisiese cogerla la mano, la rechazó brutalmente, yendo á sentarse á un rincón, con la cabeza baja y la mirada feroz.

—Escúchame, mi buena Niní—proseguía Luz, suplicante,—¡era por tu bien!... ¡Yo sabía que Luis de Charens te amaba!...

—¿Y cómo lo sabías tú?—la interrumpió Clementina levantándose;—nos habías espiado, sorprendido!... ¿Por qué no me lo advertiste?... Pero no...; disimulaste, y algunos días después, cuando me... cuando me ves devorada por la inquietud, cuando pregunto, aparentas no saber nada, finges sorprenderte!... ¡Y sin embargo, tienes valor para ocultar esas cartas tan ávidamente esperadas!... ¡y aún te atreves á decir que me amas!

29765



—Sí, sí, te amo, bien lo sabes. ¿Crees que eso no me ha lacerado el corazón? Sin embargo, he resistido, y he hecho bien!

—Sí. ¿A dónde te hubiera conducido ese amor? ¿La señora de Charens consentiría nunca en ese matrimonio?

—No, pero ya ha muerto. Su hijo es libre, y sin tí lo sería yo también.

—Pero ni el uno ni el otro tenáis fortuna.

—¿Y qué me importaba la fortuna? ¿He pensado en ella jamás?

—Pues por eso pensaba yo por tí. Sabes á qué extremidad estábamos reducidos; tu padre tenía deudas...

—¡Ah! ¡Ya lo sé!...—exclamó Clementina con punzante ironía.—¡Comprendo! era cuestión de dinero, asunto mercantil. ¿Qué importa que una pobre mujer tenga un amor en su corazón? ¡Nada! Es preciso que se paguen las deudas de su padre; aunque sea desgraciada, y muera de desesperación, ¡será vendida!... ¿Quién da más, señores?

—¡Oh! ¡Clementina!

—¡Y bien, qué? ¿Dirás tal vez que no me has vendido?... ¡Y se ha encontrado un hombre que aceptó ese infame mercado! ¡y ese hombre es mi marido! ¡y mi suerte está ligada

para siempre á la suya! ¡Oh! ¡esto es repugnante!

La vieja Luz se arrastraba suplicante

—Pues bien, sí, máldiceme, mátame si quieres; ¡pero no calumnies á tu marido!... Es bueno, generoso...

—Porque me ha comprado bastante cara, ¿no es eso? ¡Oh, miseria!... ¡Cuando pienso que me ha conmovido su desinterés, y que cada vez que me sorprendía no sentir amor por él, me acusaba de ingratitud!... Sí, lo he admirado, mientras que aborrecía al otro abrumándolo con vejaciones y desprecios! ¡Oh! ¡jamás me lo perdonará!

—¿Y qué importa que te perdone? Lo hecho, hecho está, y ya no hay remedio... Por otra parte, ¿me has dicho que eres feliz?

—¡Sí, pero no es verdad, he mentido!

—Tu marido... tu hijo...

—¡Los execro lo mismo que á tí!

—¡Oh! ¡Clementina!...

—Soy una ingrata, ¿no es eso? ¡Háblame ahora de tu amor, de tus cuidados, de tu abnegación! ¡Puedes guardarlos para tí! ¡Estamos en paz! ¡Adiós!

—Clementina, ¿adónde vas? ¿Qué quieres hacer?

Clementina la rechazó y salió bruscamente.

La anciana tía, aniquilada por tantas emociones, rodó por el suelo perdido el conocimiento.

Media hora después, Luz, auxiliada por la criada, se hallaba en su lecho atacada de una violentísima fiebre.

Clementina, después de haberse despedido precipitadamente de su padre, á quien dejó sin saber lo que le pasaba, se puso en camino para París.

### III

El matrimonio de Clementina con Maudhuy tuvo lugar, en efecto, según acababa de decir Luz, bajo el peso de una dura necesidad.

En aquella época, 1876, los negocios de Baumet, gracias á su sorprendente incuria, se hallaban en el estado más deplorable. Su comercio de granos y harinas no le había producido más que deudas; las reclamaciones surgían de todas partes; las citaciones llovían; era inminente un desastre.

El 27 de agosto, el Escribano del Tribunal de Comercio, señor Florimond, se presentó, acompañado de su Escribiente y del Agente de apremios llamado Gaudriat, en aquella misma

casa del pueblecillo de Beuvron, que tan bruscamente había abandonado Clementina, según dejamos dicho al final del anterior capítulo.

Al sonido de la campanilla, movida por el Escribano, el inquieto rostro de la vieja señora apareció en una de las ventanas del piso bajo.

—Buenos días, señorita Luz— dijo Florimond saludándola.

—¡Ah! sois vos, señor Florimond... ¿Qué ocurre de nuevo?... Pero, entrad...

La puerta se abrió y entraron los tres individuos.

Luz, hermana mayor de Baumet, podía tener de cuarenta y cinco á cincuenta años. Era una pobre jorobada, cuya estatura no excedía á la de un niño de diez años; sus facciones no eran desagradables, y sus pequeños ojos grises brillaban con animación é inteligencia. Dos tupidos bandos de cabellos aún negros, su algo encorvada nariz, labios delgados, algo fruncidos en las comisuras, barbilla prominente y una doble arruga vertical entre las dos cejas, daban á su fisonomía una expresión de malicia, de energía y de tenacidad.

Esta criatura, á quien su deformidad privaba de todo pensamiento de porvenir personal, había consagrado toda su afección en su herma-



La anciana tía, aniquilada por tantas emociones, rodó por el suelo perdido el conocimiento.

Media hora después, Luz, auxiliada por la criada, se hallaba en su lecho atacada de una violentísima fiebre.

Clementina, después de haberse despedido precipitadamente de su padre, á quien dejó sin saber lo que le pasaba, se puso en camino para París.

### III

El matrimonio de Clementina con Maudhuy tuvo lugar, en efecto, según acababa de decir Luz, bajo el peso de una dura necesidad.

En aquella época, 1876, los negocios de Baumet, gracias á su sorprendente incuria, se hallaban en el estado más deplorable. Su comercio de granos y harinas no le había producido más que deudas; las reclamaciones surgían de todas partes; las citaciones llovían; era inminente un desastre.

El 27 de agosto, el Escribano del Tribunal de Comercio, señor Florimond, se presentó, acompañado de su Escribiente y del Agente de apremios llamado Gaudriat, en aquella misma

casa del pueblecillo de Beuvron, que tan bruscamente había abandonado Clementina, según dejamos dicho al final del anterior capítulo.

Al sonido de la campanilla, movida por el Escribano, el inquieto rostro de la vieja señora apareció en una de las ventanas del piso bajo.

—Buenos días, señorita Luz— dijo Florimond saludándola.

—¡Ah! sois vos, señor Florimond... ¿Qué ocurre de nuevo?... Pero, entrad...

La puerta se abrió y entraron los tres individuos.

Luz, hermana mayor de Baumet, podía tener de cuarenta y cinco á cincuenta años. Era una pobre jorobada, cuya estatura no excedía á la de un niño de diez años; sus facciones no eran desagradables, y sus pequeños ojos grises brillaban con animación é inteligencia. Dos tupidos bandos de cabellos aún negros, su algo encorvada nariz, labios delgados, algo fruncidos en las comisuras, barbilla prominente y una doble arruga vertical entre las dos cejas, daban á su fisonomía una expresión de malicia, de energía y de tenacidad.

Esta criatura, á quien su deformidad privaba de todo pensamiento de porvenir personal, había consagrado toda su afección en su herma-

no. Baumet era gallardo, de buena presencia y robusto; su hermana estaba orgullosa de él, como si en cierto modo la figura de su hermano rehabilitase la suya.

Cuando se casó, Luz sintió en su corazón el dardo de los celos. Nunca pudo sufrir á su cuñada; pero en cambio adoraba á su sobrina, á su Nini, como así la llamaba, colmándola de caricias y de mimos. La muerte de la señora de Baumet la causó una secreta alegría; volvía á ser la dueña de la casa; y en efecto, con dificultad hubiera encontrado Baumet una ama de gobierno más leal y más infatigable.

Pasaron algunos años. Nini era ya la señorita Clementina Baumet, hermosa joven de dieciocho años. Su tía, que la amaba con toda la ceguedad del amor maternal insaciable, se había decidido, aunque con mucho trabajo, á separarse de ella para colocarla en uno de los mejores colegios de París; todos los años, en la época de las vacaciones, admiraba sus progresos; y, cuando terminados sus estudios volvió á la casa para no salir de ella, Luz no cesaba de extasiarse con sus perfecciones.

Pero esta alegría se veía alterada por el mal estado de los negocios y del crédito de Baumet. ¿Qué iba á ser de ellos? ¿Les quedaría siquiera un pedazo de pan? Luz se consumía de

inquietud y de angustia, y sin embargo, disimulaba su tormento, á fin de no turbar la alegre tranquilidad de su sobrina.

A pesar de todo, creyó que aquella visita de Florimond sería como tantas otras que había hecho; no temía nada grave.

Florimond la presentó una hoja de papel sellado.

—¡Otra intimación más!—dijo Luz tristemente.

—En efecto... ¿No entráis, señores?—dijo al Escribano volviéndose á Gaudriat y al Escribiente que habían quedado en la puerta.

La Jorobada se estremeció.

—¡Cómo! ¿Vienen con vos estos señores?—dijo.

—Sin duda.

—Entonces, quiere decir que venis á...

—A proceder al embargo; sí, señora.

Luz se quedó aterrada y ocultó el rostro entre sus manos.

Florimond prodigaba ya esas venales condonencias, con las que allanaba siempre los preliminares escabrosos de esta especie de operaciones; pero Luz alzó la cabeza y le interrumpió diciéndole:

—¡Señor Florimond, no haréis tal cosa!

—¡Señorita!...



—No lo haréis, os lo repito... Baumet es vuestro amigo...

—¿Y eso qué importa?

—¿Cómo que no importa?... ¡Vamos, ya adivino! Baumet es muy abandonado, y queréis asustarlo...

—Sólo quiero que pague.

—¿Cuánto os debe?

—Mil quinientos francos, intereses y costas.

—Pero ¿quién nos persigue con tanto encarnizamiento?

—El señor Maudhuy, de París.

—No le conozco; Baumet no tiene negocios con él.

—Es muy posible; pero es poseedor de un pagaré al portador, firmado por vuestro hermano, y en virtud del cual...

—¡Es que los embargos no se hacen de ese modo!—exclamó la desolada vieja, que no sabía en qué pretexto apoyarse;—se necesitan avisos, intimaciones, órdenes... ¿qué sé yo?

—Todo eso está ya hecho.

—No recuerdo...

—Yo sí, y el expediente está en regla.. ¡Vamos! basta de discusiones...

Luz, entonces, se irguió todo cuanto su deformidad le permitía y tomó una actitud resuelta.

—¡Pues bien, no!—dijo;—¡no embargaréis!... Yo sabré impedirlo.

Y hablando así, oprimía enérgicamente en sus manos el llavero lleno de llaves que jamás abandonaba. El ejecutor vió aquel gesto y sonrió desdeñosamente.

—León—dijo al Escribiente,—vete á buscar al Juez de Paz y á un cerrajero para que abra los muebles.

Aquella perspectiva heló súbitamente la sangre en las venas de la Jorobada. Toda su energía cedió de repente y fue á sentarse sollozando en una silla del comedor. Florimond la siguió con sus dos compañeros.

De pronto se oyeron los alegres sonidos de un piano; primero dos ó tres rápidas escalas, luego un corto preludio, y en fin una graciosa contradanza.

Los tres hombres se miraron sorprendidos.

Luz, desde las primeras notas, se estremeció como bajo una conmoción eléctrica.

Se lanzó hacia el Escribano, cubierto el rostro de lágrimas, suplicante.

—Mi querido señor Florimond, ¡es ella! ¡mi sobrina, mi pobre Nini... ya la conocéis! ¡Cuántas veces la habéis hecho bailar en vuestras rodillas! ¡Ahora está bellísima y es feliz, á Dios gracias! ¡porque no sabe nada de estas

abominaciones! ¡se las he ocultado como he podido!... ¿Y sois vos quien iréis á decirle... así, de pronto... que está reducida á la miseria? Eso sería matarla... ¡No! Vos tenéis buen corazón y no lo haréis!

Y continuó hablando.

El piano continuaba también con creciente animación. Tenía mucho de lúgubre aquella loca música que acompañaba irónicamente los suspiros y súplicas de la pobre solterona.

Maese Florimond, bastante buen hombre en el fondo, se rascaba la oreja con aire indeciso, cuando el piano cesó bruscamente; luego, casi al mismo tiempo, se abrió una puerta interior, se dejó oír un paso ligero, y apareció una joven á la entrada del comedor.

Era Clementina. Corría aturdidamente, creyendo hallar sola á su tía; al ver á los tres personajes, se detuvo lanzando un ahogado grito de sorpresa y ruborizándose.

Estaba encantadora en aquella actitud indecisa, con sus bellos ojos asustados y su boca entreabierta por su interrumpida risa.

Luz se había limpiado los ojos y sonriente corrió á su encuentro y la abrazaba, mientras maese Florimond y sus acólitos tomaban una actitud de inocencia y benignidad.

La joven, confusa, se desprendió de los bra-

zos de su tía é imaginó un pretexto para explicar su brusca aparición; luego, después de algunas palabras de excusa, se retiró á su cuarto.

—¡Cierra bien la puerta!—le dijo Luz;—que puede haber una corriente de aire si tienes abierta la ventana.

—¡Perfectamente!—dijo el Escribano;—vuestra sobrina nada sospecha. Vamos; procedamos al embargo.

—¡Cómo! ¿Aún pensáis en ello?

—¡Ya lo creo que pienso!... Os advierto—añadió severamente,—que es inútil toda resistencia.

Luz se resignó.

Florimond, auxiliado de su Escribiente y de Gaudriat, consignó en la diligencia de apremio todos los efectos que había en el comedor. Lo mismo hizo en la cocina y otras habitaciones.

Luz los seguía como se sigue un convoy fúnebre; muda, impassible, estóica. Dejó sacudir las ropas sin la menor protesta, por miedo de que su sobrina, cuya habitación estaba inmediata, percibiese nada de lo que pasaba. Además ocultaba, ó procuraba ocultar como mejor podía la entrada de aquella habitación; pero el Escribano no pareció notarlo.

La cueva, los graneros, los depósitos, todo



fue visitado. Cuando, al cabo de una hora, salieron al patio, Luz se creyó libre de ellos.

—¡Calle! ¿Qué es esto?—dijo Florimond extendiendo su mano al pestillo de una puerta practicada en el muro á la izquierda.

—Es el jardín.

—Pasemos á verlo.

Y abriendo la puerta entró en el jardincillo.

Era un gran cuadrado de terreno comprendido en el ángulo formado por el patio y la casa-habitación, y limitado en los otros dos lados por un viejo muro destartado, cuyas brechas estaban tapiadas con zarzales y espinos; por encima del muro se descubrían los grandes árboles de un parque vecino. Este jardín estaba bien dispuesto y no mal tratado.

—¡Calle! ¡no es malo este jardín!—dijo Florimond.

—Es posible—dijo Luz;—pero ya nada tenéis que hacer aquí.

—Perdonad,—dijo el Escribano mirándola fijamente,—falta aún visitar esta parte de la casa.

Y designaba, á la izquierda, la habitación de Clementina, que daba al jardín por una puerta vidriera y una pequeña escalinata.

Luz se estremeció y quiso protestar; pero el ejecutor le dijo secamente:

—¡Nada de recriminaciones! Vamos, ¿queréis ser razonable y ayudarnos? Os prometo embargar todo lo que hay dentro sin que vuestra sobrina siquiera lo note... ¿Convenís en ello?

Luz comprendió que no podía tomar otro partido.

—¡Sea!—dijo.—Venid.

Y les precedió en el jardín haciéndoles los honores con el aire más natural.

En aquel momento se oyó una tocata de trompa de caza en el parque vecino.

—Es ese ocioso, el señor de Charens que nos ensordece con su trompa,—dijo Luz alzando ligeramente los hombros.

La trompa calló, y casi al mismo tiempo se oyó el piano de Clementina que repetía la misma tocata de caza.

—¡Calle! diríase que era la respuesta de la pastora á su pastor,—dijo el Escribante riéndose.

Entretanto, Gaudriat se había acercado á la ventana, y aplaudiendo con las manos, gritaba: ¡bravo! El piano se interrumpió y la joven se asomó á la ventana.

—Mi buena Nini,—dijo Luz empezando su papel,—estos señores desean oírte tocar; espero que no te negarás á hacerlo... Entrad, señores.

Vamos, señor Gaudriat; vos que parecéis adorar la música...

La buena vieja estaba alegre y se esforzaba en hacer de tripas corazón.

—¡Ea! ya estás desconcertada;—dijo entrando en el gabinete y viendo sumamente turbada á su sobrina con aquella repentina visita.—Ya conoces á estos señores: el señor Florimond, un amigo de tu padre, que viene á visitarnos de tiempo en tiempo.

—He visto á la señorita Clementina tan pequeña...—dijo el Escribano.

—¿Qué quereis, mi buen señor Florimond! Estas mocosuelas hacen á una vieja. Pero, ¿qué os parece este gabinete? ¿No es precioso? ¡Mirad, aquí hay un tocador!...

—Pero, tía...

—¡Déjame! es para enseñárselo á nuestro amigo el señor Florimond.

—¡Oh, sí, muy bien... muy cómodo!—dijo el Escribano lanzando una mirada investigadora.

—No hay más que estas dos piezas. Mirad señor Gaudriat;—dijo Luz, riéndose.

En efecto, Gaudriat tenía un aspecto bastante risible; desde que habla entrado en el gabinete no había separado los ojos del piano; después de haberlo considerado por todos lados, se atrevió á tocarle ligeramente con un dedo, y

la nota que había resultado, parecía haberle conmovido tanto como si hubiera cometido una falta de educación.

Todo esto era para preparar bien el terreno y para llamar la atención; no porque quisiese calmar ni abreviar las angustias de Luz, ni que encontrase muy dura la ley francesa que permite á tres hombres invadir el gabinete de una joven, registrar sus muebles, revolver sus vestidos, adornos y ropas, respetando únicamente el traje puesto y el lecho de uso diario; no, su objeto era advertir á sus colegas que avanzaba el tiempo y que era preciso terminar de una vez.

A todos hizo reír su inquieto semblante; y Clementina, creyendo que su tía le había llevado aquellos tres individuos para divertirla, tomó alegremente el partido de la situación.

—No hay ningún mal en eso, caballero,—dijo á Gaudriat;—podéis continuar.

—No, yo no, señorita,—respondió galantemente,—sino vos, si lo tenéis á bien... ¡Calle! ¿qué es lo que dice aquí?—añadió inclinándose sobre el teclado.

—Es la marca de fábrica.

—¡Ah! en efecto: *Erard*.

*Erard, París*, escribió maese Florimond en la lista de efectos embargados.



—¡Oh! ¡cuánta música!— exclamó Gaudriat—¡cuánto cuaderno! diez... doce... veinticinco... veintisiete cuadernos.

*Veintisiete cuadernos de música*— anotó el ejecutor.

—Ahora—dijo Luz,—toca alguna cosa para que te oigan estos señores... Lo que tú quieras.

Clementina se sentó al piano, y empezó la sinfonía del *Guillermo Tell*. El Escribiente y Gaudriat, sentados á derecha é izquierda, la escuchaban extasiados.

La duración de la obra rosiniana parecía haber sido calculada justamente para que maese Florimond pudiese deslizarse en el gabinete tocador y ejercer así su ministerio; apareció en el momento en que sonaba el último acorde.

—¡Oh, señorita! Si no estáis cansada, señorita, os suplicaría que tocáseis otra cosa—dijo el insaciable Gaudriat.

Clementina empezó otros trozos, y el escribano se aprovechó de ello para anotar todo lo que se hallaba en el gabinete. Luz le acompañaba abriendo y cerrando con precaución los armarios y cajones. Mientras escribía no perdía de vista las manos de la vieja. Sin embargo, ésta consiguió guardarse en el bolsillo, sin que él lo notase, un reloj de oro y un libro de oraciones.

—¡Ea! ¡ya está!—dijo Florimond guardando sus papeles;—no se debe abusar de la complacencia... Os estoy muy agradecido... tenéis un talento superior.

El Escribano y Gaudriat reprodujeron sus saludos y cumplimientos, y todos tres, obedeciendo á una imperiosa mirada de Luz, salieron inclinándose respetuosamente.

Apenas se cerró la puerta, oyeron detrás de ellos una risa argentina.

—¿No ois?—dijo el Escribiente á su principal,—esa pequeña alondra se burla de nosotros y no sospecha que es ella quien acaba de ser burlada.

—¡Pobre joven!—murmuró el Escribano.

## IV

La emoción de Luz era superior á sus fuerzas. Apenas se habían retirado aquellos tres individuos, se le aflojaron los nervios y cayó en una silla. Clementina, que acudió al momento, la encontró bañada en lágrimas.

—¡Dios mío! ¿qué tienes?

—Nada... nada...—dijo sonriéndose la jorobada,—al volver de acompañar á esos señores, resbalé y dí con la cabeza contra el marco de la puerta.

—¡Pobre Tatá!... ¡y yo que te buscaba para reirme un poco contigo de esos tres fachas!

La vieja la atrajo sobre sus rodillas y la estrechó enérgicamente contra su pecho.

Así las dos, enlazadas una con otra, formaban un grupo encantador, en que la deforme fealdad de Luz hacía resaltar la belleza de Clementina, porque la joven justificaba en cierto modo el entusiasmo y las adoraciones de su tía.

Era morena, de buena estatura, aunque el desarrollo de su busto y caderas la hacía parecer menos alta; el cuello perfectamente torneado y de admirables proporciones, sostenía fácilmente su cabeza cubierta de negros y abundantes cabellos; la mano era pequeña, el pie fino y arqueado, sus facciones delicadas; pero el conjunto de la fisonomía con sus grandes ojos vivos y profundos, sus labios rojos y sensuales, aquella palidez mate y ardiente, revelaban una naturaleza apasionada.

Y sin embargo, en aquella adolescencia aparecían de tiempo en tiempo arranques de travessura infantil á los que ella cedía con gusto;

testigo aquella franca risa que le produjo el aspecto de Florimond y sus compañeros; pero las lágrimas de Luz la habían dejado helada.

—¡Repito que ya ha pasado! ¡Vamos, pronto, señorita; una fiesta á vuestra Tatá!

Y consiguiendo distraerla, la hizo retirar poco después á su habitación, sin que ella hubiera podido concebir la menor sospecha de lo que padecía su cariñosa tía.

Baumet, durante aquel tiempo, holgazaneaba indiferente por la población. Se retiró bastante tarde y de mal humor, á causa, sin duda, de algunas poco prudentes libaciones.

Luz no le habló de lo que había pasado; ¿para qué? Esto le hubiera exasperado sin necesidad.

Como al día siguiente debía salir muy temprano de viaje para ciertos negocios, tomó una ligera cena y se acostó; diez minutos después, Luz le oía roncar con el abandono de una conciencia tranquila y satisfecha.

La buena vieja pensaba pasar la noche discutiendo expedientes. Para inspirarse entró á dar las buenas noches á su sobrina, á la que encontró bordando á la luz de un quinqué.

—¿Qué es esto?—dijo.—¿Quieres perder la vista y ponerte jorobada como yo?

Clementina dejó su labor y se pusieron am-



bas á hablar. Las dos estaban más serias, más enternecidas que nunca. Luz, por capricho, quiso rezar con ella, como hacía cuando era niña, y Clementina se prestó de buen grado á hacerlo así.

Se arrodillaron ante el crucifijo de marfil, suspendido á la cabecera del lecho, y puesto también en la nota de Florimond como *embargado*. Luz decía una frase, y Clementina la repetía.

—*Y hacedme, Señor, la gracia...* —añadió Luz.

—¿Pero no hemos concluido ya?

—No, dí como yo:

—*Y hacedme, Señor, la gracia...*

—*De concederme un buen marido.*

—¡Ah... tía! —dijo Clementina, arrojándose en brazos de la jorobada.

Un buen marido, rico sobre todo, era en efecto el fondo del pensamiento de Luz, su esperanza, su único recurso. Ciertamente, no era imposible que un joven, al ver á Clementina, se enamorase bastante apasionadamente de ella para hacerla su esposa sin dote y á pesar de la ruina de su padre; pero ¿dónde estaba aquel joven? ¿Dónde encontrarlo? ¿Se presentaría á tiempo?

Era, pues, necesario consultar las cartas, y

Luz no dejó de hacerlo en cuanto se halló encerrada en su cuarto.

Mientras que se entregaba á tan importante ocupación, le pareció oír algún ruido en la habitación de Clementina. Escuchó, y ya iba á llamarla, pero se contuvo por miedo de asustarla sin motivo; además le importaba terminar antes su juego, que, en efecto, le dió un gran resultado.

El caballo de oros salió oportunamente para desvirtuar los maliciosos de la sota de espadas, y para colmo de felicidad salía acompañado del siete de bastos.

Sumamente contenta, iba ya á acostarse, cuando el ruido se renovó más distinto. Aquella vez no había duda, era en la habitación de Clementina.

¿Qué pasaba allí? En un momento se puso en pie, corrió á la puerta de comunicación y la entreabrió suavemente. La luz del quinqué estaba bajada, pero no completamente apagada.

Entró con precaución y echó una mirada á la cama; no estaba deshecha; la habitación y el tocador estaban vacíos... Asustada quiso gritar, cuando sintió en su rostro el aire frío de la noche; la puerta del jardín estaba abierta.

—¡Ah! ¡está paseándose! —pensó, adelan-

tándose de puntillas—¡vaya una ocurrencia!  
¡á las once de la noche!

De pronto, el recuerdo de Luis de Charens y algunos indicios, á los que no había dado importancia hasta entonces, acudieron á su mente!... ¡Todo lo comprendió! Pero ¿qué hacer? ¿Llamar á Clementina, interrogarla? Era el medio de no saber nada. Entretanto, prestando el oído, creyó percibir el crugido de la arena de los paseos, y luego el cuchicheo de dos voces... Sin vacilar más cerró la puerta de comunicación y bajó al patio.

La noche estaba bastante clara para acertar con su camino. Luz siguió con precaución el muro del jardín, luego penetró en una especie de cochera que había en el fondo del patio, separada del jardín por una pared de tablas mal unidas, cuyos intersticios permitían ver y escuchar.

Aplicando, pues, un ojo á una de aquellas juntas, vió á algunos pasos de ella, al lado de la barda del parque, á su sobrina, y en el parque, al otro lado, á un joven que sin duda alguna era Luis de Charens.

Era, pues, una cita de amor.

Luz contuvo el aliento y escuchó.

—¿Y partís mañana?—decía llorando la joven.

—Querida Clementina es preciso.

—¡Oh! ¡mis presentimientos!

—No os alarméis, por Dios. Este viaje es inevitable. Se trata de mi tío, hermano de mi madre, que está enfermo de mucho peligro; no tiene más parientes ni más herederos que nosotros; deber nuestro es ir á cerrarle los ojos. ¡Pero antes de un mes, suceda lo que quiera, estaré de vuelta!

—¡A menos que no os quedéis en París... que me olvidéis!

—¡Oh! ¡Clementina!

Había en aquella exclamación tal acento de sinceridad, que la joven sintió haber expresado aquella duda.

—Si,—dijo ella,—creo que sois sincero en este momento; ¿pero quién sabe si más tarde?...

—¡Jamás!—contestó Luis,—¿mi vida entera será vuestra!

Y quiso tomar á través de los zarzales una mano de Clementina, pero ésta se clavó una espina y lanzó un pequeño grito.

—¡Oh! ¡torpe de mí!—exclamó Luis,—¡perdonadme!

—No es nada... ¿Pero qué hacéis Dios mío? Esta exclamación era debida á que el joven, á riesgo de destrozarse el rostro y las manos,



había penetrado á través de los espinos y se hallaba á su lado.

Clementina quiso huir, pero Luis la detuvo, excusándose de su audacia, y al mismo tiempo llevaba su mano á los labios para aspirar la gota de sangre que salía de aquella ligera picadura.

—Yo os lo ruego,—dijo la joven,—alejáos ¡Si nos viesen!

—¿Y quién podrá vernos? ¿Qué teméis? Mi amor es tan respetuoso como profundo... ¿Dudáis acaso de mí?

Probablemente Clementina estaba convencida, porque él le había pasado su brazo por la cintura y no se defendía contra aquella casta caricia. Así, unidos, se embriagaban el uno en el otro, y ella sentía el inflamado aliento del joven en sus cabellos y en su frente.

Entonces llegó el caso de nuevas protestas, de promesas solemnes de escribirse; sus cartas serían un mútuo consuelo; Luis se las dirigiría directamente, porque las de sus compañeras de colegio llegaban á sus manos sin dificultad.

Al mismo tiempo él se proponía arrancarse á aquella vida ociosa y sin objeto, crearse una carrera; porque tenía sueños de ambición, no por él, sino por ella, á quien su suerte estaba indisolublemente ligada, y quería que fuese rica, festejada, obsequiada.

La joven escuchaba pensativa y absorta aquella dulce música de amor, y no pensaban en nada más que en ellos mismos, cuando les despertó de un éxtasis una voz chillona y asustada que desde el otro extremo del jardín llamaba á Clementina.

Era Luz, que suficientemente enterada, juzgaba que era tiempo de intervenir.

—¡Mi tía! ¡No os mováis!—murmuró rápidamente Clementina, con voz apenas perceptible.

Y luego en alta voz:

—¡Estoy aquí!—respondió.—¿Qué sucede?

—¡Gracias á Dios! ¡Qué miedo me has hecho pasar!—repuso Luz.

—¡Adiós, querida Clementina!—murmuró el joven, estrechándola contra su pecho.

Sin responder, Clementina le arrojó los brazos al cuello, y sus labios se encontraron, dándose el primer beso de amor.

—¿Pero qué haces que no vienes?—repitió Luz.

De pronto la joven rechazó á su amante y huyó á través del jardín.

Una violenta jaqueca y la necesidad de tomar el aire explicaron sin la menor dificultad aquella salida nocturna.

Al día siguiente, á cosa de las siete de la

mañana, poco tiempo después de la partida de Baumet, Luz dejó acostada á su sobrina, al cuidado de la criada, y salió bajo pretexto de ir al mercado, pero en realidad para consultar á un Procurador destituido llamado Rastard, y que se había hecho Agente de negocios, cuya clientela había aumentado después de su destitución.

—Buen cuidado me da á mí que mis colegas conserven su título, siempre que yo tenga parroquianos á quienes afeitar.

—Os esperaba,—dijo á Luz tomando la copia de la diligencia de embargo que la vieja le tendía.

—¡Cómo! ¿Sabiáis ya?...

—Sí, Florimond me ha contado todo anoche. ¡Qué caso más raro! ¡Un embargo con música! Según él, no había para Baumet más que un recurso: el de celebrar junta de acreedores y proponerles la liberación de sus créditos á un treinta y cinco ó cuarenta por ciento, lo que tal vez aceptarían.

Pero este medio repugnaba á Luz; hubiera preferido pedir prestado.

—¡Prestado!—dijo Rastard.—¿Y á quién Dios mío?

—Había pensado en nuestra vecina, la señora de Charens.

Rastard se echó á reír.

—¡La miseria pidiendo prestado á la indigencia!

Y le explicó las condiciones desastrosas en que se había hecho la liquidación del difunto Baron.

—Pero vos sabéis todas estas cosas lo mismo que yo.

—Es verdad,—dijo Luz,—pero la señora de Charens tiene un hermano muy rico en París, que se está muriendo, y al que naturalmente heredará.

—¡Calle! ¿habéis pensado en eso?

—Sí, he sabido que mi vecina partía hoy para París con su hijo y...

Luz, turbada por la sardónica mirada de Rastard, titubeó en continuar.

—¿Y quisieráis saber cuáles son las probabilidades que tiene de heredar y cuánto?—dijo Rastard, terminando su pensamiento.

—Sí.

—Y sólo con el objeto de contraer un préstamo.

—Sin duda.

—¡Vamos, pues! ¡Contádselo á otro!—repuso Rastard.—No es por eso sólo.

—Pero, señor Rastard...

—No soy de los que se mamen el dedo, mi



buena amiga. ¡Vamos! ¿queréis que os diga vuestra idea, la verdadera? Tenéis una sobrina joven.

Luz se ruborizó.

—¿Lo véis?... Está bien, — añadió tomándola una mano, — me gustan las gentes que se ingenian y trabajan. Lo cierto es que vuestra sobrina es un verdadero recurso.

—Señor Rastard, os aseguro que...

—¡Bueno, bueno!... ¡Ya lo veo todo claro!... Sois vecinos, los jóvenes se conocen, tal vez se aman, y vos decís qué podría hacerse...

La idea es buena, lo repito; pero desgraciadamente es de detestable aplicación; los Charrens están tan arruinados como vos.

—Pero, esa herencia...

—¿La herencia? ¿Queréis que os lo diga en confianza? Pues bien: excusan de incomodarse, ¡no heredan ni esto! — dijo Rastard, haciendo castañetear la uña del dedo pulgar contra sus dientes incisivos.

En aquel momento se abrió la puerta del gabinete y entró Florimond. Venía á entregar á Luz, sabiendo que estaba allí, una citación para la declaración de la quiebra.

—¡Pero esto es una verdadera persecución! — exclamó Luz al saber que aquel nuevo apremio procedía también de Maudhuy.

Rastard, que era el que agitaba bajo mano aquella ejecución para hacer saltar á Baumet, creía que Maudhuy, no era censurable, pues hasta ignoraría aquellos detalles, pero que los negocios judiciales, siguen su marcha, y sus trámites

—Y yo espero — añadió, — que esta vez vuestro hermano no vacilará en llamar á junta de acreedores, y cuanto más pronto lo haga, mejor.

Y salió á despedir al escribano. Al volver, dos minutos después, sonreía de un modo singular.

—¡Sería gracioso! — se decía. — Después de todo, ¿por qué no?

Y luego acercándose á Luz, la dijo:

—¿Sabéis lo que acaba de indicarme Florimond?

—¿Qué ha sido?

—Qué el señor Maudhuy acaba de llegar con su joven hermana á su propiedad de Ronchées. Es á pocas leguas de aquí.

—¿Y bien?

—Y bien, que no haríais mal en ir á hacerle una visita... pero no sola.

—¿Cómo que no sola?

—No: debe acompañaros vuestra sobrina.

—¡Oh! ¡señor Rastard!

—¡Nada de particular hay en ello!... El señor de Maudhuy es célibe rico... ¿y quién sabe? Ahora todo depende de vos; yo en nada me meto... En todo caso, no os olvidéis de enviarme á vuestro hermano, —añadió tendiendo la mano á uno de sus clientes que acababa de entrar.

Luz salió con la cabeza llena de extraños pensamientos.

V

Luz consideraba ya salvado de la ruina á su hermano y á su sobrina ricamente establecida.

No era más que un sueño, ¿se realizaría?

Al pasar por la plaza de la Iglesia vió una boda que salía de la Alcaldía, con música á la cabeza: esto le pareció de mejor augurio.

Entró en la iglesia para dar gracias al Señor, se arrodilló, sacó de su bolsillo el libro de horas, y al abrirlo reconoció en él, el que había sustraído á la vista de Florimond, y dentro, como señal, una fotografía de una joven de quince años, con esta dedicatoria:

Al ou buena amiga Clementina Baumet

Susana Maudhuy.

Casi se desmayó de sorpresa.

¡Susana Maudhuy! ¡Probablemente era la joven hermana de que Rastard acababa de hablarla! ¡Era la amiga de Clementina! ¡Entonces el matrimonio marcharía por sí solo, estaba indicado!... ¡No había duda posible!

Desde aquel momento no debía sorprenderla nada de lo que concurriese fortuitamente á la realización de su sueño.

Así es que, cuando después, al ver á Clementina y saber que ésta acababa de recibir una carta de su amiga de colegio, la preguntó:

—¿De Susana Maudhuy, no es eso?

—¡Calle! ¿Cómo lo sabes?

—¿No es tu mejor amiga, cuyo retrato tienes en tu libro de misa?

—Si, es ella... Me amenaza con una cosa imposible... Pero no, no; yo no iré...

Y hablando así, miraba, preocupada, hacia la calle. De pronto tiró la carta sobre una mesa, corrió á la ventana y se asomó á ella. En aquel momento pasaba Luis de Charens con su madre; un criado llevaba en un carretón los



—¡Nada de particular hay en ello!... El señor de Maudhuy es célibe rico... ¿y quién sabe? Ahora todo depende de vos; yo en nada me meto... En todo caso, no os olvidéis de enviarme á vuestro hermano, —añadió tendiendo la mano á uno de sus clientes que acababa de entrar.

Luz salió con la cabeza llena de extraños pensamientos.

V

Luz consideraba ya salvado de la ruina á su hermano y á su sobrina ricamente establecida.

No era más que un sueño, ¿se realizaría?

Al pasar por la plaza de la Iglesia vió una boda que salía de la Alcaldía, con música á la cabeza: esto le pareció de mejor augurio.

Entró en la iglesia para dar gracias al Señor, se arrodilló, sacó de su bolsillo el libro de horas, y al abrirlo reconoció en él, el que había sustraído á la vista de Florimond, y dentro, como señal, una fotografía de una joven de quince años, con esta dedicatoria:

Al ou buena amiga Clementina Baumet

Susana Maudhuy.

Casi se desmayó de sorpresa.

¡Susana Maudhuy! ¡Probablemente era la joven hermana de que Rastard acababa de hablarla! ¡Era la amiga de Clementina! ¡Entonces el matrimonio marcharía por sí solo, estaba indicado!... ¡No había duda posible!

Desde aquel momento no debía sorprenderla nada de lo que concurriese fortuitamente á la realización de su sueño.

Así es que, cuando después, al ver á Clementina y saber que ésta acababa de recibir una carta de su amiga de colegio, la preguntó:

—¿De Susana Maudhuy, no es eso?

—¡Calle! ¿Cómo lo sabes?

—¿No es tu mejor amiga, cuyo retrato tienes en tu libro de misa?

—Si, es ella... Me amenaza con una cosa imposible... Pero no, no; yo no iré...

Y hablando así, miraba, preocupada, hacia la calle. De pronto tiró la carta sobre una mesa, corrió á la ventana y se asomó á ella. En aquel momento pasaba Luis de Charens con su madre; un criado llevaba en un carretón los

equipajes. Luz vió que Luis y Clementina cambiaron un signo de despedida.

—Si, miráos bien, —se decía; — despedíos por última vez, porque no os volveréis á ver más, os lo juro.

Había recogido la carta de Susana y la leía. La alegre niña informaba á su amiga: que ella y su hermano acababan de llegar á Ronchès, en donde permanecerían un par de semanas ó acaso más; que como no se habían visto desde el colegio, debían aprovecharse de la ocasión que las hacía vecinas; tres leguas no eran nada. Clementina iría á pasar algunos días en Ronchès y Susana por su parte iría á Clamecy. Sería delicioso. Esto se renovaría todos los años, porque Maudhuy tenía pasión por la casa en que habían nacido; era preciso arreglarla; él vendría á menudo cuando funcionase el ferrocarril proyectado.

*No creo que mi hermano—asi terminaba la carta—te asuste. Te ha visto en el colegio y te estima en alto grado, porque sabe lo mucho que tú quieres á su hermanita. No piensa más que en sus negocios, y nos dejará perfectamente tranquilas; seremos las amas de la casa, nos haremos campesinas, arreglaremos el corral de las gallinas, el establo de las vacas... ¡Ah!*

*¡pero os conozco muy bien, y pobre de vos si desdeñáis la sociedad de una chiquilla!... porque si no estáis aquí mañana por la tarde, iré pasado en tu busca, acompañada de mi fiel miss Mary, que es fuerte como un gendarme, y sabremos hacerte pagar muy caro tu crimen de lesa amistad!...*

—Perfectamente, —dijo Luz;—¿qué vas á contestar?

—¡Dejadme en paz! —exclamó Clementina irritada.

Luz no insistió, contando con la visita anunciada de Susana.

En efecto, al día siguiente, un coche antiguo, tirado por dos fuertes normandos, y conducidos por un aldeano con blusa, se detenía delante de la puerta. Una mujer de edad, alta y seca, y una joven, casi una niña, se apearon del vehículo. Esta última, rubia y graciosa criatura, saltó ligeramente á tierra, corrió á la casa y se arrojó en los brazos de Clementina, que salió al corredor á recibirla.

—¡Y es así como recibes mis abrazos! —dijo, al notar la frialdad de su amiga.

Bien pronto hubo explicaciones, súplicas, tiernos reproches; porque Clementina, bajo diferentes pretextos, se negaba á ir á Ronchès.



En vano Luz unía sus instancias á las de Susana; preciso fue que Baümet, que se hallaba en la casa, decidiese la victoria interponiendo su autoridad.

Pero Clementina estipuló que no permanecería en Ronchèes mucho tiempo, y que irían á buscarla á los tres ó cuatro días.

—Si viene alguna carta para mí—dijo á su tía,—te suplico me la envíes en seguida.

—Te lo prometo, puedes estar tranquila.

Algunas horas después, el pesado carruaje, llevándose á las dos jóvenes y al aya, tomaba el camino de Ronchèes.

## VI

El jueves 9 de septiembre tuvo lugar, en el gabinete de Rastard, la junta ó más bien reunión de acreedores.

Baümet se presentó á las nueve y media. Encontró al Agente de negocios en conferencia con un personaje de gran bigote, de aspecto de matón, que al verle entrar, murmuró:

—¡Vamos! ya empieza la procesión, el desfile de las víctimas.

—¿Cómo víctimas?—exclamó Baümet.—Sabed, caballero, que aquí á nadie se sacrifica.

—Es el concursado,—indicó por lo bajo Rastard á aquel individuo.

—¡Ah! es diferente,—dijo éste, saludando irónicamente á Baümet.—Caballero, por triste que sea el papel que vengo á representar, le prefiero al vuestro.

—¿Qué decís?—dijo Baümet.—¿Tratáis de insultarme?

—¡Callad de una vez!—dijo Rastard al oído de Baümet.—Es el representante de la casa Sauvageot, de París, á quien debéis dos mil francos.

—¡A mí que me importa Sauvageot!...

La llegada de los acreedores cortó la conversación.

Entraron uno detrás de otro, con sus títulos debajo del brazo, graves y acompasados como diplomáticos, y sucesivamente se iban colocando á lo largo de las paredes del gabinete en las sillas que Rastard había hecho poner allí con aquel objeto; Fillon, el usurero; Sicorel, el negociador; Duclou, el testaferrero de un rico personaje muy conocido; Morinant, el caritativo; Niquedat, el avaro, y Fouchelard, el in-

tratable; luego algunos apoderados de acreedores ausentes, y en fin, una media docena de aldeanos de las cercanías á quienes Baumet había comprado granos y que deseaban saber cuándo cobrarían el precio de sus cosechas.

Rastard expuso la situación.

—Señores,—dijo;—el señor Baumet, vuestro deudor, y no temo decirlo, vuestro amigo, porque á pesar de las recientes dificultades, todos le habéis conservado, estoy seguro, vuestra estima y amistad, el señor Baumet, repito, á consecuencia de desgracias tan imprevistas como inmerecidas...

—¡Desgracias... ya! —dijo irónicamente Sauvageot.

—¡Sí, desgracias! —insistió Rastard,—y si el tiempo me permitiera haceros el relato de sus operaciones durante estos últimos años, ya veríais...

—¡Vamos! —le interrumpió Sauvageot,—yo voy á deciros sus desgracias: la pereza, la negligencia, la permanencia continua en los cafés...

—¡Cómo! —exclamó Baumet furioso.

—Y después,—continuó Sauvageot,—sus locos gastos. El señor no se privaba de nada; ha hecho educar á su hija como una Princesa...

—¡Oh! bribón; ¡me reprocha la educación

de mi hija!... ¡Dejadme!—añadió hablando con dos ó tres campesinos que le impedían se lanzase contra Sauvageot;—dejadme que le de una lección!

—¡Vamos, vamos!—decían los otros acreedores á Sauvageot,—no le excitéis así! ¿De qué sirve eso?

—Sirve para desahogarme. Pierdo bastante con él para no cantárselas claro.

—Pero nosotros también perdemos.

—¡Oh! vosotros...

—¿Nosotros, qué? ¿Acaso nuestro dinero no es tan bueno como el vuestro?

—¡Dejadme en paz! ¡Entre provincianos siempre halláis medio de arreglaros!

—¿Cómo que nos arreglamos?... ¿Qué quiere decir eso?

—¿Dudáis de la legitimidad de nuestros créditos?

—¿Nos tomáis por algunos bribones?

Fue un *tolle-tolle* general y Sauvageot tuvo que hacer sus excusas.

Rastard deploró aquel conflicto; luego volvió á su discurso, exponiendo la situación, del cual resultaba que Baumet tenía tanto de activo y tanto de pasivo... y que por consecuencia, podía, en rigor, dar un dividendo de cincuenta por ciento.



—Pero, señores, vosotros no deseáis semejante resultado. Baumet obra de buena fe, y sería indigno despojarle por completo. Por otra parte, es aún joven, es necesario que pueda trabajar, restablecer sus asuntos; para esto necesita un pequeño capital.

Y Rastard propuso dejar á Baumet su casa y una docena de miles de francos, lo cual reduciría el dividendo á un treinta y cinco por ciento.

Apenas terminó su propuesta, Sauvageot se levantó y dijo enérgicamente:

—¡No admito!

—Pues proponed otra cosa mejor.

—Quiero que Baumet abandone todo lo que tiene: quiero que no se le deje un céntimo.

Un murmullo de desaprobación acogió estas palabras.

—¿No os conviene?—prosiguió Sauvageot paseando una mirada circular por la Asamblea.—¿Tenéis fe en la actividad; en la inteligencia comercial de Baumet? Pues yo tengo el sentimiento de no creer en ella; un disipador, un corredor de ferias y tabernas... Es mi opinión, ¿qué queréis? Sin embargo admito que pueda engañarme; ¡sea! Baumet se enmendará; trabajará seriamente en reparar sus pérdidas; puede intentarse la prueba, y leo claramente en vuestros ojos que estáis resueltos á intentarla...

¡muy bien! Pero, señores, permitidme que os lo diga... cuando uno se entrega á tales experiencias, es preciso que tengan alguna probabilidad del éxito. Ahora bien, ¿qué queréis que haga Baumet con los doce mil francos que se nos proponen dejemos en su poder? ¡Es una irrisión! O todo ó nada; si queréis que marche, dadle los medios para ello. Además, sois libres para obrar, á mí nada me importa: ¡hace tiempo que he hecho el sacrificio de mi crédito!

Y se separó de los demás, yendo á sentarse á un rincón.

Sordos cuchicheos se elevaron de todas partes.

Rastard, que durante esta tirada había conservado una actitud meditabunda, alzó la cabeza y declaró que Sauvageot hacía mal en no reconocer las buenas intenciones y aptitudes de Baumet, pero que apreciaba la situación, y si se quería que Baumet saliese adelante, era preciso dejarle medios para ello...

Mientras que así peroraba, Baumet, resentido aún por las injurias de Sauvageot, se acercó á éste con aire amenazador.

—¡A ver si estáis tranquilo, qué diablo!—le dijo Sauvageot por lo bajo;—¿no conocéis que se les arma un lazo?

Estas palabras, *armar un lazo*, aclararon las dudas de Baumet. Comprendió que Sauva-

geot era el compadre de Rastard; que desde el principio de la sesión se había mostrado intratable y había herido á los demás acreedores, para inspirarles el deseo de vengarse de él mostrándose indulgente con su deudor.

Desgraciadamente no era solo Baumet el que había oído la declaración de Sauvageot.

—¿Cómo, *armarnos un lazo*?—exclamó Pillón que había cogido la frase.—¡Señores, se están burlando de nosotros, nos explotan!

Un clamor general se extendió por todo el estudio.

—¡Cómo! ¿qué es lo que hay?

—¡Ese señor nos armaba un lazo!

—¡Eso es indigno!

—¡Lo sospechaba!

—¡Esas cosas no se hacen por nada!

—¡Apuesto á que ya tiene su dinero!

—¡Valiente pillo!

—¡Salgamos de esta huronera!

Baumet estaba aterrado; Sauvageot protestaba; Rastard suplicaba que le escuchasen; pero le volvieron las espaldas burlándose de ellos.

—¡Citadnos para otra vez!

—¡Nada de arreglos!

—¡Que se declare la quiebra!

—¡Los tres debían ir á presidio!

—¡Buenos peines están!

Y todos se dirigían á la puerta.

De pronto se abrió ésta, apareciendo en su hueco Luz, tranquila y sonriente.

Todos guardaron silencio.

—Y bien, señores;—dijo,—¿qué pasa? Por lo que veo no hay acuerdo ni arreglo alguno.

—Estos señores—dijo Rastard—no quieren oír hablar de arreglo.

—Y tienen razón—dijo Luz,—porque vengo á satisfacer sus créditos por completo.

Un murmullo de admiración corrió por la sala. La abrieron paso y Luz se dirigió á la mesa de Rastard, entre una doble fila de rostros, antes furiosos ó desanimados, ahora tranquilos y satisfechos.

—Tened la bondad de ir llamando—dijo Luz á Rastard.

Al mismo tiempo sacaba una cartera repleta de billetes de Banco.

Rastard empezó á llamar. Cada acreedor se presentaba al oír su nombre, entregaba sus títulos, tomaba lo que le correspondía y se retiraba. Y los nombres se sucedían; y Baumet no comprendía nada; y Rastard, casi escandalizado, exclamaba:

—¡Pero esto no es una quiebra!...

—No; es una liberación completa—dijo Luz, despidiendo al último acreedor pagado.



—Pero, en fin, ¿me explicarás lo que esto significa?— preguntó Baumet.

—Nada más fácil—dijo Luz.—Ven conmigo. Y después de haber saludado y dado gracias á Rastard, se dirigió con su hermano hacia el barrio de Beuvron.

## VII

Fácil es adivinar lo que había pasado, y no necesita explicación.

Mandhuy amaba á Clementina, no sólo porque era la compañera preferida de su hermana, sino también porque en las raras ocasiones en que pudo verla, había admirado su belleza y sentido en su presencia esas vivas sacudidas interiores, por las que se anuncia la pasión.

No era tampoco fortuitamente, como lo creía la inocente Susana, que había ido á pasar algunos días á Ronchès, sino porque sabía que las dos amigas se aprovecharían de la proximidad para visitarse, y así podría volver á ver á Clementina.

Cálculo inconsciente, á la verdad; porque le

entristecía la pasión que invadía su pecho; se decía, con cierta especie de vergüenza y de irritación contra sí mismo, que su joven hermana que había recogido en la cuna y criado, para la cual trabajaba y reunía una fortuna, que era toda su familia, su afección, su porvenir, tenía ahora una rival en su corazón, y una rival preferida.

Pero estas veleidades de resistencia se desvanecieron á la vista de Clementina; había vuelto á caer bajo el encanto y no había tratado de defenderse; lejos de dejar solas á las jóvenes como había supuesto Susana, no se separaba de ellas, mezclándose lo más que podía y bastante imprudentemente á sus paseos y á sus juegos.

La visita de Rastard, citándole para la junta de acreedores de Baumet, le había trastornado algún tanto. Se sentía movido de piedad por aquella bella joven, tan indiferente al borde de la ruina.

Fatalmente su nombre se hallaba mezclado en aquel desastre, á propósito de un mal crédito de que ni siquiera se acordaba. Clementina lo ignoraba, es verdad; pero más tarde lo sabría y no dejaría de maldecirle. ¡No! era preciso impedirlo á todo trance.

Se informó minuciosamente de Rastard; lue-

go partió á París donde reunió fondos y llegó á Clamecy la misma mañana de la junta, en el momento en que Luz empezaba á desesperar.

El lector puede figurarse las muestras de agradecimiento de la jorobada cuando se le presentó con su hermano Baumet.

—¡Anda! ¡dale las gracias!—decía á su hermano;—¡él es quien nos salva!

—¡Sí, por cierto!—añadió Baumet estrechando enérgicamente la mano de Maudhuy, —acabáis de hacerme el mayor servicio que he recibido en mi vida. ¡No sé cuándo podré pagároslo!

—Cuando queráis,—dijo Maudhuy; no os apuréis por eso.

—Guardad los títulos al menos; os habéis sustituido á mis antiguos acreedores...

—No; vuestra palabra me basta.

Por un sentimiento de delicadeza, Maudhuy quería que no dijese á Clementina lo que había pasado.

—¡Oh!—dijo Luz,—sería tan feliz, tan reconocida...

—No, no; os lo suplico.

Antes de partir, insistió de nuevo con Luz para que guardase silencio. La jorobada se lo prometió; pero sabía el modo de eludir aquella promesa.

Al día siguiente Clementina volvió á su casa. Se quejaba de que hubiesen faltado á su palabra, dejándola tantos días en Ronchès; luego preguntó si habían llegado cartas para ella en su ausencia.

—No,—dijo Luz, habiendo recibido cinco;—pues te las hubiera enviado, según convenimos.

Clementina no tuvo la menor sospecha. Hizo un gesto de despecho, y fue á encerrarse en su cuarto, triste y agitada por un sombrío presentimiento.

Sin embargo, podía ser muy bien que Luis no hubiera podido escribir, que estuviera enfermo... Los días siguientes esperó ansiosamente al cartero; fue inútil; no recibió carta alguna.

¿Se vería tan pronto olvidada?

Una noche, Rastard, detenido á comer, se puso á hablar delante de Clementina del viaje de la señora de Charens y de su hijo; acababa, según dijo, de tener noticias suyas.

La reconciliación entre hermano y hermana era completa: Quillat estaba encantado de su sobrino y le dejaría toda su herencia; su madre soñaba para él un magnífico enlace. Se hablaba ya de una rica heredera con la que no tardaría en casarse...

—Dios mío, ¿qué tienes, Clementina?—dijo



Luz, precipitándose hacia su sobrina, que parecía próxima á desmayarse; tal era su palidez.

—¡Nada... nada!—dijo la joven procurando reponerse.

Pero se vió precisada á retirarse á su cuarto, donde Luz tuvo que aflojarla la ropa, porque materialmente se ahogaba. Algunos minutos después, un torrente de lágrimas le prestó gran alivio.

Ya no había duda posible. Estaba vilmente abandonada. Fue un dolor horrible, entrecortado por accesos de rabia y de venganza.

Luz la cuidaba y la atendía lo mejor que podía; no se explicaba, decía ella, aquella crisis nerviosa, pero esperaba que no tendría resultado alguno. Trataba de distraerla, de animarla; no hacía alusión alguna á Luis de Charens, pero sí se extendía en alabanzas de Susana y no cesaba de admirar la bondad y desinterés de Maudhuy.

Clementina apenas la escuchaba.

Un día, al atravesar la habitación de su tía, vió al pie de un mueble un pliego de papel doblado en cuatro partes, que cogió y desdobló maquinalmente.

De repente se estremeció. Era la copia de la diligencia de embargo practicada por Florimond. La leyó rápidamente.

*A petición del señor Maudhuy...* ¿Qué significaba aquello?... ¡Luego seguía la lista de los efectos embargados... la casa... todo lo que la pertenecía... todo en poder de la Justicia!... ¡Era imposible!

Corrió inmediatamente á la cocina, donde se hallaba Luz, y mostrándola el papel, le pidió su explicación.

Luz pareció consternada.

—¡Dios mío!—dijo,—¿dónde has encontrado eso?

Luego empleó reticencias... trató de eludir la pregunta... había jurado no decir nada... hasta que al fin, vencida por la insistencia de Clementina, consintió en decirselo todo.

Puede muy bien imaginarse el lector cómo fue hecho aquel relato, con qué habilidad la jorobada supo poner en relieve el peligro de su hermano y la generosidad de Maudhuy.

—Lo que no comprendo es,—dijo al concluir,—qué es lo que hemos podido hacer al señor Maudhuy para merecer de su parte semejante sacrificio.

Tal vez Clementina lo comprendía, porque el amor de Maudhuy no había dejado de traslucirse durante su corta permanencia en Ronchêes, pero no por eso su admiración fue menos viva.

—¿Qué diferencia del *otro* que la había olvidado tan pronto, á pesar de sus juramentos!

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?— exclamó,—¿acaso el reconocimiento de nosotros tres es bastante para semejante beneficio?

Maudhuy, llamado á París por sus negocios, no estaba en Ronchèes. ¡No importa! Clementina sentía en sí una necesidad de darle gracias por su abnegación, y quiso absolutamente ir á París.

Luz, después de una fingida resistencia, concluyó por ceder...

Seis semanas después, Clementina Baumet, que ninguna noticia tenía de Luis de Charens, se casaba con el señor Maudhuy.

—¿Qué dicha!—exclamaba Susana;—ya no somos solo amigas; somos también hermanas.

Tal era la historia de este matrimonio, cuyas verdaderas causas tanto había tardado en descubrir Clementina.

### VIII

Estamos en la época en que nuestro relato continúa, en el momento en que lo interrumpimos para dar cuenta de los acontecimientos precedentes.

Clementina corría, pues, en tren expreso á reunirse con el amante de otro tiempo, que era socio y amigo de su marido.

En la estación de Villanueva de San Jorge, titubeó un instante... ¿Pasaría tan cerca de su marido y de su hijo sin abrazarles? ¿qué pensarían si supieran que había pasado sin detenerse? Además, Luis vendría probablemente á la casa de campo y podría hablarle; decididamente era mejor que se quedase allí.

Se asomó al ventanillo para hacerse abrir; pero había terminado el tiempo de parada y el tren se ponía en marcha.

—¿Qué importa?—se dijo.

Y volvió á sentarse.

No encontró en la casa de la calle de Enghien más que á la anciana criada encargada de su cuidado, y que se sorprendió de verla llegar sola tan inquieta y agitada.

Tantas emociones y el viaje la habían aniquilado. Se encerró en su habitación y dedicó algún tiempo á su tocador. Luego entró y pasó al salón. Una de las ventanas daba á las oficinas; se apoyó en ella y miró.

La criada le trajo un refrigerio y trató de comer algo para reponerse un poco; pero le fue imposible. Se apresuró á volver á la ventana, más inquieta y más nerviosa.



De pronto pareció tomar su partido y volviéndose á la criada, que estaba recogiendo el servicio, la dijo:

—Id á decir al señor de Charens que le suplico venga aquí; tengo que hablarle.

Apénas había dado esta orden, se arrepiñtó. ¿Qué iba á decirle? No lo sabía, aunque no hubiera pensado en otra cosa desde por la mañana... Sin embargo, Luis acudiría sin duda á su llamada...

Trataba, pues, de coordinar sus ideas, cuando el ruido de pasos que sonó en la antésala la hizo estremecer.

Llevó vivamente la mano á su corazón para contener sus latidos, y consiguió, si no tranquilizarse, al menos aparentar calma y seguridad.

Luis entró, saludó gravemente, según su costumbre, y esperó sus órdenes.

Con voz muy poco segura, Clementina se excusó de haberle incomodado; pero había partido precipitadamente de Clamecy para un negocio urgente; no se había detenido en Villanueva, y por tanto le rogaba le diese noticias de su marido y su hijo...

Sin parecer notar su turbación ni la extrañeza de aquella rápida vuelta, Luis contestó que toda la familia gozaba de excelente salud;

y que la indisposición de Maudhuy no había tenido agravación alguna.

—¡Ah, tanto mejor! Yo estaba inquieta, no se por qué... Tenía presentimientos... ¡Pero, á Dios gracias, me engañaba!

Y con gran volubilidad, como si tratase de aturdirse á sí misma, se puso á hablar de su viaje, de la enfermedad de su tía, de su padre y de su antigua casa, que tenía para ella recuerdos tan queridos y tan crueles.

Aquí se alteró su voz, ardientes lágrimas llenaron sus ojos, y de pronto, incapaz de dominarse más, se lanzó hácia Luis diciéndole:

—¡Perdón!... ¡perdón!...

—¡Perdón!... ¿De qué?—dijo estupefacto.

—¡De las vilezas de que soy culpable contra vos... Os he abrumado de ultrajes, de sarcasmos!... ¡Oh, esto es indigno!... ¡Pero estaba loca... ciega... ¡Vos habéis debido verlo!... ¡Ahora lo sé todo!

—¿Que sabéis todo?...

—Sí. Las cartas que en otro tiempo me escribistéis... mirad... ¿las reconocéis?

—¡Ah!... ¿Y bien?

—¿Son las mismas, no es verdad?... ¡Con qué emoción las he leído esta mañana! ¡Oh! ¡por qué no las habré leído antes!

—¡Cómo! ¿no las recibisteis á su tiempo?

—A no ser por eso, ¿os hubiera maldecido, insultado y perseguido, como he hecho? ¿Comprendéis ahora cuánto he sufrido? Aquel implacable silencio cuando me jurastéis escribirme... me hizo creer que me habíais olvidado... ¡porque era pobre!... ¡Os tuve por un infame!... ¡Oh, si hubiera podido vengarme! ¡Ah! ¡qué bien dispusieron ellos su infernal plan! Me presentaron á Maudhuy. Era un modelo de generosidad... nos había salvado de la ruina... estaba enamorado de mí... y era rico... ¡Rico?... ¡Aquella era mi venganza... y me arrojé en sus brazos!... ¡Desgraciada!

Un amargo sollozo la hizo interrumpir; luego prosiguió:

—Yo llegué á creer que le amaba... y casi le amé enfurecida contra vos. Así, ¡con qué alegría supe que la herencia de Quillat se os escapaba! y más tarde, ¡qué gozo el mío cuando os ví obligado á aceptar las proposiciones de Maudhuy! ¡He sido yo quien le sugerí esa ideal quería teneros aquí, á mi lado, para humillaros, para escarneceros. ¡Oh! ¡demasiado llevé al extremo mi intento! ¡Dios mío, cuánto os he hecho sufrir! ¡Cuán resentido debéis estar!

Luis escuchaba con una sonrisa triste y dulce.

—No, dijo, —no estoy resentido.

—¿De veras? ¡Es preciso?—dijo ella con

viveza al par que con inquietud. ¡Oh! ¡qué bueno sois! ¡No conocía bastante vuestro corazón!... ¡Durante toda esta persecución, ni una queja, ni una palabra de reproche!... ¡Y eso que debíais creerme pérfida y miserable!... ¡Me despreciábais sin saber que era muy digna de compasión, os lo juro!

—Olvidemos todo eso, que ya pertenece al pasado.

—¿Olvidarlo?... ¡Jamás! ¡Que mi tía, que me adoraba, haya temido para mí la ruina y la miseria; que haya recurrido á indignos manejos, se lo perdono; pero á él, el cómplice y probablemente el instigador de ese fraude, á él, que me ha comprado por un puñado de oro!...

—¡Oh! señora...

—¿Le defendéis?... ¿Quién nos ha separado? ¿Quién es la causa de que durante cinco años nos acusemos y nos maldigamos mutuamente?... ¿Quién es el ladrón de mi felicidad?... ¡Perdonarle yo!...

—Que le perdonéis ó no, no por eso dejaréis de pertenecerle.

—¿Por qué me ha engañado vilmente?... ¡No; no le pertenezco! Nuestros contratos son nulos. ¿Era yo libre al firmarlos? Y... ¿Quién me censuraría si los desgarrase, los pisotease y recobrase mi libertad?... Que desaparezcan,



pues, como un mal sueño, esos cinco años malditos, y tomemos nuestra vida en el punto en que la hemos dejado, tal como se abría delante de nosotros, bella, sonriente, cuando nos amábamos...

Y al decir esto, le miraba con una sonrisa de amor acariciadora; pero él respondió con sordo acento:

—¡No, es imposible!

—¡Imposible!... Y ¿por qué?

—Porque no está en nuestro poder borrar el pasado; porque... ¡engañada ó no, me habéis rechazado y os habéis entregado á otro!

—¡Ea que yo no amo á ese otro... al contrario, le aborrezco!

—¡Eh!... ¿qué importa?... ¿Rompe acaso vuestro odio el lazo que á él os une?... Y además, ¿á qué conduciría vuestra idea?... A una intriga clandestina... la eterna novela del adulterio, y... ¡sería una vergüenza... una villanía!... Maudhuy es mi socio, mi amigo, mi protector.

—¡Oh... desventurada de mí!... ¡Ya no me ama!... ¿Qué le importarían todas estas consideraciones si me amase?... ¿Amará á otra, tal vez?

Luis hizo un gesto de impaciencia.

—Pero no; ¡es verdad!—continuó ella.—

¡Basta lo que yo he hecho para que me aborrecáis! ¡Oh! he sido implacable; he clavado cien veces el hierro en la misma llaga. Vuestro corazón sangra aún, y comprendo que no podáis perdonarme así, de repente... Sin embargo, ¿no habéis comprendido que aquellos rigores, aquel encarnizamiento, eran amor, sólo amor?

¡Os lo suplico, no me condenéis, dejadme tiempo para reparar mis faltas! Veréis cuán buena seré para vos, cuánto os amaré...

Y juntaba sus manos suplicantes, y él repetía lo que antes había dicho: que no estaba resentido... Cuando se oyeron precipitados pasos en la antesala, y antes de que ambos hubieran tenido tiempo para serenarse, Maudhuy abrió la puerta del salón.

¿Notó su turbación?... Fuese lo que quiera, su sorpresa fue notable al verlos juntos.

—¡Calle! ¡sois vos, Charens!—dijo.

Y luego, dirigiéndose á su mujer, añadió:

—¡Ah! ¡Era, pues, verdad lo que me decía Miguel, el jardinero... que te había visto pasar en el tren de las cinco y cuarenta! ¿Cómo se explica esto?

—Muy sencillamente,—contestó Clementina dueña de sí y aunque interiormente irritada y avergonzada de tener que mentir delante de Charens.—Luz, á quien yo creía casi bue-

na, ha recaído de una manera alarmante; ha quedado de mucho peligro. Como el doctor de Clamecy me inspira muy poca confianza, me determiné á consultar un Médico de París, y para no perder tiempo vine yo misma... No me detuve en Villanueva, porque estaba segura de saber de vosotros aquí... Cuando tú entraste, estaba rogando al señor de Charens que mandase á buscar al doctor X... que tan bien os ha cuidado, y le enviaré, á ser posible, á Clamecy.

—¡Ah! ¿No es más que eso?— dijo Maudhuy con un suspiro de desahogo.—¡No sabes la inquietud que me causó el jardinero! Yo sostenía que era imposible, que no eras tú... Pero te había visto en la estación, reconociéndote perfectamente?... Entonces no pude contenerme y vine, imaginando las cosas más absurdas!... ¡Oh! ¡querida Clementina! creí que se trataba de ti personalmente...

Y hablando así la atraía contra su pecho y la abrazaba.

—Pues la cosa era bastante grave,—dijo ella soltándose de los brazos de su marido.—Mi pobre querida tía...

—Sí, sin duda... Tienes razón, es preciso enviar al Doctor... Yo mismo iría á buscarle si no me sintiese algo fatigado...

Y rogó á Charens le prestase aquel servicio. Luis salió.

Después de su partida. Maudhuy, feliz al ver á su mujer, quiso pasar un rato de conversación con ella; pero le acogió con tal frialdad, que sintió verdadero disgusto; y como él se lo hizo observar, Clementina atribuyó su preocupación á la inquietud de la recaída de Luz.

Dicho esto, lo dejó solo y se encerró en su habitación.

Algún tiempo después fue á reunirse á ella, esperando ser mejor recibido.

Estaba sentada á la mesa, escribiendo, y lo recibió con un gesto de impaciencia.

—¡Perdona si te incomodo!—dijo Maudhuy.—¿Estás escribiendo á la tía?—añadió, mostrando una carta que veía terminada.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿en donde tengo la cabeza?—respondió su mujer recogiendo vivamente la carta.—Es á mi padre, anunciándole la visita del Doctor... y como yo no pienso más que en la pobre Luz, se la he dirigido á ella... Pero, á la verdad, esta carta es inútil; no se la enviaré.

Nada había, seguramente, de extraordinario en aquella sustitución de nombre; sin embargo, esta circunstancia chocó más á Maudhuy que todo lo demás.



—¡Es cosa extraña!—se dijo.

Convencido por la actitud de Clementina, que continuaba siendo importuno, no tardó en retirarse, pero esta vez preocupado y triste.

La conversación á solas con Clementina y Charens, á quien ella detestaba; su turbación, porque se habían turbado, bien lo había visto; aquella súbita venida á París cuando Luz estaba de peligro... para buscar un Médico, cuando era mucho más sencillo enviar un telegrama... ¡Todas estas anomalías, todos estos detalles tomaron cuerpo en su imaginación y una siniestra claridad lo deslumbró!

—¡Oh! ¡si fuese cierto!—exclamó.

## IX

Y tanto efecto le hizo esta sospecha, que sus piernas vacilaron y se vió obligado á sentarse.

Luego se levantó bruscamente.

—¡Pero no!—dijo;—es imposible. ¡Vamos!... calma... Discurramos friamente.

Y repasó una después de otra, aquellas cir-

cunstancias que tan violentamente le habían conmovido, y en todas halló la misma significación: ¡lo engañaban!... Además, surgieron otras pruebas, en las que no habían pensado aún.

*¿Qué había de sorprendente en aquel amor?... ¿No se conocían desde niños?... Educados juntos... vecinos... las dos casas contiguas... Pero, ¿y las rivalidades de familia? ¡Eh! ¿qué importaba. En la imposibilidad de unirse, se habían jurado un amor eterno..*

*¿No era Clementina quien le había impulsado á él, á Maudhuy, á ofrecer sus servicios á Luis de Charens? Es cierto que la primera vez él había rehusado: pero ¡disimulo, farsa!... Y la aversión que aparentaban el uno por el otro... ¡comedia atroz!*

En un movimiento de furiosa indignación, quiso correr á ellos, matarlos y suicidarse después; pero se contuvo temblando. Se figuró extendida á sus pies, muerta, aquella mujer á quien tanto había amado y á quien amaba todavía... Y luego, su hijo, aquella dulce criatura que le sonreía y devolvía sus caricias... A tal idea su cólera se desvaneció, y rompió en amargo llanto, no sintiendo más que el horrible peso de su desgracia.

Pasó la noche entera en aquellas alternati-

—¡Es cosa extraña!—se dijo.

Convencido por la actitud de Clementina, que continuaba siendo importuno, no tardó en retirarse, pero esta vez preocupado y triste.

La conversación á solas con Clementina y Charens, á quien ella detestaba; su turbación, porque se habían turbado, bien lo había visto; aquella súbita venida á París cuando Luz estaba de peligro... para buscar un Médico, cuando era mucho más sencillo enviar un telegrama... ¡Todas estas anomalías, todos estos detalles tomaron cuerpo en su imaginación y una siniestra claridad lo deslumbró!

—¡Oh! ¡si fuese cierto!—exclamó.

## IX

Y tanto efecto le hizo esta sospecha, que sus piernas vacilaron y se vió obligado á sentarse.

Luego se levantó bruscamente.

—¡Pero no!—dijo;—es imposible. ¡Vamos!... calma... Discurramos friamente.

Y repasó una después de otra, aquellas cir-

cunstancias que tan violentamente le habían conmovido, y en todas halló la misma significación: ¡lo engañaban!... Además, surgieron otras pruebas, en las que no habían pensado aún.

*¿Qué había de sorprendente en aquel amor?... ¿No se conocían desde niños?... Educados juntos... vecinos... las dos casas contiguas... Pero, ¿y las rivalidades de familia? ¡Eh! ¿qué importaba. En la imposibilidad de unirse, se habían jurado un amor eterno..*

*¿No era Clementina quien le había impulsado á él, á Maudhuy, á ofrecer sus servicios á Luis de Charens? Es cierto que la primera vez él había rehusado: pero ¡disimulo, farsa!... Y la aversión que aparentaban el uno por el otro... ¡comedia atroz!*

En un movimiento de furiosa indignación, quiso correr á ellos, matarlos y suicidarse después; pero se contuvo temblando. Se figuró extendida á sus pies, muerta, aquella mujer á quien tanto había amado y á quien amaba todavía... Y luego, su hijo, aquella dulce criatura que le sonreía y devolvía sus caricias... A tal idea su cólera se desvaneció, y rompió en amargo llanto, no sintiendo más que el horrible peso de su desgracia.

Pasó la noche entera en aquellas alternati-



vas de exaltación y de desaliento, de cólico arrebatado y de debilidad.

Al día siguiente, á fuerza de examinar la situación bajo todas sus fases, había llegado á no saber qué creer, á dudar de lo que la víspera le había parecido evidente. Entonces resolvió esperar, espiar á los culpables, y aplazó su venganza para el inevitable momento en que los sorprendiese.

Algunos momentos después, se acercó á Clementina con su aire habitual. La abrazó como de costumbre, y ella le tendió su frente, sin repugnancia; también ella se veía obligada á disimular.

La noche no había sido más tranquila para ella que para su marido; la había pasado comentando de mil maneras la escena de la víspera y la enigmática actitud de Luis.

Este vino á anunciarle que el doctor X... había partido para Clamecy. Almorzaron juntos. Después Maudhuy pasó con él á las Oficinas, donde se ocuparon de asuntos comerciales con tanta calma como si nada hubiera pasado.

—Nada os obliga á permanecer en París,— le dijo Maudhuy;—venid á pasar el día con nosotros al campo.

Luis aceptó.

En el vagón en que los tres iban á Villanue-

va, Maudhuy empezó su triste papel de marido celoso. Aparentó dormir y observó á través de los párpados.

Luis, asomado á la ventanilla, miraba indiferente el país; Clementina estaba sumida en sus reflexiones; entre ambos no se cambió ni una palabra, ni un gesto.

—¡Desconfían de mí!—se dijo Maudhuy.

Susana recibió á los tres con la más cariñosa cordialidad, y pareció aliviada de un gran peso cuando supo á qué se reducía la alarma de la víspera.

A pesar de su buen humor y de las gracias del pequeño Jorge, la velada fue bastante triste.

Maudhuy esperaba ver cambiar á Luis y Clementina alguna señal y procurar verse sin testigos; pero ambos demostraban más que nunca su recíproca indiferencia.

—¡Si me habré engañado!—se decía abrigando en su alma alguna esperanza.

Pero al día siguiente, un telegrama del doctor X... anunciando que la convalecencia de Luz no había sido alterada por ningún accidente serio, hizo renacer sus sospechas con más vehemencia... No había duda, Clementina había mentido, y aquel encuentro en París, no había sido más que una cita de amor.

Durante quince días, entregado á todos los tormentos de los celos, procuró en vano adivinar dónde, cuándo y cómo podía verse.

Esta preocupación lo perseguía sin descanso; no dormía.

En fin, una noche que había dejado entreabierta la ventana á causa del calor, á cosa de las once y media creyó oír á cierta distancia ruido de pasos en el jardín; se levantó cautelosamente, corrió á la ventana y miró.

A pesar de la obscuridad pudo percibir á su derecha una forma humana que se alejaba rápidamente y que se perdió bien pronto bajo los árboles del parque.

Fue como una revelación.

—¡Ya no hay duda! —dijo;—; así es como se ven!...

Por la tarde Luis se despedía y tomaba el camino de la estación; pero sin duda dejaba pasar el tren de las siete y media, y cuando cerraba la noche, se volvía ocultamente á la casa, y regresaba á París en el expreso de las once y cincuenta y cinco. No era difícil adivinarlo. ¿Cómo él no había caído en ello más pronto?

Tentado estuvo por ir á sorprender á Clementina en su cuarto; pero se contuvo pensando que á ella le era fácil negar, y que se tendría por avisada.

Por la mañana, muy temprano, bajó al jardín y recorrió atentamente los paseos. No descubrió huella alguna de pasos; pero en la extremidad del parque observó en las bardas un claro por donde un hombre podía pasar fácilmente.

—Por aquí es,—se dijo, y resolvió emboscarse en aquel sitio el primer día que Luis fuese á la quinta.

Habitado desde hacía algún tiempo á dominar sus impresiones, entró en la casa, habló con su mujer y su hermana, jugó con su hijo y no dejó notar la menor alteración en su voz ni en sus maneras.

Al día siguiente, jueves, Luis era esperado en la quinta. Se presentó á la hora habitual, saludó á Susana y Clementina, abrazó cariñosamente á Jorge y tendió amigablemente su mano á Maudhuy, que á pesar de su disgusto se la estrechó afectuosamente.

Tenían que discutir un asunto importante para la casa. En la discusión Luis parecía distraído, preocupado. En aquel momento se paseaban por el parque, no lejos de la brecha descubierta la víspera por Maudhuy.

—¿Sospechará este hombre algo?—se dijo éste.

Durante la velada, no se tomó ni aun el tra-



bajo de vigilarles; tan seguro estaba de no sorprender nada de equívoco. En efecto, ¿por qué se habían de comprometer? ¿No tenían sus citas perfectamente convenidas?

Después de comer, á cosa de las siete, en el momento en que Luis se despedía, se excusó de no poder acompañarle, alegando un malestar súbito.

Y no era falso, porque sus emociones le minaban.

Todos le rodearon.

Les tranquilizó diciéndoles que no era nada, y que no necesitaba más que algunos momentos de reposo.

Tendió la mano á Luis en señal de despedida, y éste se la estrechó afectuosamente.

—¡Traidor!—murmuró Maudhuy siguiéndole con la vista.

Las dos mujeres acompañaron á su huésped hasta la verja del parque, y luego se retiraron, Susana indiferente, Clementina siempre fría é impenetrable.

Dos horas después, toda la casa estaba dormida.

Maudhuy se levantó cautelosamente, se vistió, escuchó... y no percibiendo ningún ruido, tomó un revólver de uno de los cajones de su secreter, y bajó con precaución al jardín.

Lo atravesó lo mismo que el parque y llegó al sitio por el que suponía que pasaría Luis.

Esperó. Pasaron diez minutos. Miró hacia la casa y percibió iluminada una de las ventanas; no había duda, ¡ella le esperaba!

Casi al mismo tiempo se oyeron pasos del lado de afuera, y luego crugir las ramas de la cerca; penetraba alguno en el parque.

Maudhuy se había ocultado de trás de un viejo tilo, preparando el revólver. Un hombre se acercó y pasó á dos pasos de él... no le reconoció, pero no podía ser otro que Luis.

El hombre se dirigía hacia la casa. Maudhuy le siguió, á doce ó quince pasos de distancia, sin ruido y arreglando sus pasos á los suyos.

Ambos salieron del parque y entraron en el jardín, donde la sombra era menos espesa. El hombre se detuvo un momento para escuchar; Maudhuy retuvo su aliento. Siguieron adelante.

Pero habiendo dado Maudhuy un fuerte tropezón, el hombre se volvió, vió una sombra que le seguía, se arrojó bruscamente á un lado, atravesó el jardín, cruzó el parque y desapareció.

Maudhuy le persiguió, buscó durante algunos minutos, pero no encontró traza alguna del fugitivo.

Entonces volvió á la casa; la luz continuaba brillando, pero al acercarse notó que estaba en el entresuelo. ¿Qué significaba aquello? Se adelantó. Cuando no estuvo más que á cuatro ó cinco pasos, apareció en la ventana una silueta de mujer, que se inclinó hacia fuera.

—¿Sois vos, Luis?—preguntó timidamente una voz de mujer.

No era la voz de Clementina; era la de Susana.

## X

En un momento penetró en la casa y luego en el salón.

Susana estaba allí, sentada en una butaca, llena de sorpresa y confusión.

—¿Qué es lo que haces aquí á esta hora?—le preguntó.

La joven se levantó balbuceando algunas palabras; pero él no escuchaba; inquieto, registraba con su mirada todos los rincones del salón. No descubriendo nada, tomó la bujía y fue á examinar la habitación inmediata... ¡Nada tampoco!

Susana, atónita, le seguía maquinalmente. Su hermano se volvió hacia ella.

—Estabas sola aquí?—le preguntó.

—Enteramente sola.

—¿No estaba Clementina contigo?

—¡No!... ¡Dios mío! ¿qué es lo que tienes?

Dominado por la idea de que Clementina le engañaba, creía que Susana también había descubierto la intriga, y que para que no fuese sorprendida, había sustituido á su cuñada; no por complicidad seguramente, sino por abnegación, por piedad por él, para no desvanecer su ilusión y su felicidad.

—¿Por qué no estás en tu cuarto?—le preguntó.

—¡Hermano mío, no me riñas!

—¿Esperabas á alguno?

—¡A qué negarlo!

—¿A Charens? Has pronunciado su nombre hace un momento.

—Susana temblaba y bajaba los ojos.

—¿A qué viene tanto misterio?... Veamos; estas citas de noche... ¡Pero, mujer, habla de una vez!

Asustada por el tono severo de su hermano, Susana se echó á llorar.

—¡Bueno! ¡ahora lágrimas!... Eso es muy cómodo, y dispensa de contestar.



—¡Es que pareces tan incomodado!... ¡Dios mío!... ¡Era lo que yo temía!

—¿Y no tengo motivo para ello?... Sorprendo idas y venidas singulares por la noche; pregunto lo que es, en lugar de contestarme te ruborizas, balbuceas, lloras... ¿Quién no se irritaría?

Pero aquel tono no era nada conveniente. Maudhuy lo comprendió así, y fingiendo dulcificarse y hasta sonriendo, dijo:

—¡Vamos! ven aquí, loquilla, y cuéntame lo que pasa.

Y tomándola de la mano, la hizo sentar en el diván, y colocándose á su lado, la dijo con cariñoso acento:

—Vamos á ver, ¿qué es lo que pasa?... Pero antes límpiate las lágrimas. ¿De veras te he asustado?

—Ya lo creo. ¡Venías hecho una furia!

—Si me hubieras dicho desde luego...

—Ya iba yo á hacerlo, pero no me escuchabas...

—¡Bueno! Olvidemos eso. Ahora cuéntamelo todo... Pero francamente.

—¿Y qué quieres que te diga? Demasiado sabes la verdad.

—Entonces, esta era una cita de amor. ¿Amas á Luis de Charens?

El vivo rubor que cubrió las mejillas de la joven era una respuesta bastante clara.

—Y él ¿te ama?—continuó Maudhuy.

—Sí... así lo creo.

—¡Que lo crees!... Luego no estás segura.

—Sí que lo estoy; me lo ha jurado cien veces.

Esta confianza ingenua desvaneció en parte las sospechas de Maudhuy.

—¡Si fuese verdad!—dijo con un suspiro de desahogo.

Su hermana le miró sin comprender nada de aquella exclamación; luego, viendo que se sonreía, interpretando aquella sonrisa en su favor, se inclinó hacia él y le dijo con gazmoñería:

—¿Nos perdonas, verdad?

—Según y conforme, niña. Antes necesito detalles...

—¿Qué detalles? Nos amamos, y eso es todo. ¿Qué más quieres?

—Sí; pero, ¿desde cuándo? Tres semanas, un mes acaso...

—¡Oh! ¡hace mucho más tiempo!

Maudhuy la cogió las manos, y con el tono de un confesor indulgente, dijo:

—¡Veamos! ¿Cómo ha nacido ese amor?

—Sin pensar en ello, te lo aseguro. ¡El comportamiento de Clementina para con él era durísimo!... Yo le compadecía de todo mi cora-

zón; no tardó en conocerlo, y se conmovió, bien lo noté. En los momentos en que tu mujer lo abrumaba con sus sátiras, yo lo miraba y él se calmaba... Así, es como hemos sabido que nos amábamos sin habernos dicho una palabra.

Maudhuy se hallaba enternecido al ver la sinceridad de su hermana.

—¿Pero, por qué no me lo has dicho?

—Porque temí contrariarte. Yo no olvido lo que te debo. Después de la muerte de nuestros padres, me has cuidado, me has educado y me has tratado como á tu hija.

—Pues bien; razón de más para confiarte á mí.

—Sin duda; pero yo sabía que tenías otro proyecto para mi casamiento.

—Es verdad; había pensado en el hijo de uno de mis correspondientes de Londres.

—¡Oh! te suplico, hermano mío, renuncies á ese proyecto. ¡Ya comprendes; antes me era indiferente, pero ahora!... No sabes cuánto he luchado contra este amor, pero ha sido más fuerte que yo... ¡No querrás hacer desgraciada á tu hermanita Susana!

—¡No, querida niña, no!—exclamó estrechándola contra su pecho y besándola cariñosamente.—¿Cómo había de consentir que tú su-

frieses por nada? ¡Oh! ¡jamás!... ¡Sé su esposa, puesto que os amáis!

Susana no cabía en sí de alegría. Maudhuy la miraba complacido.

—¿Conque tanto os amáis?—dijo.

—¡Oh!—contestó su hermana con una sonrisa de satisfacción.—¡Por eso estábamos tan tristes! ¿Sabes en qué ocupábamos nuestras citas? En gemir, en discutir si te conferíamos ó no nuestro amor. ¡El no quería... Es tan escrupuloso... tan delicado!... Mira, cuando venga, no le dejes ver la menor contrariedad.

Pusieron fin á tan satisfactorio diálogo, y se separaron. Maudhuy aliviado de un gran peso y tan feliz casi como ella...

Al día siguiente, ávido de reparar sus faltas contra Clementina, se acercó á ella con gran cariño y sonrisa inacostumbrados.

Ella pareció notar este cambio; pero lejos de mostrarse agradecida, lo acogió con frialdad y despego; Maudhuy sintió helarse en su corazón toda su ternura pronta á desbordar.

—¡Pobre Clementina!—se dijo bajando la cabeza y alejándose;—está ofendida y cierto que lo merezco. La he dejado ver mis absurdas sospechas; pero seré tan bueno para ella, tanto la amaré, que no tardará en perdonarme.



Susana vino á distraerle de aquellas melancólicas reflexiones.

—No te pregunto si has dormido bien,—la dijo.

—Muy poco; ya ves, el exceso de la alegría... y luego que me parecía que era un sueño. Pero no es un sueño, ¿verdad?

—Ciertamente que no.

—¡Qué feliz soy!

Pero de pronto su rostro se puso sombrío.

—¿Qué es lo que tienes?—preguntó su hermano.

—¿Qué tengo? ¿No lo adivinas? Mientras estoy aquí yo, tan alegre, tan confiada, ¡con qué inquietud estará Luis en París, sin saber nada, después de haber sido sorprendido anoche por tí!

—En efecto, me lo figuro.

—Y como no le toca venir hasta mañana, estará cuarenta y ocho horas sin saber nada.

—Perdona, hermanita; todo lo sabrá esta noche.

—¡Ah! ¿Cómo?

—¿Crées que no pienso en nada, y que sólo sirvo para asustar á la gente? Pues estás muy equivocada. Luis debió recibir esta mañana un telegrama en el que le ruego que venga inmediatamente.

—¡Ah, querido hermano!

Y le abrazó de nuevo. Pero se contuvo en sus manifestaciones al ver á Clementina que bajaba al jardín.

—No la dejemos ver nada,—dijo á su hermano cogiéndole de un brazo y alejándose con él;—esta noche será grande su sorpresa y su contrariedad, porque continúa odiando á Luis, si bien le persigue un poco menos... pero esto á nosotros nada nos importa.

Aquel manejo no pasó desapercibido para Clementina, que recordó al mismo tiempo el aire satisfecho de su marido en aquella misma mañana. Frunció las cejas y se preguntó con inquietud lo que aquello quería decir.

Los tres se hallaban reunidos cuando Luis se presentó.

No parecía muy tranquilo. Aquel telegrama que lo llamaba á Villanueva, sin más explicación, le había impresionado bastante.

Ya no había duda: Maudhuy lo sabía todo, y probablemente le abrumaría con sus reproches; ¿cómo se justificaría?

Maudhuy se rió francamente de su aspecto de doctriño, y adelantándose á él, le dijo:

—¡Ah, ya estáis aquí, señor seductor!... ¡Acercáos, ya sabemos vuestras escapatorias!

—Que sabéis mis...

—¡Vamos! está bien; ¡dejad ese aire de colegial sorprendido!... Abrazadla, ya que ha tenido la debilidad de amaros.

Y le empujó alegremente hacia Susana; pero al mismo tiempo oyó detrás de él un grito ahogado; se volvió y vio á Clementina pálida como una muerta, temblando y próxima á desfallecer.

—¡Dios mío! ¡Clementina! ¿qué tienes? — dijo lanzándose hacia ella y sosteniéndola.

## XI

—¿Yo? ¡No tengo nada! — respondió Clementina dominando su turbación y afectando un aire tranquilo.

—Sin embargo... había creído... ¡Estás tan pálida!

—Creo que te engañas.

—No. Además, nada tendría de extraño; la sorpresa... ¡No esperabas seguramente lo que sucede!

—En efecto; pero, ¿crees que eso me interesa?

Dicho esto, bastante desdeñosamente, salió del salón bajo pretexto de ir á buscar al niño, que jugaba en las plantabandas del jardín.

En cuanto se alejó, los dos jóvenes, un poco cortados en su presencia, dejaron desbordar la alegría que inundaba los corazones. Luis no se cansaba de demostrar su agradecimiento á Maudhuy. La alegría de Susana, aunque menos expansiva, no era menos tierna.

—¿Como habéis podido creer,—decía Maudhuy,—que pondría obstáculo alguno á vuestra felicidad?

Estaba enternecido; quería que se celebrasen los esponsales y que toda la casa se engalanase, festejando el acontecimiento.

Pero al recordar la sombría irritación de Clementina, bajó al jardín á reunirse con ella.

Sin duda el mismo recuerdo preocupaba á Susana, porque, cuando se vieron solos, dijo á Charens:

—¿Habéis notado á Clementina? ¡Oh! su odio por vos no se ha borrado de su corazón, ¡qué mal os quiere!

—No pensemos en eso, querida Clementina; nos amamos y vuestro hermano aprueba nuestro amor; ¡lo demás qué nos importa?

Maudhuy, convencido de la lealtad de Charens, no veía en el mal humor de Clementina



más que el efecto de un antiguo resentimiento. Trató de combatir sus malas disposiciones; pero ella le ahorró todo este trabajo, declarando de nuevo, con la mayor sangre fría, que todo aquello le era perfectamente igual, y que si lo deseaba iría á felicitar en aquel mismo momento á Luis y Susana por su próxima unión.

En efecto, adelantándose á su marido, se acercó á los dos jóvenes con afectada sonrisa, y les dirigió irónicas felicitaciones.

No era, por cierto, este el modo de hacerlos salir de su reserva.

Así, aquella velada, á pesar de las ocurrencias y esfuerzos de Maudhuy, se pasó violenta y tirante por parte de unos y otros.

Hasta se terminó de una manera lúgubre, á consecuencia de la indisposición, contra la que Maudhuy luchaba hacía algunas horas, y que al fin tuvo que confesarse vencido.

Durante algún tiempo se quejó de palpitaciones, de opresión del corazón, luego palideció de pronto, su mirada se extravió y se dejó caer en una butaca, medio desvanecido.

Susana se lanzó á su socorro. Charens le cogió en brazos, y ayudado de un criado, lo transportó á su lecho.

Inmediatamente enviaron á buscar un Médico.

Pero antes que llegase el hombre de ciencia, Maudhuy había recobrado sus sentidos; su sufrimiento se había calmado, y sonriéndose, tranquilizaba á Susana y Luis, inclinados ansiosamente hacia él, mientras Clementina, inmóvil al pie del lecho, le observaba con una extraña mirada.

El Médico, después de haberle examinado, no disimuló cierta inquietud.

—¿Habéis experimentado recientemente alguna fuerte emoción?—preguntó al enfermo.

—Sí, señor, hoy mismo; pero ha sido de alegría.

—Poco importa: esas emociones pueden seros funestas; es preciso evitarlas á todo trance.

Prescribió el descanso y algunas pociones calmantes; las mismas que el doctor X... le había recetado y que Maudhuy no tomaba hacía algún tiempo.

—¡Diantre!—dijo el enfermo cuando el Médico se retiró.—Hipócrates no me deja mucho consuelo, y no quisiera morir sin dejar casada á mi querida Susana.

—¡Oh! ¡hermano mío!...

—No te apures. Espero dejar por embustero al buen Doctor; pero, en fin, por prudencia, ¿no podríamos ocuparnos desde ahora de los preparativos del matrimonio?... ¿Qué os pa-

rece?—añadió mirando alternativamente á Luis y á Susana; —creo que esto no os desagradará.

Por toda respuesta, Susana le abrazó con efusión y Charens la estrechó la mano, Clementina, incapaz de contenerse más largo tiempo, volvió la cabeza y se alejó sin que nadie lo notase.

Veinte minutos después, Luis, al salir de la casa para ir á la estación, vió á Clementina á la entrada del Parque, por donde él tenía que pasar; evidentemente, le esperaba.

Cuando se acercó, le dijo con seco y contenido acento:

—Señor de Charens, una palabra.

—Señora...

—¿Es formal, es serio lo que acaba de pasar?

—Lo más formal y lo más serio.

—¿Amáis á esa chiquilla?

—¡A Susana querréis decir! Sí, señora.

—¿Y esperáis casaros con ella?

—Desde el momento en que ella corresponde á mi amor, y su hermano no se opone...

—¿Le habréis hecho, sin duda, bellos juramentos?

—Que cumpliré, estad segura.

—A menos que no los olvidéis, como los que me habéis hecho á mí en otro tiempo.

Luis frunció las cejas.

—¡Eh!... ¿Quién se ha burlado de ellos?— exclamó con severidad.—¿Cómo os atravéis á recordármelos? ¿No fuisteis vos quien, bajo no sé que pretexto, dos meses después de mi partida, os arrojásteis en brazos de otro?

—¡Me engañaron indignamente, bien lo sabéis!

—¿Y por qué os habéis dejado engañar? ¿Por qué habéis dudado tan fácilmente de mí?

—¡Bien castigada he sido en mi error!

—Y yo... ¡Oh! ¡jamás sabréis lo que he sufrido! Verdad es que más tarde, para consolarme, habéis tenido el cuidado de abrumarme de ultrajes y sarcasmos.

—¡Hice mal!... ¡Pero, Dios mio! ¿qué debo hacer para que me perdonéis?

—Nada. Todo rencor ha desaparecido de mi corazón, lo mismo que el amor: vos sois quien lo ha matado. ¿Y ahora queréis que renazca de nuevo? Pues bien, no. Y aunque eso fuese posible, ¿creéis que yo consentiría, y en este momento precisamente, en presencia de ese sufrimiento que acabáis de ver, de esa agonía tal vez? ¡Ah! sería una indignidad tan solo pensar en ello... Basta; ni una palabra más, os lo ruego.

Y se alejó bruscamente, dejándola trémula y consternada.



Al día siguiente y los sucesivos, Clementina se encerró obstinadamente en su cuarto, no saliendo de él más que á la hora de comer, ó para informarse de la salud de su marido, cuyo estado, en lugar de mejorar, iba agravándose sensiblemente.

En efecto, las sacudidas de aquellos últimos tiempos habían hecho rápidos progresos en la enfermedad de Maudhuy, sin que él lo notara.

La animación de la lucha le había dado una apariencia de vigor capaz de engañar á cualquiera; pero no se había levantado más que para caer más bajo que antes.

Otras crisis siguieron á la última que hemos referido; se sucedían ahora con cierta especie de regularidad, dejando en los intervalos sumido al enfermo en una dolorosa postración.

Pálido, enflaquecido, jadeante, apenas podía sostenerse, y al verle medio doblado en su sillón, se le hubiera tenido por un anciano decrepito.

Clementina, ayudando por deber á cuidarle, seguía con inquietud los progresos del mal. Para ella, como para los demás, ya no había duda; Maudhuy estaba herido de muerte; no podía arrojar de su mente la idea de que pronto sería libre.

Maudhuy, por su parte, tampoco se hacía

ilusiones sobre la gravedad de su estado, y no quería, según lo había manifestado, morir sin dejar casada á su hermana.

Con tal objeto instaba á los dos jóvenes, y muy seriamente esta vez, á que apresurasen los preparativos para su enlace. Estos, para disimular su inquietud, resistían á sus instancias, diciendo que querían esperar hasta que se restableciese, lo cual no tardaría; pero un día se irritó por aquellas dilaciones y ordenó formalmente á Charens que reuniese los papeles necesarios al efecto.

Luis tuvo que ceder, y prometió que dentro de quince días, tres semanas á lo más, quedaría todo arreglado.

Clementina asistía á esta escena. Retirada en un extremo de la alcoba, no dijo ni una palabra, de modo que su voz no revelase el horrible dolor que la torturaba el alma.

Aquella misma tarde, en el momento que Charens renovaba su promesa á Maudhuy y se disponía á regresar á París, llegó á Villanueva una visita inesperada, la visita de la anciana Luz.

## XII

La jorobada había pasado su convalecencia en una mortal inquietud. La brusca partida y la exaltación de Clementina le hacían temer alguna imprudencia de su parte, tal vez un escándalo, cuya noticia esperaba recibir de un momento á otro.

Por fin, no pudiendo resistir más, se había puesto en camino para llevar á su sobrina su ayuda y sus consejos, caso de que los necesitase.

La calma de la quinta y algunas palabras cruzadas al pasar con un criado, le habían tranquilizado.

Al entrar en el salón corrió á Clementina y la estrechó fuertemente en sus brazos; luego, al volverse, percibió á Maudhuy, y no pudo menos de conmoverse á la vista de aquel sufrimiento y de aquella ruina.

Este movimiento no pasó desapercibido para el enfermo, que respondía bastante secamente á las preguntas y á las condolencias de la anciana. Esta, por otra parte, insistió poco; salió

con su sobrina, y en cuanto se hallaron solas la preguntó:

—Dime, Clementina, ¿qué es lo que tiene tu marido?

—Ya lo ves; está enfermo.

—Sí; pero... ¿qué padece? ¿Cómo le ha dado ese mal? ¿Qué dicen los Médicos?

Clementina hizo un gesto de impaciencia.

—¿Qué se yo?... Está enfermo, y eso es todo. Ahora ¿tienes algo más que preguntar?... ¿Qué es lo que vienes á hacer aquí?... ¿Aconsejarme, dirigirme, velar por mi felicidad? ¡Te ha salido eso tan perfectamente la primera vez!

Este reproche hizo subir las lágrimas á los ojos de Luz.

—¡Dios mío!... ¡de qué modo me recibes— dijo dolorosamente,—á mí, que tanto te amo... que daría mi vida por tí... bien lo sabes!

Clementina lo sabía en efecto, por consideración á aquella misma ternura y á aquella abnegación sin límites, dejó que la solterona continuase sus protestas, que terminó contando sus inquietudes y la ansiedad que la había agitado.

—Hasta he pensado—dijo por conclusión—que habías abandonado á tu marido para huir con Luis de Charens. ¡Qué insensatez!

—¿Por qué, insensatez?... ¡Ojalá que él hubiera consentido!



—¡Cómo! ¡Espero que no se lo habrás propuesto!

—No. El mismo me ha evitado esa humillación. En cuanto supo que le amaba, volvió la espalda con desprecio.

—¡Oh! ¡con desprecio!

La Jorobada no concebía que no se pudiese idolatrar á su sobrina.

—¿Lo dudas?—dijo Clementina con amarga sonrisa;—¡pues bien, quédate aquí unos cuantos días, y ya verás!

—¿Qué es lo que veré?

—¡Eh! ¿no comprendes?... ¡Ama á otra!

—¡A otra!... ¿y á quien?

—A Susana.

—¡Tu cuñada! ¡Ah! ¡ah! ¡vaya una broma!

—No es broma. Están ya prometidos oficialmente, y su matrimonio se celebrará uno de estos días.

—¡Pues yo te digo—exclamó Luz—que eso no es verdad, que ese matrimonio no se hará!... Pero reflexiona un poco, mi pobre Nini... ¿no tienes ojos en la cara? Y al decir esto la atraía hacia un espejo. Jamás has estado tan bella!... ¿Y el no te amaría ahora, cuando tanto te amaba antes?... ¿Y ha de preferir esa mocosuela, que no es otra cosa comparada contigo?

—Sin embargo, la ama y se casará con ella.

—A la verdad, eso es inexplicable, ó más bien... sí... lo adivino... eso es...

—¿Qué?

—Maudhuy le ha prestado muchos servicios, son amigos, asociados. ¿Qué más natural que se asuste á la idea de engañarle?... Y cuanto más te ame, más cuidado pondrá en no dártelo á entender; desconfía de su propia debilidad... Eso es lo que tú tenías por desprecio.

—Pero, ¿y su amor á Susana, ese compromiso formal?

—¿Y quién te dice que no haya sido forzado? ¿Estás segura de que vuestro amor no se ha revelado de alguna manera? Vuestra corteidad... un gesto... una mirada... ¿No has notado algún cambio en tu marido en estos últimos tiempos?

—En efecto, me ha parecido...

—¡Lo ves! ¡Los celos! Y yo respondería que entre ambos ha tenido lugar una explicación, á consecuencia de la que, para desvanecer sus sospechas, el señor de Charens ha hecho el papel de enamorado de tu cuñada; y como Maudhuy no se convenciese, se ha visto obligado á continuar la comedia y contraer esa especie de compromiso. Pero debes estar persuadida que en el fondo está decidido á no cumplirlo; ya encontrará un sesgo, un pretexto... ¡Oh! si fue-

ses libre, bien pronto dejaría plantada á esa tontuela y volvería á tí.

Clementina escuchaba con avidez. Ya le había ocurrido la misma idea; pero no se había detenido en ella. El tono convencido de Luz se la hacía ahora verosímil.

—Sí... es posible—dijo—si yo fuese libre... ¡pero no lo soy!

—¡No tardarás en serlo!—exclamó la jorobada con campesina brutalidad.—¡No has reparado en tu marido? Está desconocido; tiene la muerte en las entrañas, es evidente.

Clementina se estremeció; luego, como si tuviese vergüenza de ocuparse de semejante asunto, repuso:

—¿Y qué me importa que yo sea libre si él no lo es?

Y explicó á su tía cómo Maudhuy tenía conciencia de su estado, y que á medida que se sentía declinar, insistía más en que se celebrase el matrimonio lo más pronto posible.

¿Cómo se sustraería Luis á esta exigencia, caso de que tal fuese su intención?

Luz permaneció reflexionando un instante.

—¡No!—repuso al fin—eso no será. Soy yo quien te respondo de ello, y puedes estar tranquila.

Se hizo contar todo lo que había pasado des-

de su última entrevista; este relato confirmó sus suposiciones respecto á Luis; sólo sintió que Clementina no hubiera ocultado mejor su descontento.

—Es preciso reparar esa falta—dijo.—Haz como si el matrimonio te fuese indiferente. Sé obsequiosa con tu cuñada y natural con el señor de Charens; las sospechas de tu marido, si aún conserva alguna, se desvanecerán por completo.

Al día siguiente, por la mañana, Clementina entreabrió la puerta que comunicaba su alcoba con el cuarto que se había dispuesto para Luz, y vió á ésta, con la cofia de noche y en enaguas, que estaba echándose las cartas en la misma cama.

—¡Siempre tu eterna manía!—le dijo.

—¡Déjame!—le respondió la jorobada haciendo señal de que no se acercase.

Y continuó su operación. En fin, después de haber vuelto la última carta:

—¡Esto es!—dijo con alegría.—Ya sabía yo que triunfaríamos! ¡Abrázame!

Clementina se encogió de hombros.

—¡Y todo eso te divierte! ¡Todo eso te da confianza!—dijo la joven.

—¡Oh! ya sé que no crees en las cartas; pero yo sí, porque jamás me han engañado. ¡Ahora ya estoy tranquila!



Clementina quiso saber lo que pensaba hacer.  
—Nada... absolutamente nada,—dijo;—esperemos: las cosas marcharán en favor nuestro, estoy segura.

Y no quiso explicarse más; cambió de conversación, habló de su hermano que la había dado un encargo para París...

—A propósito, iré hoy mismo, porque cuanto más pronto se hagan las cosas, mejor.

Y en efecto, partió á París en aquella misma mañana, después de enterarse cómo había pasado la noche Maudhuy.

Nunca se supo cuál había sido el encargo de su hermano; pero el que hubiera seguido á Luz, la habría visto entrar sucesivamente en dos farmacias y en una droguería...

Por la noche regresó á Villanueva; su ausencia no fue notada.

Encontró á su sobrina encerrada en su cuarto desolada y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado?—preguntó.

Clementina contó lo que Maudhuy, durante el día; había insistido de nuevo en el matrimonio, indicando sus ideas respecto á los contratos, y queriendo llamar á su Notario para comunicárselas.

—¿No es más que eso?—dijo Luz,—pues debías esperarlo, Niní; era inevitable!

—¿Y cómo vas á parar tú ese golpe?

—No necesito hacer nada... ¡Mira!

Y llevando á su sobrina á una ventana, le mostró á Maudhuy, pálido y enterrado en su sillón, en el jardín, á la sombra de un grupo de flores.

—Sí, ya le veo,—dijo Clementina separando la vista;—pero aún tiene voluntad, y esta voluntad no puedes vencerla.

—No tengas cuidado; la Naturaleza se encargará de ello.

—¡Ah! ¡sí!... ¡Siempre tus ideas supersticiosas por haber consultado las cartas!

Y se alejó con un gesto de despecho y de cólera.

En primer lugar, la repugnaba especular así sobre la suerte de Maudhuy, como si su amor por Luis recibiera por ello una mancha de impureza, y luego, ¿dónde estaba la certeza de que aquella muerte estuviese tan próxima? ¿Quién podía asegurar que acaeciese en tiempo oportuno?

Los días siguientes, Luz perseveró en su confianza y en su inacción. Por la mañana, á las diez, bajaba con su sobrina á la alcoba de Maudhuy, donde generalmente hallaban ya á Susana. Se acercaba al lecho, se informaba de la salud del enfermo, le decía invariablemente que

le encontraba mejor, y al mismo tiempo indicaba á Susana, por un gesto expresivo, que esta apreciación era por pura complacencia.

Arreglaba las almohadas, procuraba que su taza de chocolate estuviera preparada á punto, y le sostenía delicadamente mientras la tomaba. Una hora después volvía á ayudarle á vestir.

Si quería bajar al jardín, allí estaba ella para servirle de apoyo; poco á poco, paso á paso, le conducía por los paseos; disponía su salón en la fresca sombra y colocaba un cojín á sus pies y un velador al lado con la correspondencia y los periódicos.

Durante la velada, continuaba rodeándolo de atenciones y cuidados, hasta que se retiraba con su sobrina, en cuyo momento ésta le reprochaba sus vergonzosas é inútiles gazmoñerías.

Una noche estos reproches fueron tan vivos, que Luz se sintió ofendida. Era un domingo 31 de agosto. Luis había venido con el doctor X... y el Notario de la familia; Maudhuy había hablado del matrimonio de su hermana; había exigido que las amonestaciones tuviesen lugar inmediatamente y les había entregado las bases del contrato.

Cualquiera puede figurarse las terribles emo-

ciones de Clementina durante aquella escena; disimuló cuanto pudo; pero, en fin, á las nueve, cuando se retiró á su habitación con Luz, dió libre curso á su cólera.

—¿Es así como me ayudas?—dijo.—¿No decías que impedirías ese matrimonio? Pues ya lo ves casi hecho.

Luz, sombría y agitada, no respondió.

—¡Y yo, que he tenido la estupidez de creer-te!—continuó Clementina.—¡Tú siempre me has engañado!... Sin ti, hubiera luchado, en lugar de que he estado muy tranquila, siguiendo tus necios consejos!

—Y bien, si, hice mal,—dijo Luz,—perdóname, querida Niní. ¿Podía yo suponer que tu marido, en el estado en que se halla, llevaría tan adelante las cosas? Pero nada se ha perdido. Voy á reflexionar, y mañana por la mañana...

—Vas á echarte las cartas, ¿no es eso?

—¡Ah, qué cruel eres!

Los reproches continuaron. De pronto Clementina se interrumpió.

—¡Silencio! oigo que llaman.

Las dos esencharon. Se oían gritos en la alcoba de Maudhuy.

—¡Es la voz de Susana!

—¡Parece que pide socorro!—dijo Clementina;—voy corriendo...



Luz la detuvo.

—Quédate. ¿Qué vas á hacer allí?

—Cuando Susana llama...

—Déjala que llame. Está al lado de su hermano, que habrá experimentado alguna crisis...

—Justamente, y mi presencia...

—Tu presencia es inútil.

—Pero, ¿qué pensarán si no vamos?

—Creerán que dormimos profundamente...

Además, ya no se oye llamar.

En efecto, los gritos habían cesado.

Luz hizo acostar á su sobrina y apagó la luz.

### XIII

Los gritos que acababan de oír eran, en efecto, lanzados por Susana.

Aquella tarde, á cosa de las tres, según hemos dicho, Luis había llegado á la quinta con el Doctor y el Notario, llamado expresamente para preparar el contrato.

Todos los que habitan la quinta se hallaban reunidos en el salón del entresuelo.

Maudhuy se prestó con bastante distracción

al examen y á las preguntas del Doctor, que movía el entrecejo y no parecía muy satisfecho.

—¡Bah!—dijo Maudhuy;—no estoy peor ni mejor, y sé que vais á proporcionarme los mismos remedios.

—Sí; y solamente añadiré un consejo. En cuanto llegue el otoño, que no está lejos, podéis ir á pasarlo al Mediodía.

—Perfectamente, y tal era mi intención... como váis á ver.

Y se puso á hablar del inmediato matrimonio de su hermana, y explicar sus intenciones respecto al contrato.

*Demasiado enfermo para continuar ocupándose de los negocios, cedería su parte en la casa comercial á su socio, y esta parte sería la dote de Susana; se la determinaría por medio de una liquidación que el Notario y Luis harían lo más pronto posible. Arregladas así las cosas y celebrado el matrimonio, saldría de París, yendo á instalarse, tal vez definitivamente, en Niza, con su mujer y su hijo.*

Al decir esto miraba á Clementina, que volvió la cabeza. Luz sonreía, Luis y Susana, confundidos por aquel desinterés, le rogaron que reflexionase más aquel asunto; pero él declaró que aquella era su voluntad.

En seguida habló con el Notario y examinó las notas que éste acababa de tomar.

—No os fatiguéis así—dijo el Doctor;—estáis muy pálido.

—Pues me extraña mucho, no siento dolor ninguno.

Luz al mismo tiempo felicitaba á Susana, sin olvidarse de hacer señas á Clementina, para que disimulase su descontento; pero á grandes penas podía conseguirlo.

En la comida reinó cierta cordialidad. Después pasearon por el jardín. El niño Jorge corría alegremente de un grupo á otro abrazado y acariciado por todos. Sin embargo, pronto se calmó su petulancia; se hacía tarde y llegaba la hora del sueño. No tardó en recostarse en las rodillas de Susana, inclinando su linda y rubia cabeza y empezando á dormirse.

—Vamos, ángel mío,—dijo Susana—la cama te está llamando; despídete de estos señores.

El niño se puso en pie, dió las buenas noches á todos, y Susana se lo llevó.

—Creo que debo hacer otro tanto—dijo Maudhuy al Doctor—; no sé lo que siento!

—En efecto, hace un momento que os estoy observando, y...

Y tomándole el pulso le aconsejó que se retirase. Maudhuy así lo hizo; apoyado en el bra-

zo de Clementina, á quien su tía había decidido á disimular, ésta le siguió.

Encontraron á Susana que acababa de acostar á Jorge en una pequeña alcoba contigua á la de su padre.

Clementina y Luz ayudaron á desnudar á Maudhuy. Se quejaba de un extraño malestar, de sofocaciones. De pronto llevó la mano al corazón, lanzó un grito y cayó medio desmayado en brazos de aquéllas.

Susana salió precipitadamente del gabinete, corrió á una ventana del salón y llamó al Doctor que hablaba con Luis y el Notario en el terrado.

Los tres entraron.

El Doctor logró reanimar á Maudhuy; luego reprendióle por las imprudencias del día, preparó una poción, haciéndole tomar la mitad, colocando el vaso mediado en una mesa.

Algunos minutos después, el enfermo experimentaba un ligero alivio; respiraba más dulcemente en su lecho, mientras Susana le limpiaba el rostro bañado en sudor.

Luz, entretanto, llamaba al Doctor aparte, y le preguntaba su opinión. Este contestó que no veía nada alarmante, pero que el estado general del enfermo no era bueno.

Maudhuy no tardó en notar aquellos cuchi-



cheos; preguntó de qué se trataba y se acercaron.

—Decía—expresó el Doctor—que esta crisis no ha terminado. Si volviera á manifestarse, debéis tomar el resto de la poción que he preparado, y cuyo efecto habéis experimentado... ¿Dónde está?

Luz, que con intención se quedara un poco atrás, había cogido el vaso y vertido en él, sin que nadie lo notase, el contenido de un frasquito que ocultaba en su mano.

—Aquí está—dijo agitando ligeramente la cucharilla en el vaso.

—Bien. Ponedlo aquí, en la mesa de noche, al alcance de la mano.

Antes de alejarse con el Notario y Charens, el Médico recomendó que se velase al enfermo, al menos durante una parte de la noche.

Maudhuy se opuso hallando excesiva tanta precaución, pero al fin se sometió.

—¿Cómo, Susana? ¿no acompañas á esos señores? Nuestra amiga Luz irá contigo.

Era evidente que deseaba quedarse solo con Clementina.

La solterona obedeció de bastante mala gana, y salió con Susana y los tres hombres.

Clementina había recobrado su aire sombrío.

—¿Qué me quieres?—preguntó á su mari-

do cuando éste le hizo señal de que se acercase.

Una pálida sonrisa rizó los labios del enfermo.

—Quiero—dijo—explicarme contigo sobre lo que acaba de pasar... Ese matrimonio te desagrada, lo sé; sin embargo, deseo que se verifique pronto... Luis y Susana se aman.

Ella le interrumpió.

—¡Eh! que se amen... que se casen, ¿qué tengo que ver yo en eso? Pero, sin ser muy exigente, hubiera deseado ser consultada sobre ese viaje, ese cambio de residencia.

—El Doctor es quien me lo ha ordenado, bien lo has oído, y creo que no me he engañado al contar con tu compañía. ¿Te negarás á seguirme?

—No, porque es mi deber.

—¡Dices eso de un modo!

Y procurando rechazar una penosa impresión, añadió:

—Nada te liga aquí. Odias á Charens, y no miras bien á Susana, porque le ama. En lo sucesivo no los tendrás en tu presencia... Es por tu propio interés, por tu tranquilidad, por lo que te conviene ese viaje. Más tarde me lo agradecerás. ¡Dime ahora que no estás ofendida conmigo!

Su mirada era suplicante. Quiso tomarla

una mano, pero ella la retiró tan bruscamente que casi derribó el vaso colocado sobre la mesa de noche; este solo gesto revelaba un implacable resentimiento.

—¡Ah!—dijo el pobre marido con desesperación.—¡Arroja todos esos brebajes! ¡Qué me importa la salud, la vida, si te soy odioso!...

Clementina tuvo vergüenza de su dureza, y queriendo repararla en parte, tomó el vaso de la poción y presentándolo:

—¡Bebe!—le dijo:—esta poción te calmará.

Estas palabras, esta simple demostración, bastaron para reanimarle.

—¡Oh, qué buena eres!—dijo atrayéndola hacia él; —déjate amar y tendré fuerzas para vivir!

—¡Vamos, bebe!—repitió Clementina.

Maudhuy obedeció.

Luz y Susana entraron en aquel momento.

Hubo entre ellas una especie de disgusto por saber cuál de las dos velaría á Maudhuy; éste miraba á Clementina esperando sin duda que ella se ofreciese, pero ella no dijo ni una palabra.

Maudhuy cortó la discusión señalando á Susana, y Luz y Clementina se retiraron bastante contrariadas.

Susana, en cuanto se halló sola con su her-

mano, esperaba tener con él una de esas íntimas conversaciones á que la había acostumbrado; pero después de algunas frases insignificantes, se calló y dió media vuelta hacia la pared.

—¿Qué es lo que tienes?—le preguntó después de un cuarto de hora de silencio.

Y acercándose á él vió sus facciones contrai-  
das y sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah! ¿estás llorando? ¿qué te aflige? ¿Tienes alguna pena.

—¡No, no tengo nada!

—¡Oh! sí... lo adivino... De seguro Clementina te ha dicho alguna palabra dura.

—Te engañas... ¡Vamos!... ¡ahora eres tú la que lloras!... ¡Tú si qué me amas!

Y atrayéndola hacia él permanecieron algún tiempo abrazados.

Pero poniéndose su respiración más corta, más oprimida, separó dulcemente á Susana, llevándose una mano al corazón.

—¡Dios mío!—exclamó Susana, —¡te vuelvo á dar el ataque!

—No, no... no será nada.

El malestar continuaba. Susana le hizo tomar el resto de la poción preparada por el Doctor, á fin de contrarrestar una nueva crisis.

—¡Qué amargo está!—dijo después de haber bebido.—Le he notado el mismo gusto de hace



poco, cuando Clementina me hizo beber un poco.

Algunos minutos después parecía estar más tranquilo.

—¿Te sientes mejor?—le preguntó Susana.

—Sí, pero no sé lo que experimento.

Era una sensación de amargura y disgusto, luego una opresión de la garganta, un calor intolerable en el estómago.

De pronto se incorporó, lanzando un ronco grito.

—¿Qué te pasa, Dios mío!—preguntó Susana aterrada.

Maudhuy no contestó. Sus ojos estaban fijos é inyectados; su voz se entrecortaba; su rostro, enrojecido en las mejillas, se cubría de un sudor viscoso; náuseas acompañadas de un hipo precipitado sacudían su agitado pecho.

—En efecto,—balbuceaba,—¡esto es extraño!...

Después de un corto momento de calma relativa, se reprodujeron los dolores, intensos, implacables; sus facciones se crisparon horriblemente; todo su cuerpo temblaba, atacado por una convulsión violentísima... En fin, después de inauditos esfuerzos, cayó en él lecho como muerto y enteramente perdido el conocimiento.

—¡Socorro!... ¡Socorro!—gritó Susana.

Y corrió á buscar agua y vinagre, con la que le humedeció la sienes y la frente. Esto le hizo volver en sí, pero para continuar sufriendo; una ardiente sed le devoraba, y de pronto su cuerpo y su rostro se empezaron á cubrir de ronchas y manchas moradas.

—¡Se diría que lo han envenenado!—exclamó Susana.

## XIV

Maudhuy repetía maquinalmente... ¡Envenenado! ¡envenenado!

De pronto su mirada buscó el vaso que Clementina le había presentado. Pero Susana lo tenía en la mano examinándolo con atención; en el fondo y en los bordes, observó un polvo blanquecino que el líquido no había disuelto aún.

—¡Y bien!—preguntó Maudhuy, que inclinado fuera del lecho, las facciones lívidas, contraídas, las manos crispadas, no perdía ninguno de sus movimientos.

—¡Sí, sí, es un veneno!—murmuraba la joven sin responder y siguiendo su pensamiento.—¡Pero, quién lo ha puesto aquí?... ¡No

había polvo alguno en la poción preparada por el Doctor delante de mí!... ¡Bien lo he visto!... y después de su partida, sólo yo y Clementina nos hemos acercado aquí!...

Y se detuvo, temblando, temiendo decir más. Pero Maudhuy lo había oído.

—¡Clementina! ¡Clementina!—repetía y hubiérase dicho que procuraba recordar alguna cosa, de sujetar su memoria rebelde.

Luego se incorporó, y agitando las manos en el vacío como para rechazar una visión, un fantasma que le horrorizaba:

—¡Oh, no, no!—dijo.—¡Es imposible! ¡es imposible! ¿Qué mal la he hecho yo? ¡Oh, esta idea... esta idea!...

Susana solo pensaba en socorrer á su hermano.

—¡Aún es tiempo!—¡Un Médico, pronto, un Médico!—gritaba corriendo por la habitación.

Se colgó al cordón de la campanilla que se le quedó en la mano.

—¡No, no!... ¡cállate! ¡no llares!...—decía Maudhuy, —¡te lo suplico... te lo prohibo!

De pronto, como herida de una idea, Susana se detuvo, cerró la puerta que ya tenía abierta, y acercándose azorada,

—¿Por qué me prohibes que llame?—le pre-

guntó.—¿Tienes miedo por alguno? ¿Sospechas de alguien? ¿De quién sospechas?

Pero Maudhuy se había desmayado de nuevo, y se le hubiera creído muerto á no ser por su respiración entrecortada, ligeros estremecimientos y contorsiones nerviosas de la cara.

Dominada por el terror, no atreviéndose á salir á buscar socorro, se esforzaba en tratar de volverle á la vida, y al fin lo consiguió.

Maudhuy abrió los ojos y gruesas lágrimas se escaparon de ellos.

Esta vez estaba estenuado, inerte; frases sin sentido salían de sus labios.

—¡Me aborrece!—repetía—¡me aborrece! ¡Bien lo he notado!...

Luego volviéndose hacia su hermana:

—¡Tengo frío!—murmuró débilmente.

En efecto, sus manos estaban heladas. Susana las calentó entre las suyas, amontonó la manta sobre los pies, y cuando le pareció que sufría menos, inclinándose, le preguntó en voz baja:

—¿De quién sospechas?

—¡De nadie, de nadie!—le contestó asustado de esta pregunta.

—¡Sí, sospechas de una persona! ¿De quién quieres hablar cuando dices: *Me aborrece*? ¿No me respondes?... Nada temas... voy á llamar...



Y trató de separarse de la cama; pero con un supremo esfuerzo, Maudhuy se incorporó en su lecho y la contuvo por el vestido.

—¡Ah!—exclamó Susana—¡ya lo ves!... Es, pues, de ella de quien sospechas, como yo sospecho también... En efecto, ella sola ha entrado aquí, ella sola se acercó á esta mesa, ella sola tenía interés... ¡Oh, infame! ¡infame! ¡No quiero que su crimen quede impune!

Y se soltó de las manos de su hermano. En el momento en que se lanzaba á la puerta del gabinete, una voz infantil preguntó tímidamente:

—¿Qué tienes, tía Susana?

—Sus gritos habían despertado al niño.

—¡Jorge! ¡mi Jorge! —dijo corriendo á él.

Y le tomó en sus brazos para llevarle á otra habitación; pero Maudhuy, conociendo su intención, gritaba con gran esfuerzo:

—No lo lleves... ¡traelo aquí! ¡Quiero verle, quiero abrazarle!

Susana obedeció.

El niño se quedó estupefacto al ver el descompuesto rostro de su padre. Este trataba de comprimir sus sufrimientos.

—Ven aquí querido Jorge mío,—le decía.—¡Es la última vez!... ¡Acuérdate siempre de lo mucho que te he querido! ¡Abrazame!...

—Tú le amas,—dijo á Susana;—estoy tranquilo; velarás por él mejor que su madre. Le hablarás de mí, ¿no es así? de su padre, que le adoraba, que por él hacía tantos proyectos para el porvenir.

Hizo jurar á su hermana por todo lo más sagrado, por la santa é inalterable afección que les había siempre unido, que jamás abandonaría á Jorge, sacrificándose por él, si preciso fuera. Susana prestó aquel solemne juramento.

Pero esto no le tranquilizaba por completo.

¿Qué podría valer en un caso dado la abnegación de su hermana? Era preciso darla un arma contra Clementina. Ya sentía haber hecho borrar todas las huellas del crimen; pero una acusación formal, escrita por su mano, sería lo suficiente; sería una amenaza terrible suspendida sobre la cabeza de la culpable, y de la que Susana podría hacer uso en último extremo.

Se hizo con un papel y una pluma, pero su mano no pudo trazar una sola letra. Su pensamiento empezaba á entorpecerse, á extraviarse; era el principio de la agonía.

Esta fue de corta duración; después de un ligero espasmo lanzó el último suspiro en brazos de su hermana, murmurando el nombre de Jorge.

Dos minutos después toda la casa, despertada por los gritos de Susana, estaba en completa emoción; solo Clementina y Luz, á pesar de sus voces, no habían salido de su cuarto, según hemos dicho.

—¡Miserable mujer!— se decía Susana, —ni aun se atreve á venir á contemplar su obra.

Sin embargo, era preciso disimular y preparar respuesta para todas las preguntas que naturalmente le iban á ser dirigidas.

Aunque algo tarde, Clementina y Luz acudieron; esta última, fingiendo gran desesperación y lanzándose con gritos y lágrimas sobre el cuerpo de Maudhuy; la otra muda de terror y como petrificada.

Susana lanzó una mirada terrible, que al momento reprimió. La pobre jóven no estaba al fin de sus torturas.

Llamaron á un Médico; Susana tuvo que contarle las circunstancias de aquella muerte, y fiel á su juramento, las arregló y explicó de manera que el Médico quedó convencido de que Maudhuy había fallecido á consecuencia de la enfermedad que hacia tiempo padecía.

Por un momento estuvo á pique de descubrirse por causa de Jorge: el niño no se había dormido; gritaba y llamaba desafortadamente.

Un criado le abrió la puerta y salió llorando

amargamente. Al verle su madre le tendió sus brazos, pero Susana fue más activa.

—¡No, tu madre soy yo desde ahora!— gritó cogiéndole en sus brazos.

Y se le llevó corriendo, como si tratase de robárselo á su verdadera madre.

## XV

No se vió en aquella acción más que un arrebato de dolor irreflexivo.

En cuanto á la muerte de Maudhuy, estaba prevista desde hacia tiempo como resultado inevitable de su enfermedad, para que á nadie sorprendiese; el mismo Médico no notó ciertas indicaciones sospechosas que en cualquier otra circunstancia no hubiera dejado de llamarle la atención.

Por otra parte, se vió obligado á prestar sus cuidados á Susana que, al llegar á su cuarto, fué acometida de un fuerte ataque de nervios, seguido de una violenta fiebre. La exaltación de la joven era extrema; se cambió en verdadero delirio á la vista de Clementina, que se presentó á saben cómo estaba, y que tuvieron que alejar de allí.



Dos minutos después toda la casa, despertada por los gritos de Susana, estaba en completa emoción; solo Clementina y Luz, á pesar de sus voces, no habían salido de su cuarto, según hemos dicho.

—¡Miserable mujer!— se decía Susana, —ni aun se atreve á venir á contemplar su obra.

Sin embargo, era preciso disimular y preparar respuesta para todas las preguntas que naturalmente le iban á ser dirigidas.

Aunque algo tarde, Clementina y Luz acudieron; esta última, fingiendo gran desesperación y lanzándose con gritos y lágrimas sobre el cuerpo de Maudhuy; la otra muda de terror y como petrificada.

Susana lanzó una mirada terrible, que al momento reprimió. La pobre jóven no estaba al fin de sus torturas.

Llamaron á un Médico; Susana tuvo que contarle las circunstancias de aquella muerte, y fiel á su juramento, las arregló y explicó de manera que el Médico quedó convencido de que Maudhuy había fallecido á consecuencia de la enfermedad que hacia tiempo padecía.

Por un momento estuvo á pique de descubrirse por causa de Jorge: el niño no se había dormido; gritaba y llamaba desafortadamente.

Un criado le abrió la puerta y salió llorando

amargamente. Al verle su madre le tendió sus brazos, pero Susana fue más activa.

—¡No, tu madre soy yo desde ahora!— gritó cogiéndole en sus brazos.

Y se le llevó corriendo, como si tratase de robárselo á su verdadera madre.

## XV

No se vió en aquella acción más que un arrebato de dolor irreflexivo.

En cuanto á la muerte de Maudhuy, estaba prevista desde hacia tiempo como resultado inevitable de su enfermedad, para que á nadie sorprendiese; el mismo Médico no notó ciertas indicaciones sospechosas que en cualquier otra circunstancia no hubiera dejado de llamarle la atención.

Por otra parte, se vió obligado á prestar sus cuidados á Susana que, al llegar á su cuarto, fué acometida de un fuerte ataque de nervios, seguido de una violenta fiebre. La exaltación de la joven era extrema; se cambió en verdadero delirio á la vista de Clementina, que se presentó á saben cómo estaba, y que tuvieron que alejar de allí.

El Médico temía un ataque cerebral.

Sin embargo, tuvo lugar la reacción; abundantes lágrimas brotaron de los ojos de la enferma, que la fueron de gran alivio; pasó una noche bastante calmada, en compañía de Jorge, cuyas caricias la tranquilizaban y de quien no quiso separarse ni un solo instante.

También, para evitar al niño el lúgubre espectáculo del entierro de su padre, consintió, cediendo á las súplicas de Charens y del Médico, en encerrar e con él en Villanueva, mientras era conducido á París el cuerpo del desgraciado Maudhuy.

El entierro tuvo lugar el 3 de septiembre, con una gran comitiva; el difunto era muy apreciado de todo el mundo.

Aprovechándose de sus privilegios de viuda, Clementina no asistió á la fúnebre ceremonia. Pero los amigos íntimos que llegaron hasta ella pudieron notar su aspecto digno y sencillo, sin ostentación de sentimientos exagerados, de hipócritas lágrimas: el estupor causado por una muerte tan repentina reemplazaba ostensiblemente las manifestaciones de un dolor que ella no podía experimentar.

La actitud de Luz era muy diferente. Desde el momento en que se había arrojado como loca sobre el cuerpo de Maudhuy, no había cesado

de gemir y de llorar; ¡eran lamentos sin fin sobre la desgracia de su pobre Nini!

—¡Qué desgraciada es la pobrecilla! ¡Qué digna de compasión!—exclamaba, alzando al aire sus delgados brazos.

—Vamos á ver—le dijo Clementina cuando se quedaron solas;—¿á qué vienen esas demostraciones? No veo su utilidad.

—Es preciso hacer algo por el mundo—dijo.

Pero temiendo haberse envilecido demasiado á los ojos de su sobrina, añadió:

—Mi sentimiento es más sincero de lo que tú te crees; ¡tengo, así, como remordimientos!

—¿Remordimientos?

—Si. ¿Recuerdas cuando eché las cartas?

—¿Vas á imaginar que eso ha podido tener alguna influencia?

—No lo afirmaría; pero todo ha sucedido como yo te lo había anunciado.

Clementina se encogió de hombros.

—Sea lo que quiera, —añadió Luz en voz baja inclinándose hacia su sobrina, — ¡ya estás libre!

—¡Cállate!—dijo esta, que desde hacía dos días había tenido fija en su mente aquella idea.

Cuando las dos mujeres se hallaron con Luis de Charens, á su vuelta del entierro, Luz, que había vuelto á tomar su aire desolado, cogió enternecida la mano del joven:



—¡Ah! ¡mi buen señor de Charens, qué pérdida acabamos de sufrir!— exclamó.

—Es verdad,—dijo sencillamente Luis—Jamás olvidaré por mi parte, las bondades de Maudhuy; ¡le debo todo lo que soy!

Y al decir esto, sus párpados se humedecieron, y aquella lágrima escapada á un dolor virilmente soportado, era más conmovedora que todas las exclamaciones hipócritas y fingidas de la vieja jorobada.

Luz, entonces, empezó á hacer un gran elogio del difunto, apoyándola Clementina, aunque con bastante frialdad; pero no tardó Luis en interrumpir aquel concierto de alabanzas.

—Sin duda,—dijo,—todos hemos sabido apreciar, y guardaremos de él un eterno recuerdo... Pero hay una persona que le era particularmente querida, y cuyo estado en este momento me inspira serias inquietudes.

Clementina, á estas palabras, se estremeció bruscamente.

—¡Oh! ¡sí, su hermana!—dijo, Luz;—en efecto, esa pobre Susana ha recibido un golpe cruel.

—Deseo ardientemente saber cómo se halla y os pido permiso para retirarme.

—Nosotras también estamos muy inquietas,—dijo Luz,—y si queréis os acompañaremos.

—Antes hay que dar una vuelta por las oficinas, y luego, si os parece, iremos á verla.

Apenas salió, Clementina declaró que no iría á Villanueva.

—¿Prefieres, pues,—dijo Luz,—dejarle el campo libre? A la verdad que ya no te conozco. Si como tú crees, Susana es para ti una rival temible, ¿piensas vencerla con tus torpezas?

Y con aquella malicia que le era propia, y que con tanto desprendimiento ponía á disposición de su sobrina, se puso á explicarle la conducta que debía observar.

*Primero era preciso poner buena cara á Susana, observándola, denigrarla poco á poco en el espíritu de Luis, sonreír á éste y provocar comparaciones que no podían menos de ser favorables á Clementina.*

*Si por casualidad el señor de Charens se obstinaba en su ridícula adhesión, convendría separar á los dos tiernos enamorados.*

—¿Olvidas,—continuó, estrechando la mano de su sobrina,—que eres la viuda de Maudhuy, que tendrás que liquidar intereses comunes con su socio, que ambos vais á vivir en la misma casa? ¡Cuántas ocasiones se te presentan de verte á solas con él, de coquetear, de fascinarle, de seducirle! ¡Oh! si yo estuviera en

tu lugar, antes de un mes lo vería á mis piés, pidiéndome perdón de haberse desdeñado tanto.

Eran más que suficientes aquellas razones para decidir á Clementina. Un cuarto de hora después partían los tres para Villanueva.

Aunque el Médico hubiese declarado que no había que temer un accidente, el día había sido muy malo para Susana, la fiebre se había agravado, y se vió obligada á guardar cama durante algunas horas; luego quiso levantarse, á pesar de su estado de agitación. Extendida en una otomana, hablaba y jugaba con Jorge, tratando de engañar su común tristeza.

Sonrió, agradecida, á Charens y á Luz; pero al ver á Clementina, que estaba detrás de éstos, se renovó en ella la misma impresión de horror que había experimentado los anteriores días; su mirada se extravió y apenas podía respirar.

—¿Qué tenéis, mi querida Susana?— preguntó Luis.

—Nada— respondió; pero todo su cuerpo temblaba, y sus miradas se fijaban ansiosamente en su cuñada, como bajo el imperio de una dolorosa fascinación.

—¿Ah! ¿soy yo la que te da miedo?— preguntó Clementina.

—¿Miedo?... ¡oh! ¡sí!— balbuceó la joven.—

¿A qué habéis venido?... ¿Qué queréis?...

Clementina frunció las cejas.

—¿Y es á mí á quien dices eso? ¿Qué es lo que te pasa?— dijo.

Pero Susana no la escuchaba, y respondiendo á su propio pensamiento, añadió:

—Sí... lo sé... lo comprendo... ¡Venis aquí para llevároslo!... ¡Queréis arrebatarme á mi Jorge!... ¡Pero no lo conseguiréis!... ¡No; le defenderé hasta la muerte! ¿No es verdad, Jorge, que no te separarás de mí?— añadió estrechándole contra su seno.

—¡No, no, tía Susana!— dijo el niño.

Charens cambió una mirada con Luz y ambos creyeron de su deber tranquilizar á la enferma.

—No tengáis cuidado, querida Susana,— dijo Luis;— nadie piensa en separaros de Jorge.

—¿Es cierto? ¿me lo prometéis?... ¡Oh! os creo, sois bueno y me ayudaréis á defenderle, á protegerle.

Clementina, á una señal suplicante de Charens, se alejó, irritada é inquieta á la vez de la extraña repulsión que ella excitaba.

Susana, entonces, como si se viera libre de dolorosa opresión, se fue calmando poco á poco.

Sin embargo, sintió nuevo estremecimiento y rompió en amargo llanto, cuando supo que su cuñada pensaba quedarse en Villanueva, y que le sería preciso vivir bajo el mismo techo que ella.



## XVI

A pesar de todas estas emociones, la juventud y la naturaleza vencieron la afección física de Susana. Al cabo de algunos días desapareció todo peligro. Susana, á pesar de irse reponiendo, se hallaba siempre mortalmente triste, y siempre bajo el golpe de la antipatía que le inspiraba Clementina.

Para evitar su vista, se encerraba en su cuarto con Jorge, de quien no quería separarse ni un solo instante; parecía que su amor por este niño se hubiera acrecentado con toda la afección que había tenido á su padre; no permitía que nadie le cuidase ni se ocupase de él; era ella quien preparaba sus comidas y las hacía tomar.

Estas singularidades solo podían explicarse por su estado enfermizo, por su profundo trastorno nervioso resultante de la muerte de Maudhuy. Sin embargo, Luz, después de haber reflexionado en ello, creyó descubrirle otra causa. ¿Qué podía, en efecto, producir aquella aversión particular contra Clementina, más que la sospecha de que su cuñada amaba á Luis y era su rival?

—Si, —dijo un día á su sobrina;— no puede ser más que esto; es el instinto de los celos lo que la anima contra tí.

—¡El instinto de los celos! Te engañas. Jamás me he descubierto delante de ella, y Clarens es incapaz de haberle dicho...

—Lo habrá adivinado...

—Entonces no guardaré ya reserva alguna.

En efecto, desde aquel día, y á pesar de las advertencias de su tía, devolvió á Susana sus desdenes y sus desprecios.

Así pasaron quince días. Luis, obligado por sus asuntos á ir todas las mañanas á Paris, se hallaba sorprendido, á su regreso por la noche, de no poder hablar un solo instante con Susana, sin que Luz, siempre al acecho, no se entrometiese en su conversación; luego creyó notar también en la joven alguna frialdad para con él.

Un día que logró burlar la vigilancia de la anciana, se quejó de ello á Susana.

—¿Qué os he hecho?—dijo;—¿en qué he podido desagradaros? Se diría que estáis ofendida conmigo.

—¡Yo, ofendida con vos!—exclamó Susana con esa febril animación que la dominaba desde la muerte de su hermano:—¡Dios mío, no tal!... ¿Qué puedo reprocharos? ¡Vos de nada sois culpable!

—¿Es decir, que siempre me amáis?—preguntó Luis regocijado.

—Sí, y no tengo confianza más que en vos; sois el único con quien cuento para resistir á las duras pruebas que tendré que sufrir.

Y lágrimas abrasadoras brotaban de sus ojos.

—¡Lloráis!—exclamó de Charens casi tan conmovido como ella;—¡calmáos, os lo ruego!... Sí; podéis contar conmigo... Mi vida entera os pertenece.

Quiso hablarla de su amor, recordarla las dulces promesas cambiadas entre ellos y ratificadas por Maudhuy; pero ella le interrumpió.

—Dejemos eso, os lo ruego. Ha sido un sueño que no puede realizarse.

—Hoy ro; pero más adelante...

—¡No, jamás!—repuso ella con acento suplicante,—¡entre nuestros proyectos y nosotros hay una tumba!

—Pero el que en ella está encerrado aprobaba nuestro amor.

—¡Qué importa! ¡Estáis seguro que lo aprobaría hoy? ¡Creéis que su muerte no ha cambiado nuestra condición imponiéndonos nuevos deberes?

Y le habló de la abnegación absoluta que debía consagrar á Jorge, del juramento que ha-

bía hecho á su hermano moribundo y que nada podría impedirle de cumplir.

Mas como Luis la hiciese observar que el niño tenía aún á su madre:

—¡No!—dijo ella;—no tiene más que á mí, ¡es huérfano!

Pero como á estas palabras, Luis alzase la cabeza sorprendido, temió haber ido demasiado lejos y haber dejado traslucir la terrible acusación, que debía tener secreta, por lo que añadió:

—¡No es ella quien, á tanto amor, sólo ha contestado con el desdén? ¿No es ella quien, por un suplicio constante, ha agravado la enfermedad que le arrebató á nuestro cariño?... ¡Oh, sí, sí! ¡Es ella quien lo ha asesinado!... ¡Y verme yo condenada á vivir á su lado, bajo su dependencia!... ¡Ah! ¡No ha esperado mucho tiempo para insolentarse conmigo y amenazarme! ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Cómo podré resistir!...

Y se dejó caer en una silla, sollozando desesperadamente.

Luis trató de reanimarla afirmándola que sus temores eran exagerados, y que en todo caso contase con su apoyo.

Al mismo tiempo pensaba separar á las dos cuñadas, cuya recíproca antipatía le era más conocida que á nadie, y para las que la vida común debía ser un continuo padecimiento.



Sin haberse fijado en nada, pero seguro de acertar, prometió á Susana librarla pronto de la presencia de aquella que miraba como á enemiga. Susana se lo agradeció con efusión.

—¡Oh, que bueno soís!—le dijo.—Si, haced eso, y jamás tendré bastante reconocimiento por semejante servicio.

Y pasó á explicarle la vida como ella la comprendía ahora, vida de aislamiento y austeridad, en un retiro separado, lejos del mundo y de todos, sola con Jorge, de cuya educación se encargaría, y cuyo porvenir sería el suyo.

Luis se alejó penosamente impresionado.

Una hora después, fiel á su promesa, solicitó hablar á Clementina.

Todos los rencores de la joven viuda se desvanecieron al solo anuncio de aquella visita. Por fin era él el que daba los primeros pasos. ¿Qué la quería?

—Hizo salir á Luz precipitadamente, y esperó, llena de emoción y ansiedad.

¡Ay! Sólo habló de prosáicos negocios. La recordó que tenían que arreglar intereses comunes, que la muerte de Maudhay y la menor edad de su hijo les obligaban á cumplir ciertas formalidades prescritas por la ley.

—Pero ¿no os había encargado yo de todo eso, y no habíais consentido en ello?

—Sin duda y haré todo lo que de mí dependa para evitaros incomodidad; pero todas esas formalidades deben cumplirse en París, en vuestra presencia y con vuestra firma.

—Pues bien, estoy pronta á ir á París, y hasta á residir allí, si lo creéis necesario.

—Precisamente iba á indicároslo; pero temía...

—¿Qué? ¿contrariarme? ¡Oh! no tal, os lo aseguró. Me aburro horriblemente en esta quinta y deseo salir de ella... desde esta tarde, si queréis.

Aquel paso dado por Luis la colmó de alegría: supuso que aquellas formalidades de justicia, aquellos asuntos que había que arreglar, sólo eran un pretexto imaginado por él para vivir juntos, para reanudar antiguas relaciones.

—¡Oh, si fuese verdad!—exclamó arrojándose en brazos de su tía un instante después que se hubo alejado Luis.

Pero ¿qué parte tendría Susana en aquel arreglo? ¿Iría también á París ó se quedaría en Villanueva? Esta duda inquietaba vivamente á Clementina; la jorobada se encargó de desvanecerla.

Fue á ver á Susana y se hizo explicar sus intenciones.

En cuanto las conoció, volvió al lado de su sobrina para participárselas.

—¿Con que quiere quedarse aquí?—dijo Clementina.

—Sí, tal es su deseo.

—¿Por cuánto tiempo?

—¡Siempre, toda su vida!

—¡Ah!—dijo la viuda alegremente.

Pero una nueva inquietud surgió en su espíritu.

—Sea—dijo—se quedará aquí; pero puede recibir visitas y...

—No, se propone no recibir ninguna, y al manifestarlo así, miraba á Luis, que se hallaba presente, como para indicarle que aquella prohibición se refería particularmente á él; Charens lo comprendió así, y bajó la cabeza con aire resignado.

—¡Bien!—repuso Clementina—solo me sorprende que tenga el valor de quedarse sola aquí, en esta casa.

—¡Oh! su idea no es quedarse sola.

—¿Qué quieres decir?

—Espera que se le deje á Jorge.

—¿A mi hijo? ¡Eso no!

—¡Por qué? ¡no sabrá cuidarlo?

—Eso sí, porque lo adora; pero yo soy su madre y...

—Pues justamente porque eres su madre; por eso debes preferir que viva en el campo, al aire libre, más bien que en París, en una habitación estrecha y cerrada. El niño no es muy fuerte; necesita movimiento, ejercicio, sol. No te aconsejaría que lo confiases á una extraña; pero sí á su tía que tanto le ama...

Además, elige lo que te parezca; ó bien dejar durante algún tiempo á Jorge con Susana, ó llevarlo contigo á París; pero en este caso, tu cuñada, atraída y dominada por su sobrino, lo acompañará y...

A la mañana siguiente Clementina tomaba el tren de Paris con su tía y Luis de Charens.

## XVII

No era un vano pretexto el que Charens había imaginado. Estaba cierto de que la presencia de la vinda de Maudhuy era indispensable en París; era preciso nombrar tutor al menor y formar inventario de los bienes quedados al fallecimiento de aquel.

Y además, ¿cómo se arreglaría la casa comercial? ¿Continuaría Luis como socio, ó bien ad-



quiritría la parte de la viuda abonando su importe? ¿Harían definitiva liquidación?

Por de pronto ella no quiso entrar en el exámen de estas cuestiones; se confiaba plenamente en Charens; lo que él decidiera estaba bien hecho. Pero Luis no aceptó un medio de solución tan cómodo y, hasta cierto punto, de poca responsabilidad para él; quiso que ella se hiciese cargo del estado de la casa, y que no se decidiera á nada sin perfecto conocimiento de causa.

Entonces ella se sometió, y atenta á sus explicaciones, siguiendo ávidamente su palabra y su mirada, parecía comprender; luego se engañaba, se manifestaba torpe, se hacía repetir la aclaración de una duda, y todo esto con una gentileza de joven colegiala, con una gracia adorable de que era imposible que él no se sintiese impresionado.

Pronto se sintió fatigada y le rogó aplazase para otro día el fin de sus explicaciones. Al mismo tiempo insistió para que se quedase á comer con ella, lo cual tuvo que aceptar.

Al verle en la mesa, frente á ella, en el puesto que anteriormente ocupaba Maudhuy, comprendió todo el alcance de aquella frase que Luz había murmurado á su oído: *¡Ya eres libre!*

¡Sí! ahora se pertenecía á sí propia; no estaba ligada á aquel marido que le había robado

sus más bellos años, que la había marchitado con su ternura. En vez de aquel espectro, veía el semblante radiante del hombre amado, de aquel que había desconocido en un momento de error, pero que la perdonaría... así lo sentía, estaba segura de ello.

Satisfecha con esta deliciosa persuasión, se mostró lo que no había sido desde hacía seis años, dulcemente festiva, sonriente, llena de encanto y seducción.

Imposible era no hablar de Maudhuy, pero lo hizo sin marcada repugnancia, con triste y dulce gravedad; reconoció sus excelentes cualidades, su inalterable bondad; hasta llegó á reprocharse no haber sido para él lo que debiera haber sido, y de haberle disgustado y hecho padecer muchas veces.

—Pero, ¿acaso tenía yo la culpa?...

Desde el día siguiente se puso á preparar sus medios de ataque.

Por el pronto se ocupó en hacer desaparecer de la habitación todos los objetos que despertaban mas directamente el recuerdo del difunto.

Los muebles fueron dispuestos en mejor orden, y algunos de ellos reemplazados por otros nuevos y de más moda: compró nuevas y elegantes colgaduras.

Luego llegó la importante cuestión de tocador. Su viudez la autorizaba para renovar sus trajes; no dejó de hacerlo así; felizmente para ella, el negro hacía resaltar la blancura mate de su piel y el brillo de su mirada.

—¡Qué bien te sienta el luto!—decía ingenuamente Luz al verla ensayar sus coqueterías delante de un espejo.

Luis no pareció notar todos aquellos gastos hechos á su intención. Sólo se presentaba cuando era necesario, para hablarla de negocios, de cuentas, de números, pero conservando siempre una impenetrable reserva.

Varias veces Clementina le consultó sobre los cambios que meditaba, y él daba su opinión francamente y en pocas palabras. Siempre tenía algún trabajo urgente que le impedía admitir sus invitaciones; así es que ella se llegó á cansar de hacérselas inútilmente.

Por otra parte, su vida, que ella explicaba en sus menores detalles, era sumamente sencilla; habitaba dos pequeñas piezas en las oficinas, se hacía llevar de fuera sus comidas y no salía más que cuando los negocios de la casa la obligaban á hacerlo. Esto podía prolongarse indefinidamente.

Al cabo de un mes, Clementina comprendió la inutilidad de sus tentativas. Entonces se

dejó dominar por un sombrío desaliento. Los consuelos de Luz la exasperaban.

Pronto hizo recaer sobre la vieja todo su mal humor; era un testigo irritante de sus humillaciones; además, ¿quién podría responder de que los desdenes de Luis no se produjesen por la presencia de aquella deforme y ridícula parienta?

Luz sufría aquellos arranques de tan mal genio, como un pobre perro los malos tratamientos de su amo. Una sola vez protestó dolorosamente.

—¡Ingrata!—le dijo, —jamás sabrás lo que he hecho por tí después que estoy aquí.

Estas palabras, y la mirada que las acompañaba, eran toda una confesión; pero Clementina no lo notó. Continuó abrumándola con sus reproches, hasta un día en que, á consecuencia de una carta de Clamecy, en la que Baumet se quejaba de la prolongada ausencia de Luz, tuvo lugar la separación de tía y sobrina.

—Sí, puede ser que así sea mejor,—dijo la solterona;—te fastidio, soy un espantajo... pero tú triunfarás. Luis te ama, no se me oculta; un resto de temor y de cortedad es lo que le detiene... Pero suceda lo que quiera, acuérdate de la vieja Tatá... que te ama, que sólo vive por tí... ¿Qué haría yo en el mundo sin mi Nini?



Clementina enternecida por aquella infinita ternura, cayó en brazos de su tía, y se separaron llorando.

¡La joven viuda no ganó nada con su partida, al contrario, Luz era una intermediaria entre ella y Luis, pues todas sus entrevistas habían sido facilitadas por su ingeniosa complacencia! Hoy... ya nada; alguna que otra visita de negocios de tarde en tarde, algunas palabras cambiadas con glacial cortesía.

—¡Ah!... ¡Piensa siempre en ella! ¡Cuánto le ama!— repetía Clementina desesperada.

Y arrebatada por su imaginación, creyó ver en aquella separación, que ella misma había provocado, un medio concertado entre ambos para reunirse más libremente.

—¡Sí, eso es!— se decía;— Luis va secretamente á Villanueva... ¡y se rien de mí!

Y vigiló más cuidadosamente los pasos de Luis, llegando al extremo de tener espías pagados. Pero nada descubrió, y sólo adquirió la prueba de que desde su regreso á París ni un solo día se había ausentado.

Era el principio de noviembre; se hacían sentir los primeros fríos.

—¿Qué hará mi cuñada en el campo, en un tiempo tan malo, sola allí con el niño?— se preguntó Clementina exasperada.

Entonces se sintió acometida de una profunda inquietud maternal; se reprochó de haber dejado á Jorge en manos de aquella joven extraña, que le enseñaría á detestarla. ¡Era su hijo, en fin, y quería volver á verle!

También sabía que quitando el niño á Susana, hería á ésta en el corazón.

Una mañana partió para Villanueva.

La quinta, tan encantadora algunos meses antes, estaba ahora triste con sus céspedes amarillentos y sus árboles despojados.

El niño, aprovechándose de un rato de sol, jugaba en el terrado al cuidado de una doncella. Se detuvo sorprendido al ver á su madre, que se regocijó al verlo tan sano y tan robusto.

—¡Oh, querido Jorge!— exclamó precipitándose hacia él y abrazándole.

Pero se detuvo en sus caricias al ver á Susana que la miraba, pálida de sorpresa y emoción.

—Y bien, ¿qué?— dijo Clementina;— ¿te sorprende que yo haya querido verle? ¿Contabas con acapararle para tí sola y privarme de él á mí, á su madre? ¡Ah! no, no. ¡No lo he entendido yo así!

—¿Puedes quejarte del modo con que ha sido cuidado y atendido?

—No, pero su puesto está á mi lado, y esta misma tarde lo llevo á París.

Y volviéndose á la doncella,

—Irene—la dijo,—id á preparar los efectos del niño, y hacedlos llevar á la estación.

—¿Estás decidida á ello?—preguntó Susana.

—¿Cómo que si estoy decidida?

—¡Basta!... Irene,—repuso Susana con voz firme,—cuando preparéis el equipaje del niño, venid á mi cuarto á ayudarme á arreglar el mío.

Clementina se estremeció.

—¿Cómo!... ¿Partes tú también?—dijo.

—¡Claro! ¿Qué quieres que haga aquí?

—Lo que has hecho hasta ahora.

—Sí, pero estaba con Jorge; desde el momento en que me lo quitas...

—¿Y vienes á París?

—A París ó á cualquiera otra parte, poco importa; á donde quiera que le lleves, allí iré yo: he jurado á su padre moribundo no separarme de él, y cumpliré mi juramento.

—¿Y si me fuese imposible recibirte en mi casa?

—¡En la casa de mi hermano! No me extrañaría. Pero entonces ya sé lo que tenía que hacer.

—¡Ah!... ¿qué es lo que harías?

—Ya lo verás.

Clementina tuvo un momento de horrible incertidumbre; luego repuso:

—¡Te complacerías en calumniarme, en hacerte la víctima, haciéndome pasar por una ingrata y vil criatura!... Pues no; no te daré ese gusto. Ya que quieres venir á París, ven; serás recibida en la *casa de tu hermano*, como tú dices, y la mitad de su fortuna estará á tu disposición.

—No necesito tanto—dijo Susana.

Y se retiró á su cuarto á hacer sus preparativos.

Al anoecer, las dos cuñadas y el niño se apearon de un coche en la calle de Enghien.

## XVIII

Susana y su sobrino volvieron á ocupar las dos piezas que habían ocupado antes de la muerte de Maudhuy. Excepto la presencia de éste, parecía que la existencia debía ser para ellos la de otro tiempo. Susana estaba resuelta á todas las sumisiones con tal de que no se la separase de su querido Jorge; y Clementina,



—No, pero su puesto está á mi lado, y esta misma tarde lo llevo á París.

Y volviéndose á la doncella,

—Irene—la dijo,—id á preparar los efectos del niño, y hacedlos llevar á la estación.

—¿Estás decidida á ello?—preguntó Susana.

—¿Cómo que si estoy decidida?

—¡Basta!... Irene,—repuso Susana con voz firme,—cuando preparéis el equipaje del niño, venid á mi cuarto á ayudarme á arreglar el mío.

Clementina se estremeció.

—¿Cómo!... ¿Partes tú también?—dijo.

—¡Claro! ¿Qué quieres que haga aquí?

—Lo que has hecho hasta ahora.

—Sí, pero estaba con Jorge; desde el momento en que me lo quitas...

—¿Y vienes á París?

—A París ó á cualquiera otra parte, poco importa; á donde quiera que le lleves, allí iré yo: he jurado á su padre moribundo no separarme de él, y cumpliré mi juramento.

—¿Y si me fuese imposible recibirte en mi casa?

—¡En la casa de mi hermano! No me extrañaría. Pero entonces ya sé lo que tenía que hacer.

—¡Ah!... ¿qué es lo que harías?

—Ya lo verás.

Clementina tuvo un momento de horrible incertidumbre; luego repuso:

—¡Te complacerías en calumniarme, en hacerte la víctima, haciéndome pasar por una ingrata y vil criatura!... Pues no; no te daré ese gusto. Ya que quieres venir á París, ven; serás recibida en la *casa de tu hermano*, como tú dices, y la mitad de su fortuna estará á tu disposición.

—No necesito tanto—dijo Susana.

Y se retiró á su cuarto á hacer sus preparativos.

Al anochecer, las dos cuñadas y el niño se apearon de un coche en la calle de Enghien.

## XVIII

Susana y su sobrino volvieron á ocupar las dos piezas que habían ocupado antes de la muerte de Maudhuy. Excepto la presencia de éste, parecía que la existencia debía ser para ellos la de otro tiempo. Susana estaba resuelta á todas las sumisiones con tal de que no se la separase de su querido Jorge; y Clementina,

por su parte, se había prometido, por orgullo, no ceder á sus arrebatos de celos; pero la presencia de Luis no tardó en echar por tierra todas sus combinaciones.

En cuanto supo la llegada de Susana, corrió á verla, á informarse con interés de todo lo que la concernía, y habló con ella largo tiempo, sonriente, feliz. ¡Qué diferencia de aquellas frías y cortas entrevistas que tenía con Clementina!... Esta, que se hallaba presente, vió aquella transformación con la muerte en el alma, y sin embargo, con la sonrisa en los labios.

Los días siguientes nuevas visitas. Luis iba á hablar de *negocios* á Clementina.

—¡Cuánto trabajo os dáis por mí!—le dijo un día.

—¡No hago más que mi deber!—respondió, sin notar la ironía de aquellas palabras.

Si estuviera sólo con Clementina, la conversación pronto habría terminado; pero en presencia de Susana se prolongaba y se hacía cada vez más íntima. Además, tenía para la joven las mayores atenciones, que Susana le agradecía.

—¡Se aman!—exclamaba Clementina rabiosa.—¡Se aman... y á mi vista!

La calma que trataba de imponerse no po-

día resistir mucho tiempo ante aquella tortura de todos los días. Entonces se desahogó en arrebatos contra su cuñada, disputas con cualquier pretexto, mortificaciones de toda especie, hasta reprocharla la hospitalidad que ella le daba.

Susana no veía en estas atroces escenas más que la consecuencia de un largo resentimiento contra Maudhuy, y el extravío de su deplorable carácter. Las aguantaba casi sin decir palabra y bajando la cabeza.

Después de todo, ¿qué le importaba si Jorge no padecía? Disipada la tormenta, se encerraba con su niño, y una caricia de éste hacia que todo lo olvidase.

Pero Clementina, irritada por aquella sangre fría, no tardó en descubrir el lado vulnerable. Un día que Susana debía salir con el niño, hizo que se lo llevaran y declaró que quería tenerlo á su lado.

Susana comprendió el alcance de aquella indiscreta ingresión; en lugar de doblegarse se rebeló.

—¿Por qué no quieres que salga el niño?—preguntó.

—Porque no quiero. ¿No soy libre para gobernarle á mi gusto? ¿No soy su madre?

Susana guardó silencio un momento.



—Escucha, Clementina—dijo al fin con una firmeza que no se esperaba en ella;—en tanto que sólo se ha tratado de mí, he sufrido pacientemente, y estoy pronta á sufrir todavía; pero, si para herirme á mí, haces padecer al niño lo más mínimo, guárdate!

Era la segunda vez que Susana amenazaba de aquel modo. Clementina aceptó el desafío. Pero la joven, interiormente asustada por las consecuencias de semejante lucha, se apresuró á añadir con acento más dulce:

—No es una amenaza, sino una súplica la que te dirijo. El niño no debe sufrir por nuestras disputas. Hasta aquí me lo has dejado; no has tenido que arrepentirte por ello; ¿por qué las cosas no han de seguir lo mismo?

Clementina, secretamente lisonjeada de aquella sumisión, no juzgó apropiado proseguir una cuestión que ella tenía facultad para renovarla siempre que quisiera.

—Está bien—dijo con aire sombrío;—llévate al niño.

Susana se apresuró á salir con Jorge.

¿Pero de dónde procedían aquella seguridad y aquella firmeza? Evidentemente de la certidumbre de que Luis la sostendría en caso de necesidad. Porque ellos no debían contentarse con aquellas entrevistas en presencia de un

tercero; debían verse en secreto, y Susana no habría dejado de contarle, exagerándolas, las dificultades con su cuñada, y él la habría prometido su apoyo y una abnegación absoluta.

No tuvo ya otro pensamiento que el de sorprenderlos en una de sus citas.

Unos quince días transcurrieron sin que pudiese descubrir nada.

Pero un día que, después de una fingida salida, entró súbitamente, supo por un criado que Luis había venido, y que, á sus instancias, Susana consintió en recibirle: ambos se hallaban en el salón.

Sin vacilar, se dirigió bruscamente hacia el salón y entró.

Esperaba triunfar, gozar con su confusión y de sus explicaciones estudiadas; pero fue apenas, pues Susana manifestó alguna sorpresa de esta repentina irrupción; en cuanto á Luis, se levantó friamente y saludó.

—¡Ah! ¿sois vos, señor Charens?—dijo con cierta ironía;—siento mucho haber salido; ¿tenéis que hablarme de *negocios*?

—¡Oh! No, señora,—respondió;—quería tan solo hablar á Susana.

—¡Ah! ¿con Susana?... Entonces, perdonadme el haberos interrumpido; os dejo, pues. Y aparentó retirarse.

—Es inútil, señora, —dijo Luis;— ya he dicho á la señorita Susana lo que tenía que decir, y estaba despidiéndome cuando habéis entrado.

De nuevo saludó; luego dirigiéndose á Susana, antes de salir:

—¡No olvidéis lo que os he dicho!—le dijo.

Clementina aparentó no comprender, y le acompañó hasta la puerta con su más amable sonrisa; pero en seguida volvió precipitadamente hacia Susana, poniéndosela enfrente con los brazos cruzados y los ojos lanzando fuego:

—¿Creéis que esto puede durar?—la dijo;— ¿qué voy á consentir en estas citas, á mi vista?

—Aquí no hay cita ninguna; Clarens ha venido y se ha empeñado en verme.

—Y tú has consentido. Has escogido el momento en que yo acabo de salir, y os encuentro aquí, solos, encerrados. ¡Muy urgente y misterioso sería lo que tenáis que deciros! ¡Tendría curiosidad en saberlo! Pero, ¡respóndeme!

—Nada tengo que responder. Estás furiosa...

—¿Yo? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡A! contrario! Estoy encantada de lo que pasa... Pero ya lo adivino: habéis hablado de mí: ¡tú le habrás dicho que te aborrezco, que te persigo, que eres

una pobre víctima!... Has invocado su apoyo y él te lo ha prometido. *No olvidéis lo que os he dicho...* ¡Y luego habéis hablado de vuestro amor, de vuestros esponsales!... ¡Porque sois casi esposos!... Fue un idilio en cantador... bruscamente interrumpido; ¡pero que ya es tiempo de reanudar!... ¿No es esa vuestra opinión?

—Y aun cuando lo fuese, ¿qué tienes que ver tú?

—¡Ya lo creo! ¡Sería para mí el colmo de la alegría!... Pero hablemos seriamente; supongo que no te imaginarás que voy á cederte la plaza tan fácilmente.

—¡Cómo!... ¡cederme la plaza!

—¡Sí, hazte la tonta!... ¿No comprendes lo que quiero decir?

—¡No! ¿Cómo quieres que comprenda?

—¡No ves que yo también... le amo!... Le amo, ¿lo entiendes?... ¡Y piensas disputarle... luchar contra mí!...

—¡Que le amas!—baluceó Susana, que quedó como petrificada con aquella revelación.

—¡Ah! ¡te sorprende!—continuó Clementina;— ¿no suponías que antes de enamorarse de tí, podía ya estar prometido á otra? Pues bien, eso ha sucedido... A mí también me ha jurado un amor eterno; entonces era sincero, y diga



lo que quiera me ama aún, lo conozco, estoy segura de ello; esas cosas jamás se olvidan! Solo la calumnia ha podido separarnos; desgraciadamente, cuando se disipó, yo no me pertenecía... Pero ahora ya soy libre.

Susana se levantó á estas palabras; toda la conducta de Clementina acababa de brillar á su vista con una siniestra claridad.

—¡Que eres libre!—exclamó.—Sí; ¿pero á qué precio? ¡Ah! miserable, y fue por eso!...

Y no terminó la frase, no pudiendo más que murmurar:

—¡Oh, pobre hermano mío!

—¿Qué quieres decir?—preguntó Clementina.—¿Soy una miserable, porque lleno el corazón con otro, no he podido responder al amor de mi marido? ¿Porque le he aborrecido?... ¡Sí, ne lo oculto ni lo niego!... ¿No era bastante para él haberme obtenido por un fraude indigno, sino que aún era preciso que él mismo empujase hacia tí aquel á quien yo amaba, y que se empeñase en casaros? ¿Crées que yo hubiera permitido que ese matrimonio se celebrase?

—¡Oh, no, ya lo sé... y bien que has sabido impedirlo!... ¡Desgraciado! ¡Cuando se preocupaba de mi felicidad no sabía que así adelantaba su muerte!

—Su muerte nada tiene que ver aquí.

—¿Negarás tal vez que no es obra tuya?

—¡Obra mía!

—¡Sí, tuya... envenenadora!

Clementina, de un salto, se lanzó sobre Susana, y cogiéndola por las muñecas, que sujetó en sus manos como en un torno.

—¿Qué palabra has pronunciado?—exclamó.

—He dicho que eras una envenenadora,—repitió la joven mirando cara á cara á su cuñada y sin tratar de desprenderse de la presión.

—¡Miserable!—dijo Clementina;—¡miserable!—repitió sin poder hallar otra expresión para expresar su indignación.

—¡Ah! ¡no te conmueve!—continuó Susana;—¡tú creías tu crimen sepultado para siempre!

—¡Mi crimen!... ¡un envenenamiento!... ¡yo! ¿y te atreves á sostener semejante acusación?

—Sí, me atrevo á acusarte.

—¡Vamos, estás loca!

—No; bien lo sabes tú; mirame, tengo toda mi sangre fría.

—Pues si no estás loca, eres una infame.

—Lo infame es lo que tú has hecho.

—¡Que yo he envenenado, asesinado á mi marido!... ¡Qué insensatez!... ¿A qué hubiera servido ese crimen, caso que yo lo hubiera co-

metido?... ¡No tenía más que un soplo de vida, su enfermedad lo arrastraba á la muerte!

—Pero no bastante pronto para ti, al parecer.

—¡Ah, esto es demasiado!... Preciso es que esto se aclare y que se sepa cuál de las dos es una miserable... Necesito pruebas, ¿entiendes?

—¿Pruebas? Dios mío, demasiadas hay.

—¿Tienes la prueba de que yo le he dado un veneno? Pero, ¿dónde?

—En la poción preparada por el Doctor.

—¿Y cómo hubiera podido?

—¿No te has quedado sola, un instante, al lado de mi hermano?

—¡Oh! ¡qué horrible suposición! ¿Cómo el odio puede llegar al extremo de inventar esas monstruosidades?

—¿Que yo invento? —exclamó Susana;— ¿son acaso invención mía esos dolores atroces que le han acometido en cuanto bebió?... ¡menos atroces que la certidumbre en que estaba de que la muerte se la daba una mano amiga! ¡Invento aquellas maldiciones que ha proferido contra ti y que me parece estar oyendo aún!

—¿Es decir, —repuso Clementina, — que se ha creído envenenado por mí, que te lo ha dicho, y que le has dejado expirar sin llamar, sin pedir socorro?

—He llamado, he gritado, bien lo sabes. Tu habitación no estaba tan lejana que no pudieses oírme; pero no te has atrevido á presentarte; has temido encontrarlo aún con fuerzas para denunciarte!

Clementina, á estas palabras, se turbó, se estremeció... Aquellos gritos, aquellas voces, á las que su tía Luz le había impedido acudir... aquella promesa de que sería libre *en tiempo oportuno*... todas estas circunstancias acudieron de golpe á su memoria, y se preguntó si por casualidad, sin decirle nada, Luz se había atrevido á...

—¡Oh! ¡no, no! —se dijo;— es imposible... yo hubiera visto... adivinado... se habría descubierto... ¡Mi tía una envenenadora! ¡Hasta es una infamia por mi parte pensar en ello! Asesinar á mi marido para hacerme viuda más pronto... ¡Su idolatría por mí no ha podido extravíarla hasta ese punto! Arriesgar el patíbulo para... ¡Oh! hubiera sido una demencia, y Luz goza de toda su razón... Es Susana quien ha perdido la suya... Susana, que está celosa, que me aborrece, y que ha inventado esa terrible calumnia, ese crimen infame para intimidarme, para desembarazarse de mí, para ponerme debajo de sus pies...

Mientras que ella pensaba así, la joven no la



perdía de vista. Había notado su turbación; creía haberla confundido, y queriendo aprovecharse de su victoria, se acercó á ella y la dijo:

—Tienes miedo, tiembblas, comprendes por fin que no tengo más que pronunciar una palabra para perderte; porque si mis palabras no bastan, las entrañas de la víctima hablarán!

Clementina había recobrado su sangre fría.

—¿Y por qué— preguntó,—si tal es tu convicción, no has hablado ya? ¿Por qué, pues, y con qué interés dejas impune á una envenenadora?

—¿Por qué? Porque él me lo ha prohibido... El castigo que mereces derramaría la deshonra sobre tu hijo, y he jurado evitarlo á toda costa, pero con la condición de que no emprenderías nada contra el niño.

—¿Cómo que no emprendiese, nada contra Jorge, contra mi hijo?

—¡Has asesinado al padre, y!...

Eran demasiados ultrajes ya. Clementina se irguió altanera, y lanzando á su cuñada una despreciativa mirada,

—¡Preciso es,— dijo,—que seas la más infame de las criaturas!... ¡Sal de aquí, desventurada, y jamás vuelvas á ponerte en mi presencia!

—Sea; saldré... Me callaré, pero con la condición de que se me entregue á Jorge.

—¡Jamás! Permanecerá á mi lado y estará más seguro... ¡Oh ignominia! suponer que una madre... ¿Es por eso por lo que afectabas esos aires sospechosos, esas vigilancias exageradas? ¿Pero quién hubiera podido adivinar?...

—¿No quieres restituirme á Jorge?

—¡No, vete!

—¡Me arrojas de esta casa! Bien; ¡ya sé lo que tengo que hacer!

Un vago terror se apoderó de Clementina. Corrió á la joven, y deteniéndola por un brazo,

—¿A dónde vas?—preguntó.

—¿Qué te importa?

—Vas á denunciarme, ¿no es cierto?

—A la Justicia, no; sería la deshonra para Jorge, y según te he dicho he jurado evitarla hasta el último extremo.

—¿Entonces, á quién?

—¿Quieres saberlo? Pues bien, voy á buscar un defensor para este niño de quien quieres separarme.

—¿Y quién es ese defensor?

—Es Luis de Charens, á quien voy á revelar tu crimen.

—¡A Charens!—balbuceó Clementina.

Y permaneció aterrada por un momento;

pero de repente, alzando la cabeza y mirando á Susana con una risa siniestra,

—Esta bien, —dijo, —vete y cuéntaselo; lo deseo.

—Sí, puesto que me obligas á ello.

—Vete, repito, —exclamó Clementina; ¿aún no te has ido?

Y empujándola hacia fuera, cerró violentamente la puerta.

Luego, no pudiendo contener por más tiempo sus sollozos, se dejó caer en el diván.

## XIX

Así permaneció largo tiempo.

El sentimiento del peligro le hizo volver en sí, é inquieta por lo que iba á hacer su cuñada, corrió á la ventana, que daba á las oficinas, y esperó oculta tras las cortinas.

Pasaron diez minutos, un cuarto de hora, sin que nadie apareciese.

Entonces comprendió que Susana, tan turbada como ella por la escena que acababa de pasar, se había retirado á su cuarto y allí vacilaba, reflexionaba antes de obrar.

Aquella prueba de las incertidumbres y de la debilidad de su enemiga la reanimó.

Dispuesta á todo, llamó á su primera doncella.

—¿Dónde está Jorge?—preguntó.

—Ha salido con su niñera.

—Está bien; en cuanto vuelva, que vaya á mi cuarto. En lo sucesivo dormiré cerca de mí. Id á buscar su cama y su ropa al cuarto de la señorita Susana, y llevadlos al mío.

La doncella encontró á Susana con los ojos húmedos, y como sumida en una cruel desesperación.

Pero este abatimiento fue reemplazado por un arranque de viveza y de rebelión, cuando aquélla le dijo de lo que se trataba.

—¡Cómo! ¿quitarme á Jorge? ¡Jamás!... ¡Salid!

Sin duda Clementina preveía esta resistencia porque no pareció sorprendida cuando se lo participó la doncella.

—Está bien—dijo;—voy yo misma.

Y se dirigió al cuarto de Susana, á la que encontró temblando y hecha un mar de lágrimas; cerró la puerta, y adelantándose con aire sombrío y amenazador,

—¿Conque no soy dueña de mi casa?—dijo;—No tendré jamás la libre disposición de mi hijo?



Susana se puso trémula.

—Pero, ¿qué mal hay en dejármele?— contestó.—¿Por qué quitármele?

—¿Y yo? ¿No soy su madre?... ¡Ah! ¡miserable! ¿te atreves á tratarme como acabas de hacerlo, me acusas de un crimen y crees?... Dejarte á mi hijo después de lo que ha pasado entre nosotros, sería reconocer tu infame acusación... ¡No! Jorge no se separará de mí; soy su madre y no quiero que le veas ni que le hables... ¡yo también desconfío de tí.

Y se volvió para llamar á su doncella; pero Susana, reanimada de pronto, la detuvo.

—¡Cuidado, Clementina!—dijo.—¡No me precipites!

—¡Precipitarte! No deseo otra cosa. ¡Anda, corre, denúnciame!... ¿Por qué no lo has hecho ya? ¡Ah! ¿Crées hacerme temblar? ¡Tengo mi inocencia para defenderme, y desafío tus amenazas!

Pero Susana no pudo soportar esta nueva escena. Se vió acometida de un fuerte ataque de nervios y se desmayó.

Un cuarto de hora después, cuando se reanimó, bañada en un sudor frío, se vió sola, cerrada la puerta, y al echar una mirada á su alrededor, notó que había desaparecido la cama del niño y todos sus efectos.

Por la mañana, semejante descubrimiento la hubiera hecho saltar; ahora, aniquilada por tantas emociones, solo pudo lanzar un sordo gemido.

¿Qué hacer? ¿Luchar? Había gastado toda su energía y se sentía impotente... y además, ¿con qué armas? Solo había una, denunciar á Clementina; pero esto era contrariar la voluntad de Maudhuy expirante...

La pobre joven se perdía en sus reflexiones y no sabía qué partido tomar, cuando la puerta se abrió de nuevo y entró Clementina.

Susana se levantó como en presencia de una terrible aparición, y pálida, aterrada, esperaba que Clementina hablase.

Esta se adelantó con aire calmado é impasible.

—Después de lo que ha pasado entre nosotras, —dijo— debes comprender que es imposible que continuemos viviendo bajo el mismo techo; es preciso separarnos para no volvernos á ver jamás. Puedes denunciarme á la Justicia; ¡me has amenazado y te espero! Puedes, si lo prefieres, calumniarme ante Charens... He temido un instante ser desacreditada á sus ojos, pero ya no me importa: Luis sabrá descubrir la verdad... Dile las infamias que tú sola has imaginado; no solo no me opongo, sino que lo deseo; así nos

conocerá á la una y á la otra. Pero saldrás de aquí para no volver.

La pobre Susana sintió debilitarse toda su resolución ante aquella indomable energía.

—¡Dios mío!—exclamó sollozando;—¿qué es lo que he hecho para ser tratada así?

—¿Lo que has hecho? ¡Me has ultrajado, injuriado, pisoteado! No hay ya nada posible entre las dos. No puedes permanecer un solo día más en esta casa.

Susana comprendió que no podía luchar con aquella furiosa voluntad; comprendió que había llegado la hora del sacrificio, y se sometió con sublime resignación.

—¡Bien, sea así!—dijo;—me alejaré y no volverás á verme. Pero, ¿qué quieres que haga yo sola? ¡Me privarás de ese consuelo, del cariño de Jorge!

Sus sollozos la interrumpieron; pero consiguió serenarse y añadió:

—¡Jorge me ama, ya lo sabes; me seguirá con placer... Vendrás á verle cuando quieras... ¡Dios mío! ¿Es esto ser demasiado exigente? ¿No puedes concederme esto?

Clementina guardó silencio. Parecía reflexionar profundamente. En fin, se volvió á Susana y con toda calma le dijo:

—Conque desees tener á Jorge á tu lado?

Aunque mucho me cuesta separarme de él, te le dejaré por algún tiempo; iréis á vivir á Ronchères, allí podrás dedicarte á su cuidado y educación.

Pero, ¿qué pensarán de esa partida? ¿Cómo será interpretada por el señor de Charéna? Deseo, ante todo, conservar su estima. Has tenido el pudor de no manchar su espíritu con tus indignas sospechas, y casi te agradezco esa reserva; pero no quiero que tu partida y la de Jorge sean para él ocasión de suposiciones injuriosas, es necesario que vuestra ausencia le sea explicada y por tí...

Clementina no se contentaba con alejar á su rival; quería, con una diestra maniobra, hacerse de ella una auxiliar con aquel á quien amaba.

En consecuencia le dictó sus condiciones: Susana volvería á ver á Luis una vez, le expondría su firme resolución de confinarse en un retiro ignorado, sola con Jorge; al mismo tiempo le rogaría no pensase más en ella y no intentase volverla á ver.

Susana tuvo un instante de punzante vacilación; pero recordó á su hermano moribundo y el juramento prestado; bajó la cabeza y consintió en todo.



## XX

La entrevista entre Luis y Susana debía tener lugar al día siguiente.

No es posible pintar las angustias de la joven cuando se halló en presencia de aquel á quien amaba y cuyo amor se veía obligada á rechazar. Se preguntaba ansiosamente si tendría fuerza para sostenerse en su papel, y si su emoción y sus lágrimas no la venderían.

Luis, por su parte, estaba resuelto á obtener de ella que confirmase sus compromisos y que le prometiese su próxima realización.

Desde las primeras palabras que él dijo respecto á este punto, Susana no dejó de objetar la muerte aún reciente de su hermano. Sin embargo, habían transcurrido dos meses, y Luis no dejó de hacerlo notar.

—¿Qué importa?— respondió Susana.—Me parece siempre que ha sido ayer... ¡Me es imposible olvidarlo!

—Tampoco lo olvido yo. ¡Ya sabéis cuánto nos queríamos!... Mi dolor no es menos vivo que el vuestro: pero, ¿no deben amortiguarse nuestras penas con el tiempo?... ¿Seremos cul-

pables, á su memoria, porque hayamos reanimado un amor que aprobaba y alentaba?... ¡Ah! Si hubiera podido prever tal sacrificio, habría sido el primero en condenarle.

—¿En condenarle?... ¿Estáis seguro?— preguntó Susana.

—¿Cómo! ¿No ha sido él quien nos ha desposado?... ¿El, que en la víspera misma de su muerte, en medio de sus sufrimientos, no se preocupaba más que de apresurar nuestro matrimonio?

—Sí; pero ¿no veis que la situación ha cambiado, que esta muerte nos impone nuevos deberes... al menos á mí?

—¿A vos?... Y, ¿qué deberes?

—El de educar y amar á ese pobre niño, que adoraba y que ha dejado sin apoyo.

—¿Jorge?... ¿Pues no tiene á su madre?...

—¡Ah!... sin duda; pero... ¡necesita mis cuidados y todo mi cariño... ¡No, no lo abandonaré jamás... así se lo he jurado á su moribundo padre!

—No digo que lo abandonéis. Yo también amo á ese pobre niño por su gentileza y por el recuerdo de su padre, á quien tanto debo; no le perderemos de vista, y podréis continuar amándole, cuidando de su educación, sirviéndole de madre.

—¡Oh! No será lo mismo... ¡Puede darle á Clementina la fantasía de llevarle lejos de nosotros... ¡y estará en su derecho!

Y se atrincheró tan firmemente en esta objeción, que Luis, no comprendiendo la urgencia de una abnegación tan estricta y tan absoluta, no vió en ello más que un pretexto de que ella se servía para rechazar su amor.

Se había levantado y la escuchaba silenciosamente, paseándose por el salón, con la cabeza inclinada, agitado, sombrío.

Cuando ella terminó de hablar, se detuvo, y con acento dulce y triste, que la conmovió hasta el fondo del alma:

—Veamos, Susana,—dijo,—sed franca; lo que decís no puede ser cosa seria.

—¿Cómo que no?... No os comprendo.

—Que améis á ese niño y que estéis pronta á todo por él, lo admito perfectamente; pero, ¿sería esto bastante para romper nuestros proyectos de porvenir, haciéndoos desechar mi amor, si vuestro corazón no hubiese cambiado, si me amáseis como en otra época? Os lo ruego, dejad todas esas evasivas; habládme francamente, decidme la verdad; por dura que sea, me armaré de valor y trataré de soportarla.

Susana reflexionó un instante, preguntándose si no debía dejarle en aquella triste con-

vicción; pero tuvo miedo de causarle un gran daño, y cuando él interpretaba ya desfavorablemente su silencio, le contestó:

—¡Oh! no; no me juzguéis así. Mis sentimientos por vos no han variado, os lo afirmo: quisiera de todo corazón poder cumplir las promesas que os tengo hechas, pero es imposible; hay otros deberes más imperiosos á los que es preciso me someta y sacrifique.

Y luego volvió á su tema favorito, al juramento que había hecho á su hermano.

—¡Ojalá Dios,—exclamó con exaltación,— pudiera cumplirle en todos sus extremos, y que nadie me distrajesse de su cumplimiento! Quisiera estar sola, vivir sola en algún rincón ignorado, con ese querido niño, que he jurado amar y proteger!

Luis la escuchaba, sorprendido de la sinceridad de su acento, de la tranquilidad de su semblante.

—¿Y es ese el porvenir que soñáis?—exclamó.

—¡No hay otro para mí!—contestó la joven con resignación.

—¿A los veinte años, os desterráis para siempre, sola con ese niño, lejos del mundo, lejos de los vuestros, lejos de mí, á quien decís que amáis?



—¡Oh! ¡conservaré eternamente vuestro recuerdo!

—¡Después de haber rechazado mi amor!... ¡Pues bien, no!... todo esto es incomprendible... Hay en todo esto un misterio que yo descubriré.

—¡Qué misterio!

—¿Qué se yo? ¡A vuestra edad no se tienen esas ideas de retiro y soledad sin tristes motivos, sin profundas penas!... ¡Susana, sufrís, sois desgraciada!

—¿Yo,—dijo estremeciéndose;—¿qué os lo hace suponer?

—No lo ocultéis, os lo suplico... ¡Oh! ¡temo adivinarlo! Es vuestra cuñada, no lo neguéis, que os aborrece... que os persigue...

—¡Oh! no, no; no tengo de qué quejarme, os lo afirmo...

—¡Sí tal! El otro día me habéis dado á entender que no era para vos lo que debía ser... ¡Oh!—añadió con aire irritado,—si estuviese seguro de que es ella la que...

Susana se apresuró á protestar que sus relaciones con su hermana política no tenían nada de acrimonia; que sus disputas y cuestiones eran insignificantes y sin consecuencia alguna.

—¿Entonces, ¿qué queréis que yo suponga?

¿Es, pues, de mí de quien queréis huir? ¿Qué tenéis que reprocharme, Susana?

—¡Oh, nada!—respondió conmovida por su acento suplicante;—me amáis, lo sé...

—¡Y sin embargo, me rechazáis! ¿Qué ha pasado después del día en que habéis acogido y alentado mi amor? ¿En qué he desmerecido á vuestros ojos? ¿No estoy pronto á todo sacrificio por vos?... ¡Os calláis!... ¡Volvéis la cabeza!... ¡Ah, mi desgracia es cierta!... Desecháis ahora esa existencia en que debían confundirse nuestros destinos, y que antes aceptábais con alegría!... ¡Por piedad, en memoria de vuestro hermano, Susana, no me reduzáis á la desesperación!... ¡Dejadme creer que aún no lo he perdido todo!... ¡Pero estáis conmovida, lloráis!...

Susana, en efecto, estaba al cabo de sus fuerzas, y lágrimas abrasadoras brotaban de sus ojos.

Luis se arrojó á sus pies, la cogió las manos y continuaba sus ardientes súplicas, cuando se dejó oír la voz de un niño.

—¡Jorge!—exclamó Susana, recobrando toda su fuerza de voluntad.

Se levantó y corrió á la puerta del salón, que el niño acababa de abrir. Lo cogió en sus brazos y le cubrió de besos con sus lágrimas.

—¿Por qué lloras, tía Susana?—preguntó casi asustado de aquel arranque de cariño.

—Es de alegría, ángel mío, es porque te quiero mucho... Me pedíais razones, —añadió volviéndose á Luis; —¿necesito más que esta?

Charens no respondió más que por una vaga y triste sonrisa.

Clementina, que acababa de entrar de la calle con su hijo, no tardó en presentarse en el salón. Con una mirada abrazó toda la escena, y comprendió, en la actitud de Luis, que Susana había cumplido su palabra.

Esta, por otra parte, tuvo buen cuidado de recordárselo diez minutos después, cuando se hallaron solos.

—Debes estar satisfecha, —le dijo. —¿Puedo partir y llevarme á Jorge?

—Sí, —contestó Clementina.

Al día siguiente, al amanecer, Susana salía casi furtivamente de la casa con Jorge, y se hacía conducir á la estación del ferrocarril de Lyon.

## XXI

Clementina, al ver alejarse el carruaje, tuvo un estremecimiento de alegría y de triunfo.

Había logrado desembarazarse de su rival, y

separarla de allí para siempre. Y ahora se quedaba sola con Luis, libre como antes de su matrimonio, en todo el esplendor de su belleza.

Llena de confianza se puso á observarle y esperó.

Toda la mañana pasó sin que Luis pareciese sospechar la partida de Susana; pero por la tarde lo supo, sin duda, porque ella le vió atravesar el patio con aire sombrío y agitado. Un instante después solicitaba hablarla.

Clementina presentía una escena de recriminaciones y se disponía á sostenerla resueltamente.

—¿Es verdad lo que acaban de decirme?—preguntó en cuanto entró. —¿Susana se ha marchado esta mañana con Jorge?

—Sí, es verdad; me véis aún bastante afligida...

—¡Afligida!... ¡ya!

—¡Tened la bondad, señor de Charens, de creer que no he visto sin pena que mi hijo se separaba de mí!

—Me parece, sin embargo, que teníais derecho para impedir que se fuese.

—En efecto; pero Susana le quiere con extremo. Quiso absolutamente llevarlo con ella, tenerlo á su lado, y me he visto obligada á consentir en ello.



—¿Por qué lloras, tía Susana?—preguntó casi asustado de aquel arranque de cariño.

—Es de alegría, ángel mío, es porque te quiero mucho... Me pedíais razones, —añadió volviéndose á Luis; —¿necesito más que esta?

Charens no respondió más que por una vaga y triste sonrisa.

Clementina, que acababa de entrar de la calle con su hijo, no tardó en presentarse en el salón. Con una mirada abrazó toda la escena, y comprendió, en la actitud de Luis, que Susana había cumplido su palabra.

Esta, por otra parte, tuvo buen cuidado de recordárselo diez minutos después, cuando se hallaron solos.

—Debes estar satisfecha, —le dijo.—¿Puedo partir y llevarme á Jorge?

—Sí, —contestó Clementina.

Al día siguiente, al amanecer, Susana salía casi furtivamente de la casa con Jorge, y se hacía conducir á la estación del ferrocarril de Lyon.

## XXI

Clementina, al ver alejarse el carruaje, tuvo un estremecimiento de alegría y de triunfo.

Había logrado desembarazarse de su rival, y

separarla de allí para siempre. Y ahora se quedaba sola con Luis, libre como antes de su matrimonio, en todo el esplendor de su belleza.

Llena de confianza se puso á observarle y esperó.

Toda la mañana pasó sin que Luis pareciese sospechar la partida de Susana; pero por la tarde lo supo, sin duda, porque ella le vió atravesar el patio con aire sombrío y agitado. Un instante después solicitaba hablarla.

Clementina presentía una escena de recriminaciones y se disponía á sostenerla resueltamente.

—¿Es verdad lo que acaban de decirme?—preguntó en cuanto entró.—¿Susana se ha marchado esta mañana con Jorge?

—Sí, es verdad; me véis aún bastante afligida...

—¡Afligida!... ¡ya!

—¡Tened la bondad, señor de Charens, de creer que no he visto sin pena que mi hijo se separaba de mí!

—Me parece, sin embargo, que teníais derecho para impedir que se fuese.

—En efecto; pero Susana le quiere con extremo. Quiso absolutamente llevarlo con ella, tenerlo á su lado, y me he visto obligada á consentir en ello.

—¿Y debe durar mucho tiempo su ausencia?

—No lo sé.

—¿Pero al menos sabréis á dónde se ha retirado la señorita Maudhuy?

—Por supuesto. Mi complacencia no va hasta el extremo de querer privarme de ver á mi hijo.

—¿Podéis indicarme su nueva morada?

—He prometido no revelarla á nadie.

—¿Ni aun á mí?

—Ni aun á vos.

—¡Ah!... Pues bien, señora, ¿queréis que os diga francamente lo que pienso de todo esto?

—Decid.

—Susana no ha salido voluntariamente de esta casa; ha sido arrojada de ella por vos.

—¿De veras? Y al mismo tiempo habré arrojado de la casa paterna á mi hijo.

—¡Oh! ¿Sé yo acaso exactamente lo que ha pasado entre vosotras? ¿Qué presión habéis ejercido sobre ella?... Mas no tardaré en saberlo.

—Está bien—dijo Clementina levantándose.—Guardad la bella opinión que de mi tenéis, porque creo que no contaréis que me rebaje á justificarme.

Y saludando fríamente, salió del salón.

Luis corrió á Villanueva, creyendo encontrar allí á Susana; pero el jardinero que guar-

daba la quinta no supo ni aun lo que quería decir.

Volvió á París, inquieto y el corazón oprimido... Durante un mes se entregó á las más activas pesquisas, pero sin ningún resultado. Cansado de disgustos, tuvo que transigir con Clementina.

Esta había observado todos sus pasos y esperaba ansiosamente volviese á su centro. Le recibió con calmada é ingénuo sonrisa.

La liquidación que se terminaba entonces en el estudio del Notario, era, como de costumbre, el pretexto de aquella visita. Clementina escuchó las explicaciones que él la dió, aprobó todo, y cuando terminó, viéndole cuidadoso y preocupado, le preguntó:

—¿Tenéis alguna otra cosa que comunicarme?

—No, nada; solo que vacilaba en haceros una pregunta.

—¿Que vaciláis!

—Sí, porque ya os habéis negado á responder á ella.

—¿Qué es, pues?

—Bien lo sabéis. Os he preguntado por qué Susana había partido, y dónde se había refugiado; pero el modo con que os lo pregunté no era de lo más político; he estado un poco vivo, un poco brusco, lo confieso...



—¡Ah! ¡y creéis que yo me haya ofendido!— dijo ella interrumpiéndole;—no, concibo perfectamente vuestro arrebato, vuestras sospechas, y las excuso. Además, yo tuve la culpa.

—¿Vos?

—Sí. Es evidente que hay una mala inteligencia entre nosotros. Yo hubiera podido y debido hacerla cesar más pronto; pero hay cosas tan difíciles de decir... y luego que yo pensaba que vos mismo notaríais...

Y pareció vacilar.

—¿Notaría... qué?—preguntó Luis sorprendido de aquel manejo.

Clementina se echó á reír con su franca alegría y colocándose delante de él:

—Vamos, señor de Charens, miradme bien— dijo,—¡no encontráis nada cambiado en mí!

—No, ciertamente.

—¡Cómo! ¿Nada... nada?

—No; pero ¿qué significa?...

—Sois un niño grande. ¡Vamos, sentáos aquí á mi lado—dijo, atrayéndolo hacia el diván,—y hablemos á corazón abierto, como dos buenos amigos!... ¡Oh! en cuanto á vuestra amistad, no quiero perderla, y á Dios gracias no tenemos por qué reñir.

Luis la miraba con sorpresa. Ella prosiguió jovialmente.

—No era muy galante, por vuestra parte, la suposición de que hubiera maltratado á Susana, que la hubiera arrojado de aquí... á ella, á mi cuñada, mi antigua compañera de colegio; y más cuando debo mi fortuna al hermano á quien ella adoraba... Y sin embargo, preciso es confesarlo, hace un año hubiera sido capaz de eso y mucho más.

¡Pobre Susana!... ¡Cuánto la he maldecido por haber tenido la audacia de amarnos y de hacerse amar de vos!... ¡Qué no hubiera dado entonces por?... Pero dejemos á un lado esas locas ideas, que me pasaron entonces por la cabeza y que ahora me ruborizo de haberlas tenido.

Y sin embargo, ¿qué ha pasado? Nada absolutamente. El tiempo ha seguido su marcha, eso es todo; los sentimientos se modifican; el punto de vista cambia, y al cabo de algunos meses se sorprende uno de no experimentar más que una especie de compasión por cosas que en otros días causaban un completo trastorno.

Nada había que responder á este aforismo. Clementina continuó:

—Es como la escena que pasó aquí mismo, en este salón... ¡No recordáis? ¡Qué exaltada estaba yo! Acababa de saber el indigno engaño que nos había separado; sólo respiraba cólera y

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
"ALFONSO RIVERA"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

venganza. ¡Ah! ¡no importa! ¡os he amado mucho!—terminó con un suspiro.

Luis se conmovió á este recuerdo.

—Y ahora...

—Y ahora, amigo mío, podéis amar á Susana, casaros con ella sin que yo sienta el menor atomo de celos. Por eso, el tono feroz que habéis tomado conmigo el otro día, me pareció tan extraordinario... al pronto me ofendí, pero luego me sonreí, pensando que vos os creíais aún en un tiempo bien diferente de éste, y que, según toda apariencia, no volverá.

—Y si es así, ¿por qué ese misterio á propósito de Susana?

—Ella es quien lo ha querido, bien lo sabéis.

—¡Eso es inexplicable!

—No lo veo yo así. No puede ser más que una simple coquetería.

—No, no, no es eso; ¡estoy seguro!

—¿Entonces, qué?... Sería, pues, preciso suponer que es un motivo contrario... que obligada á cumplir la palabra que os ha dado, Susana vacila, quiere eludir su compromiso... que no os ama, en una palabra.

—¡Ay! ¡amigo mío!... ¡Todo es posible en el amor! ¿Quién me hubiera dicho á mi hace un año, que hablaría tranquilamente con vos, teniendoos á mi lado, estando solos, entregados

á nosotros mismos como estamos?... Una sola palabra basta para explicar este cambio: ¡somos libres!

Suprimid los obstáculos, quitad al amor todo su acompañamiento de sospechas, de traiciones, de resentimientos, y se desvanece por sí solo. Tal vez sea este el caso de Susana; no tiene rival á quien desesperar, á quien vencer, y...

Aquellos supuestos irritaban sordamente á Luis. Si verdaderamente Susana había cesado de amar á Luis, ¿á qué conducían las protestas hechas la víspera de su partida? ¡Era, pues, un juego, una burla!... A tenerla en su presencia la hubiera abrumado con sus reproches...

Pero su imaginación no tardó en calmarse. Tampoco pasó mucho tiempo sin que dejase de pensar en Susana tanto como antes; llegó á no hablar de ella sino muy raramente, y parecía resignado á un papel de amante despedido.

En cambio era más asiduo con Clementina, como si la *declaración de amistad* que ella le había hecho hubiera tenido el privilegio de disipar sus prevenciones y sus rencores.

En efecto, ¿qué tenía que temer de ella en lo sucesivo, y cómo no olvidar las faltas que había cometido en un estado de excitación y de sufrimiento, y bajo el imperio de un amor que había desaparecido?



No pensaba ver en ella ya más que lo que parecía ser en realidad: una buena y franca compañera, y lo que siempre vale mucho, aun tratándose de amistad, una mujer adorablemente bella.

## XXII

Pasaron algunas semanas. Clementina había aliviado el luto. Un día obtuvo de Charens que la llevase al teatro de la Opera á un palco de proscenio.

Antes habían comido, una *comida de amigos*, decía Clementina riéndose: ella se mostraba alegre y satisfecha; él reservado al pronto, pero luego comunicativo y jovial.

—¿Voy bien con este traje?—le preguntó ella en el momento de partir, echando una mirada al espejo.

—Estáis encantadora.

—¡Adulador! Vamos, dadme el brazo.

Luis sintió un ligero estremecimiento al sentarse al lado de ella en la banqueta del cupé, y al sentir el roce de su vestido de seda.

Llegado al teatro, una emoción más profunda se apoderó de él cuando la puerta del palco

se cerró tras ellos, y se halló sólo con ella en aquel reducido espacio á donde iban á expirar las luces y los vagos rumores de la sala.

Clementina hizo se colocase á su lado, en la delantera del palco, y pareció prestar toda su atención á la sinfonía, que empezaba en aquel momento.

Luis la contemplaba en silencio; admiraba los vigorosos tonos de la luz tamizada sobre su piel, y el perfil que se recortaba tan puro sobre el oscuro fondo del palco; al mismo tiempo estaban tan cerca uno de otro, que sus alientos se mezclaban, y un sutil y dulce perfume los envolvía; jamás le había parecido tan bella, se sentía completamente enajenado.

—¡Ah! vos también, vos comprendéis la música,—dijo ella volviéndose bruscamente, al fin del primer acto, y sorprendiéndole en cierta especie de éxtasis.

—Sí,—murmuro Luis,—¡admiro todo lo que es bello!

Aquel entusiasmo musical no se desmintió durante los actos siguientes. Tuvo un momento en que Clementina, tropezando con la mano de Luis, se la estrechó vivamente, respondiendo él á esta presión y conservando en la suya aquella delicada mano, cuya agitación y calor sentía á través del guante.

Vueltos á la calle de Enghien, Luis la acompañó hasta su habitación.

—Debemos separarnos aquí—dijo Clementina;—ya es tarde y no debemos dar pábulo á la maledicencia. Buenas noches, amigo; dame el beso de despedida—añadió presentándole su tersa frente.

¿Qué significaba aquello? ¿Era natural y verdadero? ¿ó bien se entregaba á una coquetería refinada?... ¿Pretendería tal vez despertar su dormida pasión, y cuando lo viese rendido á sus pies, burlarse de él?

Luis no sabía qué pensar; pero, aunque bajo el peso de las emociones de aquella noche, comprendió que era un juego peligroso, y se prometió dejar de verla, al menos durante algunos días.

Al día siguiente había olvidado su propósito y se presentaba en la habitación de Clementina. Le recibió tan afectuosamente como la víspera, y se puso á hablar de cosas indiferentes, de la estación ya avanzada, del campo, que debía estar magnífico...

¿Por qué no iría á pasar una temporada en Villanueva? Ya había pensado en ello; pero temía volver sola á aquella casa llena de tan tristes recuerdos.

—Venid á pasar al menos un día conmigo—

le dijo;—me ayudaréis á soportar la primera impresión.

Días después llegaron juntos á Villanueva.

El jardín y el parque eran encantadores; pero aquella casa inhabitada, con sus puertas y ventanas cerradas, tenía el aspecto lúgubre y glacial. Los dos se sintieron muy impresionados; Luis, sobre todo, á quien se le presentaba vivo el recuerdo de Maudhuy y de Susana.

Seguía andando por los paseos del jardín con la cabeza baja y sin decir palabra.

Clementina, que adivinaba sus pensamientos, no trató de distraerle de ellos; juzgó más hábil conformarse á ellos.

—Aquí es donde venia á sentarse—dijo suspirando, al indicar el cenador bajo el que se instalaba Maudhuy habitualmente.

Y añadió algunas palabras sobre la bondad inalterable del difunto, sobre sus largos sufrimientos... Luis la cogió una mano agradeciéndola por haber traducido tan acertadamente sus sentimientos.

—Y aquí es—continuó ella un instante después al entrar en el salón,—en esta misma pieza donde ha dictado, algunas horas antes de su muerte, las condiciones de vuestro matrimonio, creyendo asegurar así vuestra felicidad y la de Susana.



A este recuerdo, Luis frunció las cejas haciendo un gesto de impaciencia, y como ella se sorprendiera, dejó escapar algunas amargas y desdeñosas palabras contra Susana.

—Hacéis mal, amigo mío—le dijo;—Susana es más sincera y mejor de lo que vos pensáis. He reflexionado mucho sobre su conducta, y ahora me la explico perfectamente.

Según Clementina, Susana á nadie había amado realmente más que á su hermano; por su afección, porque él así lo quería, se dejó prometer á Charens... Su muerte la había aterrado; entonces toda su afección se había concentrado en un sobrino, del que jamás quería separarse.

Luis la interrumpió.

—¡Eh! ¿á mí qué me importa?—dijo.—Dejemos eso, os lo ruego.

Para distraerse se puso á ayudar á desembalar algunas cajas expedidas de París, y que acababan de traer de la estación.

—Es una verdadera instalación,—dijo.

—No enteramente; pero he procurado proveerme de algunos medios de distracción, libros, música...

—¿Contáis permanecer aquí mucho tiempo?

—Depende de las circunstancias... si no me aburro pronto... ¿De qué os reis?—añadió vien-

do en los labios de Luis una irónica sonrisa.

—Estoy pensando—respondió Charens—en esa grande amistad que nos hemos jurado... y vuestro primer cuidado es de alejaros de mí sin motivo.

—¡Vaya una idea! ¿Es posible que interpretéis así mi fantasía?

La ociosidad, la bella estación, aquella quinta inhabitada la habían decidido. ¿Estarían tan lejanos uno de otro? ¿No iría él á verla cuando bien le pareciera? Además, por poco que se viera contrariada, nada le costaría regresar á Paris...

—No, no—contestó Luis;—olvidad lo que os he dicho; lo dije por decir.

Se excusó de ello atribuyendo á un malestar nervioso que padecía de cuando en cuando; y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, volvió á ser lo que era habitualmente: bueno, obsequioso, lleno de atenciones.

El día se pasó en esos pequeños cuidados de arreglo, paseos por el Parque, conversaciones familiares. En el momento de partir, Luis la compadeció de aquella soledad en que la dejaba.

—¡Y es esta la existencia que os esperaba!—exclamó—¡la que habíamos soñado!...

Su mirada era animada, su voz conmovida. Una sola palabra sería suficiente para que ca-

vera de rodillas; pero aquella palabra no debía ser pronunciada aún.

Clementina tomó aire de gazmoña y le reprochó aquello reminiscencia, contraria á sus convicciones, pero dulcemente y de manera de dejarle esperar que no sería tan inflexible con el tiempo.

Luis volvió al día siguiente y los sucesivos, mostrándose cada vez más apasionado, más ardiente, al paso que Clementina se iba ablandando por grados.

En una palabra, ambos se encaminaban hacia el instante previsto en que ella confesaría que aquella reciente amistad no era más que la continuación de su antiguo amor.

Pero el mismo día que había señalado para esta confesión, le vió llegar con el semblante sombrío y algo descompuesto.

Le preguntó lo que tenía.

—Me veo obligado— contestó— á separarme de vos por algunos días.

—¿Váis á hacer algún viaje?

—Sí; una carta urgente de Clamecy reclama mi presencia inmediata.

Clementina se estremeció, Clamecy se hallaba á corta distancia de Ronchères... en donde estaba Susana. ¿Conocería Luis su retiro? ¿Lo sospecharía tal vez? ¿Qué sucedería si viera á

Susana? Todas estas preguntas cruzaron por su espíritu á la vez; pero, aunque devorada por la angustia, supo permanecer tranquila en la apariencia.

Hizo que Luis se explicase sobre aquel intempestivo viaje, y pronto adquirió la convicción de que no había en él segunda intención y que se trataba, en efecto, de negocios particulares. Pero el peligro resultante de aquella vecindad continuaba de la misma manera; era menester que ella se hallase presente allí para conjurarle, caso de necesidad.

Después de haber hablado de otras cosas, de repente exclamó:

—¡Ah! ¿Vais á Clamecy? También yo tengo allí mis afecciones, á mi padre, mi tía, y de buena gana iría á verlos.

—¿Consentiríais en acompañarme? — preguntó Luis alegremente:

—¿Y por qué no?... Me sorprende que no me lo hayáis propuesto.

—A la verdad, no me atrevía.

—Sois demasiado tímido; pero yo, más atrevida, os ruego tengáis á bien llevarme con vos.

Quedó convenido en que Luis volvería á París aquella noche para partir al siguiente día, y que Clementina le esperaría en la estación de Villanueva.



## XXIII

La quinta de Ronchèes, de que tanto sepreocupaba Clementina, estaba situada á pocas leguas de Clamecy, en medio de la ancha meseta que se extiende desde las orillas del Yonne hasta los bosques de Mont-le-Duc.

Está separada del ferrocarril por el río y el canal del Nivernés. Para ir allí en carruaje, desde la estación más próxima, es preciso subir hasta Coulanges, atravesar el valle por el antiguo camino, descender a lo largo del canal, y á un kilómetro de Lucy tomar á la derecha un camino escarpado que sube con bastante pendiente por la ladera.

Para los transeuntes que van á pie existe un trayecto más corto y más accidentado, y que importa describir minuciosamente.

En lugar de subir hacia Coulanges, se retrocede en dirección de Chatel-Censoir. Pronto se pasa de Grain, luego la granja de Mysery, y se apercibe á la izquierda el campanario de Saint-Marien. Un camino vecinal que parte de este pueblo, corta la vía ferrea un paso de ni-

vel, y se prolonga oblicuamente á través de la pradera; siguiendo este camino, se llega en pocos minutos á la orilla del Yonne, delante de un pequeño puerto sombreado de grandes álamos y lleno de maderas de construcción; veinte pasos más abajo el sordo y continuo ruido de un salto de agua, indica el paso de Saint-Marien ó de Ronchèes, como allí le llaman.

Todo el mundo sabe en qué consiste esta especie de palizadas, establecidas de distancia en distancia para facilitar la navegación durante las aguas bajas.

Dos enormes macizos de piedra, llamados pilas, se hallan edificadas frente á frente en los ribazos opuestos, y no dejan entre ellos más espacio que el necesario para el paso de un tren ó balsa de madera.

Cuando se trata de llenar el pozo de la esclusa, un poste montado sobre un eje en la cabeza de una de las pilas se hace girar y se coloca transversalmente sobre la pila opuesta; es lo que se llama barra de paso, y forma una especie de puente estrecho, al cual se adapta una grosera baranda de madera.

El canal se cierra en seguida por medio de largas agujas de encina, unidas unas á otras y apoyadas en el zampeado en la parte inferior y en la barra en la superior. En caso de avenida

ó crecida de aguas extraordinaria, el reboso del pozo de la exclusiva se derrama por encima de las pilas, que son á propósito unos cincuenta centímetros menos elevadas que la cima del ribazo; algunas veces, á consecuencia de una tormenta ó nublado, se quitan algunas agujas del canal. Estos desbordes intermitentes interrumpirían la circulación, si cada pila no estuviese provista de unos prismas de piedra, sosteniendo grandes tablonces por medio de los cuales se puede llegar á la barra desde cualquiera de las orillas.

El espacio, bastante estrecho en aquel sitio, y que separa el río del canal, está plantado de álamos y sauces, entre los que serpentea un sendero abierto por los barqueros y que termina en una de las exclusas del canal.

Un pontón, adaptado lateralmente á las puertas de hierro de esta exclusiva, permite pasar al ribazo opuesto; más allá del camino de sirga, sigue serpenteando el sendero hasta que se une al camino de Ronchèes.

Desde allí se abraza con la vista toda la meseta, cuyo aspecto es bastante miserable.

Aquí y allí algunos pequeños trozos de viña producen un vinillo flojo y algo agrio, pero en casi toda ella, gruesas peñas á flor de tierra hacen imposible toda cultura, y la raquitica

hierba que nace en las partes roturadas, sólo sirve de pasto á las ovejas.

Mas lejos, algunos bosquecillos esparcidos en la llanura aparecen como puestos de avanzada de los grandes bosques que se pierden en el horizonte.

En uno de estos bosquecillos, agregado por Maudhuy á su propiedad á título de parque, y en el fondo de una estrecha garganta, se encuentra la granja, ó más bien el caserío de Ronchèes, porque además de la quinta hay allí cuatro ó cinco casas de cultivadores alrededor de un pequeño manantial.

Estas habitaciones son de la más rústica sencillez. La de Maudhuy no es mucho más elegante que las de sus vecinos; se distingue solamente de ellas por algunos ensayos de apropiación que habían empezado en otro tiempo y que habían interrumpido otros cuidados de más importancia.

Puede parecer extraordinario que hubiera pensado en instalar una quinta de recreo en semejante sitio; pero había nacido allí y de allí había salido una mañana con su joven hermana, con un equipaje bastante exiguo: recuerdos todos que le hacían queridos y estimados aquellos parajes, insoportables á los demás.

Sin duda un sentimiento análogo había he-



cho escoger á Susana este triste lugar de destierro. Se habia establecido con su sobrino en el modesto edificio contiguo á la morada de los colonos, y por consecuencia de esta proximidad, su vida era un poco común entre ellos; pero esto no la desagradaba, porque todas aquellas buenas gentes la trataban con mucha consideración y afecto.

La habían acogido como á una hija del país, con extrema alegría; pero muy pronto se entristecieron al ver su airesombrío y abatido.

Incapaces de imaginar otros motivos de fortuna, suponían que la prosperidad de Maudhuy se habia extinguido con él, y que embarazosos asuntos, tal vez la miseria, obligaban á su *señorita* á refugiarse en Ronchèes, y le compadecían en el fondo de su corazón.

En el principio, abismada en su dolor, apenas notaba aquellas afectuosas deferencias.

Pasada la embriaguez de la lucha, comprendía la extensión de su sacrificio, y no se sentía con valor para cumplirlo.

Poco á poco las caricias de Jorge y la amarga satisfacción del deber cumplido amortiguaron en ella la rebelión de una pasión ahogada; luego vino la religion á completar aquella obra de quietud y de paz.

Su piedad, simple y tibia hasta entonces, se

había inflamado en medio de aquellas sacudidas. Pronto entrevió, en una especie de éxtasis, los goces sublimes de su sacrificio, y toda su ambición fue de merecerlos.

Desde aquel momento comprimió implacablemente sus padecimientos, y los que á su pesar renacían se fundían en la práctica de una rigurosa devoción.

El cura de Saint Marien, á cuya feligresía pertenecían Ronchèes, tuvo que moderar varias veces su fervor. El excelente anciano, para mantener á su penitente en una via de resignación cristiana sin exageración, la hizo comprender que no estaba desheredada de todo porvenir y le mostró en el cariño y reconocimiento de Jorge una compensación casi equivalente á la felicidad que habia perdido.

Susana se dejó persuadir á causa de Jorge. Su amor aumentó á ser posible; fue una especie de adoración que el niño justificaba por su belleza, por su gracia, por su carácter dulce y amante.

Se hizo su institutriz; porque la inteligencia del niño se desarrollaba y era indispensable cultivarla. Sus progresos fueron tan rápidos, que bien pronto ella se inquietó pensando en el día en que no bastase y en que quisieran separarle de ella. Pero el cura de Saint-Marien la

tranquilizó, prometiéndola llevar lo más adelante posible los estudios del querido niño. Se ofreció á darle lecciones, y ella aceptó con reconocimiento.

Todas las tardes, á menos que no hiciese mal tiempo, salía con él de Ronchès y le conducía al presbiterio de Saint-Marien, donde permanecían hasta el anochecer.

Así pasaron los días... y Susana sostenida por aquella afección maternal, por el recuerdo de su hermano, por el testimonio de su conciencia y los socorros de una religión inteligente, no pedía al mundo que había abandonado más que una cosa, el olvido.

## XXIV

Pero Clementina no la olvidaba.

La sospecha de que ella se había apoderado al anuncio del viaje de Clarens, y que la había impulsado á acompañarle, persistía cada vez más tenaz.

Durante el trayecto, sola con él, le observaba secretamente, pero sin poder sorprender en su rostro ninguna preocupación; seguía siempre natural, alegre, festivo.

Sin embargo, redobló su atención cuando pasaron de la estación de Chatel-Censoir.

—Pronto llegaremos,—dijo ella.

—¿Ya?

Este monosílabo mereció una sonrisa.

Clementina añadió:

—Estamos cerca de Ronchès.

—¡Ah! ¿y dónde es eso?

—Allá abajo, detrás de aquellos árboles; acabamos de cortar el camino que conduce al caserío.

Esto no pareció interesarle. Se puso á hablar de otra cosa, y ella se tranquilizó por completo.

Un cuarto de hora después se apeaban en la estación de Clamecey y se dirigían al barrio de Beuvron.

Luz, al verlos, se estremeció de sorpresa y de alegría. A pesar de la presencia de Luis, saltó al cuello de su sobrina, á la que estrechó en sus brazos apasionadamente; luego llegó su turno á las preguntas.

¿Qué novedad era aquella? ¿Por qué no la habían avisado?

Clementina la explicó que se había aprovechado de un viaje de Clarens para ciertos negocios y que terminados que fuesen, lo que tendría lugar en dos ó tres días, regresarían á París.



—¿No quieres estar mucho tiempo á mi lado?—dijo la vieja solterona;—no importa, me has hecho muy feliz con tu venida.

Ofreció su hospitalidad á Luis, cuya casa debía estar muy mal cuidada por el anciano criado, casi enfermo, de su madre; pero él rehusó bajo diversos pretextos; todo lo que pudo obtener, fue que iría á comer con ella.

En cuanto salió, Luz cogió á su sobrina por ambas manos, y mirándola cara á cara, con los ojos brillantes de alegría,

—¿Es, pues, verdad?—la preguntó.

—¿Qué? ¿Qué es lo que es verdad?

—Que os habéis reconciliado... que te ama...

Clementina tuvo una vaga sonrisa que se podía tomar por una afirmación.

—¡Ah, bien lo sabía yo! ¡Si las cartas no podían mentir!—exclamó triunfalmente Luz.—Ven, cuéntame todo en detalle.

Y la arrastró al comedor, la sentó á su lado y la confundía á preguntas.

Ignoraba casi todo lo que había pasado después de su salida de París. Clementina, en sus cartas, bastante raras, había evitado lo más posible hablarle de lo que sucedía, un poco por pudor y otro por temor de que la solterona no se presentase, torpe aunque bien intenciona-

da, á inmiscuirse en sus proyectos y á contrariarlos.

En esta ocasión tambien guardó alguna reserva; pero no pudo menos de contarla su lucha con Susana.

La vieja se indignó.

—¿Crearás—añadió Clementina—que en su furor se atrevió á acusarme de haber envenenado á mi marido?

A estas palabras, la cólera de Luz se cambió en estupefacción.

—¡Cómo!—balbuceó;—ha osado...

—Sí, y me amenazó con denunciarme á la Justicia.

—¡Pero eso no es verdad!... ¡Tú eres inocente!

—Nadie lo sabe mejor que tú, puesto que no te separaste de mi lado.

—Ciertamente... Pero, para acusar, se necesitan pruebas.

—Dijo que ella las haría encontrar.

—¿Dónde? ¡Oh! ¡es imposible! ¡no las hay! ¿Y cómo no me lo has advertido?

—¿Para qué?

—Para acudir al momento, para echar sobre mi toda la responsabilidad.

—¡Pero si en ello no hay nada!

—¡Es verdad!... ¡No sé lo que me digo!...

¡Oh! ¡miserable!... Pero, en fin, ella alegraría alguna cosa, indicios...

—¡Qué sé yo! ¡sus presentimientos, algunas palabras pronunciadas por su hermano moribundo! ¡El odio tiene muchos pretextos! Ya podrías presumir que desde aquel momento no la guardé consideración alguna.

Clementina contó la terminación de su lucha con Susana.

La anciana, sombría, absorta, no la escuchaba con mucha atención. Pero al saber que Susana estaba viviendo retirada en Ronchéas, alzó la cabeza y un relámpago brotó de sus ojos.

—¡Cómo!—exclamó,— ¡en Ronchéas, á dos pasos de aquí! ¿Cómo no me lo has participado?

—¿Para qué?

—La hubiera vigilado y no habría dado un paso sin que yo... ¡Oh! ya la hubiera dicho yo...

—Eso es justamente lo que yo no quería. Está allí, y está bien; te ruego, pues, que la dejes en paz. Demasiado te has mezclado en mis asuntos.

Luz bajó la cabeza bajo el peso de este reproche.

—¡Sí, tienes razón!—dijo,— todo lo hubiera echado á perder con mi genio violento... Pero, en fin, se marchó y tú te quedaste sola con Luis... ¿Y luego?

A Clementina le repugnaba hablar de sus manejos, de sus coqueterías, de sus alternativas de temor y esperanza. Dijo sencillamente á su tía, que Luis se había ido convenciendo poco á poco, y que parecía haber vuelto á su primer amor.

Luz se convenció.

—¡Sí, te ama,—dijo,— lo he conocido en cuanto entró!... ¡Querida Nini, deja que te abrace una y mil veces!

Y alejó á su sobrina para atender á la comida, en la que quería desplegar todo su talento culinario.

Baumet, informado por casualidad de la llegada de su hija, se retiró á su casa más temprano que de costumbre, al mismo tiempo que entraba Luis, á quien había visto ya. Con un tono medio serio y medio burlón, les hizo observar que aquellos viajes á solas podían comprometer á su hija, y podía llegar á pedir una reparación á Charens.

—¡Oh, no os inquietéis por eso!—respondió éste sonriendo.

Clementina, un poco disgustada por las bromas de su padre, las atenuó lo mejor que pudo; pero no logró impedir que bebiese inmoderadamente; así, al fin de la comida, sus ojos se amortiguaron, su cabeza se puso pesada, y se



retiró á su cuarto, bajo pretexto de que tenia que ocuparse muy temprano de urgentes negocios.

—Lo cierto es que la noche está un poco pesada; ¿por qué no bajamos al jardín?—dijo Luz.

En efecto, la noche había cerrado; y al calor del día había sucedido una calma algo sofocante. Los tres se sentaron en un banco. Luz hablaba á diestro y siniestro; los dos jóvenes apenas le contestaban, pensativos y contemplando aquel sitio, tan lleno de recuerdos para ellos.

Pronto conoció Luz que estaba de más, y con pretexto de dar algunas órdenes, entró en la casa.

Su ausencia les dejó en una situación algo embarazosa.

Clementina, para ocultar su turbación, propuso dar algunas vueltas por los paseos. No tardaron en llegar al sitio en que el jardín se hallaba separado del parque por una barda de zarzas y espinos.

Luis se detuvo, y con acento grave y conmovido,

—Clementina,—dijo,—aquí es donde nos despedimos en otra época. ¿No os acordáis?

¡Sí se acordaba!... No pensaba en otra cosa

desde hacía dos días; y era en aquel mismo sitio donde su amor se había roto, donde queria volver á reanudarlo.

—¡Es verdad!—contestó con acento de ingenua sorpresa.

—¿Y esto os es indiferente?—preguntó Luis.

—¿Por qué queráis que sea así?

—En efecto; pero no experimentáis á este recuerdo más que una piedad enternecida. No lo neguéis... ¿No me habéis prohibido que os amase, porque no podriais corresponder á mi amor? No he olvidado vuestras palabras; me han herido el corazón... porque en mí no ha habido cambio alguno; os amo como el día en que nos separamos aquí, en este mismo sitio...

Clementina se sonrió con aire de duda.

—¡Hace ya siete años!—dijo.

—Sí, comprendo; han pasado acontecimientos que parecen desmentirme. Sin embargo, ¿qué hubo en todo esto más que una frialdad afectada por mi parte y el temor de ultrajar á mi bienhechor, á mi amigo?... A Dios gracias, nada tengo que reprocharme respecto á eso...

El amor que creía sentir por Susana y tras el cual se abrigaba mi debilidad, se ha disipado desde el momento en que ningún obstáculo se interponía entre vos y yo... Entonces os hablé... y entonces me rechazásteis... ¡Ah! ce-

semos en este juego, os lo ruego, porque si es una prueba, ¡confesad que es bastante dura!... ¡Es, pues, verdad, Clementina, que no queréis amarme?

La joven no contestó por miedo de que su voz no revelase su emoción.

—¡Pero no!—prosiguió Luis.—¡Es imposible! ¿Qué importa el pasado? Olvidémosle; no ha sido más que un sueño... ¡Me veo aún en la víspera de aquella fatal partida! Me suplicáis que me quede... ¡Imposible! ¡Cedéis, en fin, os fiáis en mis promesas!... ¿No recordáis ya los juramentos cambiados aquí mismo, en una noche semejante á ésta?...

Y hablando así, la rodeaba la cintura con su brazo, haciéndola estremecer al sentir latir su corazón contra el de Charens.

—¡Ah, sí! ¡me amas, me amas!—repetía Luis.

Pero ella se desprendió vivamente de aquel abrazo, y dirigiéndose hacia la casa,

—Entremos,—dijo;—Luz podría inquietarse.

Luz no sentía inquietud alguna; pero al verlos, no pudo menos de notar su turbación, y se sonrió discretamente.

Al día siguiente, á cosa de las nueve, Charens, al pasar por delante de la casa, no pudo

contenerse y entró; quería volver á ver á Clementina y convencerse de que la escena de la víspera era una realidad.

—¿Ha sido verdad? ¿Ha sido un sueño?—le preguntó en voz baja, mientras Luz estaba vuelta de espaldas.

—¡Sí! ¡un sueño ha sido y nada más!—respondió Clementina con acento y sonrisa adorables.

Luis prometió terminar sus asuntos lo antes posible á fin de quedarse libre para consagrarse á ella enteramente; en seguida regresaría á París.

Baumet, á quien se esperaba á las once para almorzar, no apareció hasta las dos y media. Se sentaron á la mesa. Se habló de Luis de Charens.

—No es probable que le veamos esta noche,—dijo Baumet.

—¡Ah! ¿por qué, pues?

—Matias, el de Ronchèes, con quien he estado hablando, debe llevarlo allá en su coche.

Clementina se estremeció.

—¿Cómo! ¿á Ronchèes? ¿va á Ronchèes?

—Así parece... Pero, ¿qué tienes, hija mía?

Clementina se había levantado, pálida, agitada de un temblor nervioso.

Luz se lanzó hacia ella.



—No será nada, mi Nini,—dijo,—tranquilízate, ven conmigo.

—¿Qué quiere decir esto?—murmuró Baumet estupefacto del efecto que acababa de producir.

## XXV

Nada había más sencillo que lo que acababa de pasar.

Matías, propietario en Ronchès y vecino de Susana, había ido aquel día á Clamecy y había encontrado á Luis en la notaría de M. R... Luis á quien sus negocios llamaban á Lichères, había preguntado á Matías cómo podría ir allá aquella tarde.

—Es mi camino, pasando por Sambert y Mont-le-Duc,—respondió Matías;—si queréis os llevo en mi carricoche; á la fresca podéis volver á pie.

Luis aceptó.

A las tres y media se pusieron en camino.

Durante el trayecto, la conversación versó sobre Ronchès, Maudhuy y Susana.

Matías, viejo aldeano, gran hablador, después de haber contado sus negocios, se ocupó

de los de sus vecinos; bien entendido que no se olvidó de Susana.

Al oír este nombre, Luis tuvo un momento de sorpresa: ¡era, pues, aquel el retiró que habían rodeado de tanto misterio!... Al mismo tiempo recordó las singularidades de Susana, aquella desaparición súbita é inexplicable.

Estimulado por la curiosidad y tal vez por un resto de interés, resolvió, después de haberse detenido algunos momentos en Lichères, seguir en compañía de Matías hasta Ronchès; y volvería por la noche en el primer tren ascendente que tomaría en Coulanges.

No había, pues, por parte de Charens, ninguna premeditación en aquella visita á Susana; pero Clementina no vió en ello más que un plan preconcebido y perfectamente combinado.

¿Por qué? ¿Con qué objeto? Sin duda habían continuado sus relaciones, y ¡quién sabe! tal vez aquella escena de la víspera no era más que una infame comedia, de la que ambos se reirían.

Luz combatía estas exageraciones y se acercaba á la verdad atribuyendo aquel viaje al fortuito encuentro de Luis con el viejo Matías.

—¿Qué importa?—le interrumpió Clementina;—no dejarán de verse por eso y hablarán de mí... ¿No sabes ya de lo que ella me acusa?

—No será nada, mi Nini,—dijo,—tranquilízate, ven conmigo.

—¿Qué quiere decir esto?—murmuró Baumet estupefacto del efecto que acababa de producir.

## XXV

Nada había más sencillo que lo que acababa de pasar.

Matías, propietario en Ronchès y vecino de Susana, había ido aquel día á Clamecy y había encontrado á Luis en la notaría de M. R... Luis á quien sus negocios llamaban á Lichères, había preguntado á Matías cómo podría ir allá aquella tarde.

—Es mi camino, pasando por Sambert y Mont-le-Duc,—respondió Matías;—si queréis os llevo en mi carricoche; á la fresca podéis volver á pie.

Luis aceptó.

A las tres y media se pusieron en camino.

Durante el trayecto, la conversación versó sobre Ronchès, Maudhuy y Susana.

Matías, viejo aldeano, gran hablador, después de haber contado sus negocios, se ocupó

de los de sus vecinos; bien entendido que no se olvidó de Susana.

Al oír este nombre, Luis tuvo un momento de sorpresa: ¡era, pues, aquel el retiró que habían rodeado de tanto misterio!... Al mismo tiempo recordó las singularidades de Susana, aquella desaparición súbita é inexplicable.

Estimulado por la curiosidad y tal vez por un resto de interés, resolvió, después de haberse detenido algunos momentos en Lichères, seguir en compañía de Matías hasta Ronchès; y volvería por la noche en el primer tren ascendente que tomaría en Coulanges.

No había, pues, por parte de Charens, ninguna premeditación en aquella visita á Susana; pero Clementina no vió en ello más que un plan preconcebido y perfectamente combinado.

¿Por qué? ¿Con qué objeto? Sin duda habían continuado sus relaciones, y ¡quién sabe! tal vez aquella escena de la víspera no era más que una infame comedia, de la que ambos se reirían.

Luz combatía estas exageraciones y se acercaba á la verdad atribuyendo aquel viaje al fortuito encuentro de Luis con el viejo Matías.

—¿Qué importa?—le interrumpió Clementina;—no dejarán de verse por eso y hablarán de mí... ¿No sabes ya de lo que ella me acusa?



—¡Es verdad!—dijo Luz estremeciéndose.  
—Delante de él me tratará de envenenadora.  
—Eso no, jamás.

La anciana se había levantado y daba grandes paseos por el salón.

—¿Y quién se lo impediría?—preguntó Clementina.

—Yo, — exclamó Luz deteniéndose frente á su sobrina con aire de enérgica resolución.—No se verán, lo juro. ¿Qué hora es?

—Las cuatro menos diez.

—Bien; tomando el primer tren llegaré antes que ellos á Ronchèes.

Y se dirigió hacia la puerta. Clementina la detuvo.

—¿Qué vas á hacer?

—No lo sé; ya veré, pero de una manera ú otra yo alejaré á Susana, y él no la encontrará en la granja. Déjame, no me detengas. Esta noche á las diez estaré de vuelta, ó al menos tendrás noticias mías.

Y abrazando á Clementina salió por el patio y se dirigió rápidamente á la estación.

Veinte minutos después se apeaba en Coulanges; signió exteriormente la vía férrea, tan de prisa como se lo permitían sus piernas; luego, en cuanto llegó al cruce del camino de Saint-Marien, tomó á la derecha, á través de la prade-

ra. En algunos minutos se halló á la orilla de Yonne, delante del *paso*, cuyo pozo estaba lleno y desbordaba.

En el momento de atravesar la palizada, se detuvo sorprendida y desalentada. El pontón destinado á unir el ribazo á la barra había desaparecido, y el agua corría rápida y violenta sobre la pila por entre los prismas; el desborde era tal, que se habían visto en la necesidad de quitar algunas *agujas* del canal... Era, pues, imposible pasar por encima de los prismas sin arriesgarse á ser precipitado por la corriente en el foso.

Detenida así en su camino y en sus proyectos, Luz lanzó á su alrededor una ansiosa mirada y no vió á nadie que le pudiera ayudar; solamente oyó, río arriba, pero muy distante, voces de barqueros ocupados en formar armadas de madera. ¿Los llamaría? ¿Correría hacia ellos? Era perder tiempo.

Se desolaba interiormente y buscaba un medio de vencer aquellas dificultades, cuando entrevió al otro lado una mujer que llevaba un niño de la mano y se acercaba por el sendero que iba desde el *paso* al canal.

Luz se estremeció.

Su odio, más que su memoria, la hizo reconocer á Susana en aquella mujer.

Era ella, en efecto.

¿A dónde iba?

Luz ignoraba las costumbres de Susana; no podía sospechar que conducía á su sobrino á Saint-Marien á dar su lección á aquella hora, indicada por el cura. Por otra parte, poco importaba; Susana se alejaba de Ronchéés, y era lo esencial; preciso era ahora impedir que volviese, y Luz se encargaba de ello.

Deseando observar sin ser vista: retrocedió algunos pasos, y oculta detrás de un álamo grueso, miró.

Pensaba que Susana trataría de atravesar la palizada y se hallaría detenida, como ella, por la supresión del pontón; pero la joven, habituada á las dificultades del camino, remontó una veintena de pasos, se inclinó y despertó á un anciano que dormitaba tendido en la hierba, con la pipa entre los dientes.

El anciano, antiguo barquero, saludó á Susana como conocida, la hizo saltar con el niño á una barca amarrada á la orilla, saltó él mismo también, y se puso á empujarle con un fuerte bichero.

Un instante después, á pesar de la distancia, Luz pudo oír á Susana, que había saltado en tierra, recomendar al barquero que la esperase y que no se moviese de allí hasta su vuelta.

Luego la vió alejarse rápidamente con el niño, en la dirección de Saint-Marien.

Por un momento estuvo tentada de seguirla, y no perderla de vista; ¿pero, para qué, si sabía donde encontrarla un par de horas más tarde? Mejor era correr á Ronchéés y preparar á Luis una recepción, que de seguro no se esperaba.

Se adelantó, pues, y llamó al barquero.

En el momento en que iba á saltar á la barca, aquél la detuvo.

—Un momento,—dijo;—estamos demasiado cerca del *paso*.

Y se puso á tirar de la amarra, remolcando el bote contra corriente.

—¡Bah!—dijo Luz,—¿para qué hacéis eso?

—¿Para qué? ¿No véis las *agujas* que han quitado de la palizada, y la corriente que eso deja?

—Perfectamente... ¿y qué?

—¿Y qué?... que si la corriente nos envuelve, en el momento nos estrellamos contra la pila.

—¿Creéis que estaríamos perdidos?

—¡Que si lo creo!... El barco se nos pondría por montera y hoy dormiríamos en el foso hechos pedazos... Hace poco tuve miedo al pasar á esa señorita y su niño.



Luz se estremeció... ¡Si hubiera sucedido lo que temía el barquero!... Se sentó en la barca y pasó al otro lado silenciosa y pensativa.

Mientras que el buen hombre amarraba el batel y se acostaba en la hierba para volver á echar otro sueño, Luz permaneció algún tiempo inmóvil en el ribazo, mirando la corriente, el *paso*, las *agujas* quitadas... y luego tomó el sendero del canal, dirigiéndose rápidamente á Ronchés.

Luis no había llegado aún. Luz encontró á la mujer del colono con uno de sus hijos, y se presentó como enviada por Susana para decir que no la esperasen aquella noche ni en los días siguientes, que abandonaba Ronchés probablemente para siempre.

Y como la buena mujer se sorprendiese, Luz alegó vagamente consideraciones de familia, y la necesidad de sustraerse á una especie de persecución; al mismo tiempo la anunció la visita inminente del señor de Charens, y marcó á la aldeana la conducta que debía observar y las respuestas que debía dar; bien entendido que su intervención no figuraría para nada. La campesina por interés por su joven señorita, prometió obedecer á esta recomendación.

Luz se apresuró á retirarse por miedo de ser sorprendida. Su visita á la granja sólo tenía

por objeto impedir que Luis tratase de ir á ver á Susana.

Sin saber qué decidir de una manera definitiva, se halló sin casi notarlo en el punto en que había desembarcado; es decir, entre el canal y el río, á pocos pasos de la palizada.

Daban las siete en el campanario de Saint-Marien.

Era una abrasadora y pesada tarde de verano. El sol, aún ardiente en su puesta, hacía brillar las engomadas hojas de los álamos. Gruesas nubes, de un azul sombrío, aparecían por el Sur, y sordos y lejanos zumbidos anunciaban un nublado cercano. No se oía más ruido que el producido por el agua al precipitarse en el foso de la palizada.

Sin duda transcurriría una hora antes de que Susana volviese. Luz, siniestramente agitada, examinó el sitio en que se hallaba, sólo por pasar el rato. Notó que por aquel lado el pontón estaba intacto; le atravesó y subió á la barra.

Inclinada en la baranda pudo convencerse de la fuerza de la corriente que se precipitaba por el estrecho espacio que había entre las agujas y la pila. Sintió una especie de vértigo; vió como en un sueño la barca arrebatada por la corriente, estrellada contra la pila y á Susana hundiéndose en el foso.

Se enderezó bruscamente, asustada por esta visión; luego volvió á examinar y á discutir una posibilidad; la corriente era, en efecto, muy violenta. ¿Sería más fuerte aún si se quitaran más agujas?

Casualmente tenía apoyada su mano en la cabeza de una de ellas... tiró; la aguja salió fácilmente de su ranura, y luego desprendida del zampeado por la enorme presión del agua, basculó, escapándose de la mano que la sujetaba, y desapareció arrastrada como una paja; la corriente se había ensanchado y aumentado en violencia.

Fue como una revelación.

La jorobada permaneció un instante estupefacta; pero pronto se repuso, y después de lanzar una última mirada al pozo, pasó el pontón y pisó el ribazo.

Convencida de que nadie había podido observarla, se acurrucó detrás de una pila de maderas y friamente impasible, la mirada fija en la dirección de Saint-Marien, esperó.

## XXVI

Durante aquel tiempo Clementina, sola en Clamecy, estaba devorada de inquietud.

Apenas se había ido Luz, sintió no haberla acompañado. ¿De qué arrebatos no se dejaría arrastrar la solterona? ¿Debía haberla detenido!... Pensó en reunirse á ella. Pero ¿cómo? ¿Dirigirse inmediatamente á Ronchès?... Tal vez no llegaría allí más que para saber la noticia de algún desastre...

Preguntó á qué hora salía el primer tren.

—A las siete y veinte minutos,—le contestó la criada.

Decididamente era preciso resignarse á esperar.

Se encontraba en el mismo sitio en que Luis le había jurado por dos veces un amor eterno. ¿Era posible que todo aquello no fuese más que una burla? No, no; Luis era sincero; lo sabía, estaba segura de ello.

Y sin embargo, se veía asaltada de siniestros presentimientos.

Volvió á ver su existencia atormentada, trastornada por una nefasta influencia; ¿para



qué resistir más? Pronto se resbaló contra este desaliento, y se dijo que era preciso luchar, vencer. Pero ¿qué podía hacer? Su suerte estaba á merced de Luz, cuya intervención le había sido tan funesta.

El tiempo pasaba. Oyó dar las siete, y no pudo dominar una impaciencia irresistible. Para conocer su destino, no tenía más que reunirse á Luz, tomando el tren de que la criada le había hablado. No vaciló. En algunos minutos estuvo en la estación, y á las siete y cuarenta se apeaba en Coulanges.

El temporal se iba acercando; el trueno retumbaba siniestramente; un viento de tempestad agitaba los árboles; pesados grupos de negras nubes invadían el cielo interceptando la claridad del crepúsculo... Pero ¿qué le importaba á Clementina, con tal que pudiese guiar sus pasos á la luz de los relámpagos?

Llegada al camino de Saint-Marien vió á algunos pasos, delante de ella, á una mujer y á un niño que se dirigían corriendo hacia el canal; brilló un relámpago... ¿Era una ilusión?... Le pareció reconocer á Susana y Jorge... Corrió tras ellos, los alcanzó, y al volverse Susana, lanzaron un grito al reconocerse.

—¿Qué hacéis aquí á esta hora, sola con el niño?—dijo Clementina transportada de cólera.

Susana temblando y asustada no contestó.

—¿Es para sacarle así por la noche para lo que os lo he confiado?—continuó Clementina.—¡Dádmelo!

Y cogió de un brazo al niño que lloraba; Susana quiso quitárselo, pero al hacer un falso movimiento, tropezó en una piedra y cayó al suelo.

Sin inquietarse de ella, Clementina prosiguió su carrera arrastrando al niño.

—¡Ven, hijo mío, mi Jorge!—decía;—tú al menos no me abandonarás!

En algunos segundos se hallaron en el ribazo.

—¡Eh! pronto, señorita Susana, —gritó el viejo barquero, —¡pronto, que va á descargar un mundo de agua!

Clementina, sin decir palabra, saltó á la barca con Jorge, y el barquero no notó que no era su parroquiana habitual.

—¡Vamos!—dijo.

Pero apenas la barca se separaba de la orilla, fué arrastrada hacia la presa ó palizada, con gran sorpresa y á pesar de los esfuerzos del viejo barquero. El pobre hombre se vió, ó más bien sintió una corriente violenta que le arrastraba, gritó:

—¡Trueno de Dios! ¡el paso está abierto!

Continuando una titánica lucha, arrojó una

mirada al *paso*, y á la luz de los relámpagos vió una figura extraña, que, subida á la barra, se bajaba y se levantaba con una actividad infernal, quitando ó haciendo saltar una *aguja*, lo cual hacia aumentar la corriente con una violencia incalculable.

—¡Canalla!... ¡estamos perdidos!—exclamó sintiéndose incapaz de dominar ni gobernar la barca.

Un nuevo relámpago brilló, y dos gritos terribles salieron de la barca y de la barra.

—¡Luz!...

—¡Clementina!...

Tía y sobrina se habían reconocido. Ambas se quedaron petrificadas.

—¡Quita más, quita más!... —gritaba á Luz el viejo barquero, que comprendía que el ensanche de la paradera permitiría á su barco pasar con algunas probalidades de salvación.

Pero Luz no le oía, ó tal vez tomaba sus gritos por una imprecación irónica. Se había caído sobre la barra y se retorcia los brazos, lanzando desgarradores gritos.

El batel era arrastrado con creciente rapidez.

El barquero, conociendo la imposibilidad de vencer aquella implacable corriente, se abandonó á ella, tratando de ir proa adelante, sea que esperase pasar por la abertura, sea que creyese

dar menos cuerpo al oleaje; pero viejo y fatigado, hizo una falsa maniobra y la punta del barco chocó contra la pila derecha. El choque fue horrible; el barco crugió, y Jorge fue arrancado de los brazos de su madre, que trató en vano de sujetarlo.

—No os ocupéis de él, —dijo el barquero,—yo me encargo de salvarlo.

Y tomando al niño sobre su espalda, le hizo rodearse su cuello con sus bracitos, diciéndole:

—Aprieta, aprieta bien y no te sueltes... ¡Vos, señora, pronto, agarráos á la barra!

Pero Clementina, asustada, no comprendía el peligro. Era terrible, sin embargo. El batel, después de haber chocado en la pila, fué cogido de costado por la corriente; y la popa, describiendo un arco de círculo, tropezó con las *agujas* que aun quedaban.

—¡Pronto! ¡aquí!—gritó el barquero.

Pero ya no era tiempo. La popa acababa de apoyarse en la palizada, y casi instantáneamente el batel, levantado por la corriente, se inclinó y zozobró sobre el costado.

—¡Hijo mío!—gritó Clementina al ver á Jorge y al barquero precipitados al foso.

Iba á precipitarse detrás de ellos; pero el borde del barco, al levantarse, la dió un vio-



lento golpe en el pecho y la sujetó contra las agujas.

Al mismo tiempo sintió que una mano nerviosa se crispaba sobre su brazo; era Luz que recobraba de su estupor, se había inclinado sobre la barra; la esperó al paso y la cogió con su huesuda mano.

—¡Ah! ¡ya te tengo! ¡estás salvada!— exclamó la anciana.

—¡Me muero... y eres tú quien me mata!— murmuró, porque se sentía herida mortalmente por la violencia del golpe.—¡Mi hijo, salvad á mi hijo!—añadió con débil voz.

—¡No; primero tú!... ¡No te suelto... procura ayudarme!

Y la anciana tiraba con todas sus fuerzas, pero inútilmente; la implacable corriente oprimía más y más á su víctima entre el batel y las agujas.

Luz, asustada por su impotencia, aterrada sobre todo, cuando á la luz de un relámpago vió á Clementina pálida, desvanecida, con una franja rojiza en los labios, empezó á pedir socorro con desesperados gritos.

Una voz contestó á la suya de la parte de Saint-Marien. Era Susana, que vuelta en sí é inquieta por Jorge, corría hacia la parada.

Sin preocuparse de la cantidad de agua que

cubría la pila, se lanzó sobre los prismas y llegó á la barra.

—¿Dónde está Jorge? ¡Qué has hecho de él?— exclamó al llegar al grupo de Luz y Clementina.

En aquel momento, Luis de Charens llegaba por el otro lado.

Después de una acogida glacial de la arrendataria, creyendo que era un partido tomado por Susana no recibirle, se había dirigido hacia la estación de Coulanges, para volver á Clamecy. Llegado cerca del canal, oyó los gritos de Luz y corrió en su socorro.

En dos saltos se halló á su lado, vió con terror á Clementina sujeta, abrumada por aquella horrible presión y trató de librarla de aquel tormento cogiéndola de un brazo, pero no pudo conseguirlo; á cada esfuerzo, Clementina, aunque desvanecida, dejaba escapar un sordo gemido.

Susana lanzaba crueles imprecaciones.

—¡Ah, miserable! ¡Has asesinado á tu hijo! ¿Dónde está? ¡No te ha bastado envenenar á tu marido, sino que necesitabas también ahogar á tu hijo, á mi pobre Jorge! ¡Qué has hecho de él? ¡Devuélvemele, infame envenenadora!

Luz oyó esta terrible acusación, que ella trataba en vano de ahogar, y se detuvo casi

sin aliento entre aquellas dos mujeres furiosas, locas.

En aquel momento algunos barqueros acudían de la parte de Saint-Marien. A la primera mirada comprendieron que era necesario, para desprender á Clementina, empujar desde la barra el batel volcado, y fue lo que ejecutaron al momento.

Susana seguía gritando furiosamente:

—¿Dónde está Jorge? ¿Qué habéis hecho de él? ¡Mi niño! mi niño!

—¿Había un niño también?—dijo uno de los barqueros.—Entonces debe estar en el foso con el anciano Bailly.

Y al decir esto, indicaba la parte inferior de la presa.

Susana fijó su mirada en aquella parte y en medio de la espuma y el remolino, creyó distinguir, á pesar de la obscuridad, una forma humana que sobrenadaba, y luego desaparecía.

—¡Allí! allí!—dijo.—¡Ya le veo!... ¡Si, sí es él!... ¡pronto!... ¡os lo ruego!—añadió cogiendo el brazo de Luis y empujándole hacia el foso.

Charens obedeció á esta impulsión; se lanzó al foso y desapareció. Susana, ávidamente le seguía con la vista. ¡Pasó un minuto!... ¡un siglo!... En fin, Luis apareció arrastrando una

masa indistinta. De un salto Susana se halló en el ribazo de la derecha y le gritó:

—¡Aquí! ¡Luis! ¡aquí!... ¡valor!

Luis empujó su captura. Susana cogió una mano... ¡una mano de hombre!... ¡Se estremeció!... pero, ¡oh, felicidad!... al cuello del anciano barquero se adherían los crispados brazos de Jorge. Con una fuerza sobrehumana sacó á los dos sobre el ribazo; estaban inanimados. Se apoderó de Jorge; desprendió sus rígidos bracitos, le sacudió, le extendió sobre la hierba, y loca de angustia, le abrazó, colocó su boca sobre sus morados labios y trató de insuflarle aire en sus pulmones.

Entretanto, los barqueros habían operado su maniobra. Clementina, desprendida de la horrible presión que había sufrido, fue llevada inerte y ensangrentada sobre el ribazo.

Luz, medio loca, abrazada á ella, interrogaba su rostro, su aliento, cubriéndola de besos, suplicándola en su delirio que volviese en sí.

A pesar de la tempestad que descargaba, la noticia de aquella catástrofe se había extendido por el país, y la gente acudía de todas partes formando círculo alrededor de las víctimas.

—¡El Médico! ¡ya está aquí el Médico!—dijeron de pronto algunas personas.



Y el Médico de Saint-Marien apareció.

Luz y Susana se lanzaron hacia él, y se le disputaron. Pero la jorobada fue tan terca, tan constante en sus súplicas, que consiguió arrastrar al Doctor al lado de Clementina.

—¡Señor!—le gritaba;—la salvaréis, ¿no es así? ¿verdad que la salvaréis?... Es Clementina... Clementina Baumet... viuda de Maudhuy... Es mi sobrina... ó, mejor dicho, mi hija... No tengo más que á ella en el mundo... la amo... la amo más que á mi vida... Pero, ¿quéos importa que yo la ame?... Doctor, Doctor, salvadla... toda su fortuna es vuestra... Yo os daré también todo lo que poseo... ¡Salvadla!... ¡Devolvedmela!...

Y acompañaba sus palabras con gritos, lágrimas, suspiros, gemidos, alzando los brazos y retorciéndose las manos.

El Médico, interesado por tanto dolor, se había arrodillado delante de Clementina, consultando su pulso, auscultando su pecho y buscando algún indicio de vida.

¡Ay! la rojiza espuma que cubría los labios de la joven, le había hecho conocer desde luego que existían mortales lesiones internas. En fin, hizo un movimiento indescriptible de hombros, mil veces más elocuente que el *vixit* de los antiguos, y quiso levantarse.

Pero Luz no se lo permitió, pues apoyando sus manos en los hombros, aferrada á él con sus crispados dedos, los ojos inyectados en sangre, amenazadora, loca, le gritaba:

—¡Te digo que no está muerta, Médico de desgracia, verdugo!... Te prohibo que la dejes... quiero que la salves... ¿lo oyes? ¡Sálvala, ó te mato!... ¡Sí, te mato!... ¡No sabes de lo que soy capaz!... ¡Qué importa tu vida tratándose de la suya!... ¿Acaso he vacilado la primera vez?... Y eso que solo se trataba de su libertad... y yo la hice libre... ¡la hice feliz!

Y se puso á reir siniestramente, paseando su mirada extraviada sobre las personas que la rodeaban.

—Sí—continuó,—¡yo la di la felicidad matando á su marido!... Han creído que Maudhuy había muerto de enfermedad... ¡Qué disparate!... ¡Murió envenenado por mí, y me alabo de ello!... ¿Lo oyes Susana? ¿lo oís, señor de Charens? ¡Yo!... ¡yo soy la única culpable!... ¡No sospechéis de mi pobre querida niña... no sabía nada... nada... nada!

De pronto soltó al Doctor, se arrojó sobre el cuerpo de Clementina, la palpaba los brazos, el pecho, la alzaba la cabeza, aplicaba sus labios á sus heladas mejillas, á sus manos, á su boca, y murmuraba llorando:

—Vuelve en tí, vuelve en tí, mi Nini...  
No me dejes sola en la tierra. ¡Ten piedad  
de mi!

De repente soltó una carcajada.

—¡Ah! ¡bravo! ¡La he devuelto la vida!  
¡Está salvada!... Va á hablar... Abre sus ojos...  
Me sonríe... ¡Oh! ¡qué bella está!...

Algunas personas engañadas por aquellas pa-  
labras, y no comprendiendo que Luz se había  
vuelto loca, se acercaron. Solo vieron un ca-  
dáver.

Entretanto el Médico había examinado al  
niño detenidamente.

—Está salvado, — dijo al cabo de un instan-  
te, — respondo de él.

Después de estos acontecimientos, Luis de  
Charens regresó á Paris, mientras que Susana  
y Jorge volvían á Ronchèes.

Al cabo de algunos meses se habían reunido  
los tres. Una noche el niño tomó una mano de  
su tía y la colocó instintivamente en la de Luis.  
Susana se estremeció, y no pudiendo dominar  
su emoción, rompió á llorar. Charens se arro-  
dilló delante de ella y no se levantó hasta el

momento en que Susana le dijo, señalándole á  
Jorge:

—No tiene más que á nosotros en el mundo,  
unámonos para amarlo...

Luz se halla encerrada en el asilo de dementes  
de Auxerre. Los doctores Rouseau y Cha-  
vance han declarado incurable su locura.





TE